

EL CUENTO QUE ME JODIÓ

Este libro trata sobre estados alterados de consciencia (la mayor parte drogas alucinógenas mediante), enfermedad mental y crítica al comportamiento sectario y magufo.

Lo más duro fue escribirlo. Lo más difícil, reestructurarlo y acomodarlo a mi orientación actual.

Índice

PROLOGO.....	7
ANEXO I	
-Respiración con P	12
ANEXO II	
-Carta de perdón a la madre	16
-Carta de perdón al padre.....	17
ANEXO III	
-La madre mecánica	20
-La madre mecánica – Añadido I	22
-La madre mecánica – Añadido II: Moral versus ausencia de ella	24
EL CUENTO QUE ME JODIÓ	
-A modo de introducción	28
-Primer contacto con Tiempo de sueño.....	30
-A modo de interludio	40
-Comunión	42
-Tercera experiencia.....	62
-Miscelánea	64
-Salvia	68
-Magacela.....	72
-Primer internamiento	82
-¿Mejora?	88
-Un nuevo internamiento	98
-Un poco más rápido que los camiones	102
-Más movida	106
-Últimos internamientos.....	124
-Una serie de reflexiones.....	130
ANEXO IV	
-Respiración con P – Reconsideraciones	136
ANEXO V	
-Juicios de valor sobre P	144
ANEXO VI	
-El nacimiento del vacío («el fin de la historia»).....	152
ANEXO VII	
-Mentiras internas	158
ANEXO VIII	
-¿Pueden las drogas alucinógenas ser terapéuticas?	164

PROLOGO

Quizá debería haberme estado quieto. Quizá no debería haber tocado más este libro, pero me daba demasiada vergüenza, e incitaba demasiado al error según mi perspectiva actual de las cosas y de la vida.

De hecho, le he cambiado hasta el título. Este libro se llamaba en sus dos primeras ediciones «La historia de nada», con la maravillosa cubierta de Daniel Luna Sol.

El libro se compone de muchos escritos independientes entre sí en principio. Es decir, se escribieron en origen como artículos o ensayos independientes. Es tan solo a posteriori cuando vi que cuadraban dentro de algo más extenso.

Estos escritos en principio independientes, tienen que ver entre sí de forma transversal, y no siempre respetando la linealidad del tiempo. Tan solo espero haber realizado bien mi labor a la hora de juntarlos todos con el objeto de que formen un solo cuerpo, y que no haya mensajes duplicados y pifias por el estilo...

Cuando escribí este libro por primera vez bajo el nombre de «La historia de nada», tuve muchas dudas. Estuve a punto de no hacerlo, y lo mismo sucedió con respecto a publicar. Y es que aquí me desnudo por completo, tanto con mis reflexiones como con mis vivencias, y desnudo a los demás. Quizá por ello, y para que no resulte un libro de carácter acusatorio, y quizá incluso por miedo, muchos nombres están ocultados. Espero que esto se entienda.

No está aquí plasmado mi mejor lado, y no todo es excusable con respecto a la enfermedad que padezco. Hasta dónde puede llegar uno dependiendo de las circunstancias quizá sea debido a esas mismas circunstancias y ese uno mismo (sea lo que sea esto).

«La historia de nada» estaba llena de reflexiones magufas que, en la actualidad, como decía, no tienen sentido alguno para mí. Esta serie de interpretaciones usurpaba el papel del psicólogo y del psiquiatra en un acto de egolatría que me llevó hasta a corregir el diagnóstico, proponiendo uno para mí mismo.

No quiero caminar más en el error, y eso cuesta. Los pareceres de uno, no son más que eso, pareceres. Tan solo la ciencia, y la psicología, en este caso, basada en ella, pueden objetivar lo subjetivo; o tratar de hacerlo, al menos. Quizá los diagnósticos a veces no sirvan más que para joder en vez de para ayudar, pero a lo mejor de esto no tienen culpa los profesionales, sino los medios de comunicación, y una sociedad crédula e ignorante en su mayor parte.

¿Y cómo, pretendiendo yo objetivar lo subjetivo, hablo en la mayor parte del presente de contenidos exclusivamente subjetivos? Porque la experiencia, más en estos terrenos, me parece hartamente interesante; tanto, como para escribir un libro cuyo grueso sea esta, sin que de ello deba extrapolarse recomendación, parámetro, máxima o generalidad alguna.

Lo que me ha pasado a mí, debe considerarse de forma aislada a no ser que busquemos algo en común para extraer de ello algún dato, y de eso ya se encarga la ciencia. Yo solo escribo, que es una de las pocas cosas que, creo, sé hacer de una forma más o menos digna.

Hablando de escribir, hay textos en este libro que contienen faltas de ortografía. Esto es así adrede, ya que a partir de cierto momento de mi experiencia como escritor decidí hacerlo así. Las razones, ya las he dado en más de una ocasión, por lo que no voy a repetirme.

.....

Supongo que, para empezar, hay que hacerlo desde el principio. Mi primer escarceo con los estados alterados de consciencia fue el aquí descrito (respiración mediante), y lo tuve antes de mi primera experiencia con drogas alucinógenas. En este escrito, describo los contenidos vividos durante dicha experiencia. En otra parte del libro (ANEXO V), describiré lo que pasó alrededor de dicha experiencia en aquel fin de semana.

ANEXO I

Respiración con P

Mi experiencia, tal cual yo la recuerdo, fue de lo más confusa. La verdad es que me costó alcanzar el estado requerido. Cuando la música se hizo más serena y relajante, yo seguía con la respiración acelerada que me debía llevar a un estado alterado de la consciencia. Oía gritos y lamentos, era lo más parecido, supuestamente, a un ambiente de manicomio, pero estaba tan concentrado en mis sensaciones personales que no estaba preocupado en exceso, si bien una parte de mí retenía todos y cada uno de los gritos. P se acercó un par de veces para manipularme. Esto, supuestamente, soltaría mis sentimientos reprimidos para facilitar la experiencia, pero más que ayudarme me molestó y entorpeció sobremanera. Los puntos en los que me aplicó la presión fueron el plexo solar y el bajo vientre, causándome gran dolor.

A parte de estos detalles, lo que fue la experiencia en sí llegó más tarde, considerablemente más tarde.

De repente mi mente experimentó una sensación difícil de describir con palabras. Fue como la expansión de una nube que no sabía que llevaba dentro, en la cual se encontraba implícito un placer descargado de todo propósito.

Y así, sin más, me dejé arrastrar por mi propia interiorización. De las imágenes que entonces se desarrollaron guardo un recuerdo más o menos limpio dentro de lo que cabe, aunque la visión fue degenerando en una sucesión de imágenes inconexas y caóticas como las que se tienen antes de que el proceso del sueño dé comienzo.

Previamente a este suceso, antes de que mis visiones se convirtieran en una amalgama sin sentido, se me presentaron algunas muy definidas. Lo primero que asaltó mi mente fue la serie de vivencias y emociones que ocuparon mi vida aquel fin de semana; en especial baile, mucho baile, unas veces con uno o una, otras veces con otro u otra. Todo giraba y giraba, oscilaba en rededor de ese punto de gravedad que era yo mismo. Estas imágenes se intercalaban con otras; en especial, recuerdo la máscara que se puso mi eventual compañero durante una de las prácticas. Era de una fría blancura, una llamarada de inexpresividad luminosa, un latido inexistente de un ser superior, cuasi-divino, inspirador del mayor terror y la mayor paz nunca imaginables.

También recuerdo un sol, oscuro, algo totalmente anómalo. Su imagen blanca se combinaba aquí y allá con la negra; una materia brotaba de la otra, como una erupción, aunque ninguno de estos términos es correcto del todo. Ninguno de los dos matices perdía o ganaba, era como un armonioso y extraño baile. Lo único con lo que se me ocurre alguna clase de analogía es con los fractales generados por ordenador.

Otra cosa que recuerdo son luces, muchas luces del alumbrado público; luces de ciudades enteras, o a trozos oníricos que permanecían en la oscuridad. Esta fue la única visión que permaneció hasta el final intercalándose con las demás. Las dos visiones de las que acabo de hablar, la del sol fractal y la del alumbrado público, son a las que presté menos atención, pasándolas por alto al comentar mi experiencia.

Todo esto se iba enarbolando al baile, el cual, conforme iban avanzando las visiones paralelamente, se tornaba más y más oscuro, hasta verme bailando con un cadáver descarnado, girando y girando sin parar. Aquí es donde desemboca la visión, tornándose, como ya decía, más oscura y explícita a un mismo tiempo.

Recuerdo mil y un mareas de oscuridad oleosa. Su textura era la de una bruma líquida, de pesada acidez amarga. Ríos de petróleo discurrían por entre lo negro, no había nada más que oscuro desierto.

Aparte de todo esto, recuerdo dos imágenes con especial nitidez: la de mi padre sonriendo, y la cara de mi madre en forma de vidriera resquebrajada en la cual, en vez de ojos había dos espacios tras los que se revelaba una profunda infinitud, entreviéndose algunas estrellas de fondo. De repente, la vidriera-rostro reventó en mil pedazos, mostrando lo que tan solo se dejaba entrever por los huecos de los ojos: el firmamento infinito.

.....

Mi psicóloga, no hace mucho, como parte del trabajo terapéutico que realizaba con ella, me pidió que escribiera sendas cartas de perdón, una destinada a la madre, y otra al padre. Son las que incluyo a continuación.

ANEXO II

Carta de perdón a la madre

Te perdono por estar loca. Yo, mejor que nadie, sé lo que es eso. Te perdono por estar loca y no reconocerlo, porque a mí me ha pasado también. Te perdono por estar loca y no querer medicarte, porque yo tampoco quise en cierta época de mi vida. Así, por todos los que en mi entorno han perdonado estos periodos en mí (y por los que no también), perdono eso en ti. Te perdono por vaciarme te, perdono por quitarme la realidad, porque eso me dotó de la misma. Te perdono por haberme dicho que ójala que nunca hubiera nacido. Son cosas que pasan, frases, o bien del calentón, o dirigidas a alguien que no esperabas que fuera, hiciera o dijera lo que yo soy, hice o dije. Quizá me tuviste con otra idea para mi vida. Lo siento, soy hijo de la vida, no de ti, no te debo más que el cariño que me profesaste, y no quiero tenerte en cuenta el repudio del que fui objeto.

Tus reacciones irracionales, todas tus salidas de tono, te las perdono, porque más que nadie, sé a qué se deben.

Gracias a que soy nada, soy algo. Quizá si no hubiera recibido de ti esta herida, no tendría nada en torno a lo que pivotar. Es algo que me permite estar vivo, aunque a veces he estado cerca de estar muerto gracias a lo mismo. Esto, esto que me permite tener personalidad, este dolor este, vacío, por esta nada, no solo te lo perdono sino que te doy las gracias. Espero que no sea lo que me lleve a la tumba, no querría que fuera un peso que tengas que cargar sobre tus espaldas nunca. Intentaré seguir como buenamente pueda, ya me las apañaré para no morir de esto y si de alguna otra cosa que te sea leve porque, no castigarte con mi muerte es el mayor perdón que te podría regalar, y te lo regalo.

Queda, pues, perdonado todo; queda, pues, solventado este vacío. Solo espero que cuando el delirio me atrape, sepa recordar todo esto y sepa, actuar en consecuencia. He de seguir como regalo hacia ti he, de quererte por cómo eres y no odiarte porque no eres como me gustaría que fueras. Puede que sea el principio para que me aceptes tal y como soy también. O no. No me importa, sé qué es lo que tengo que hacer independientemente de lo que tú hagas. Así hacemos, creo, las personas que nos suponemos íntegras así, lo quiero hacer yo, y así lo demuestro porque, quizá, todo el rencor que te he profesado al único que le ha resultado lesivo es a mí mismo y a mi relación con los demás; aunque sea solo por eso, he de limpiarme. Por eso, y porque no te lo mereces, ya que no eres del todo dueña de lo que ha pasado, de lo que has hecho i dicho y, aunque lo fueras, daría igual. Te quiero como eres y te doy mi perdón.

Carta de perdón al padre

Te perdono por ser un poco zoquete. Creo que eres una persona bastante básica, pero también sensible. Te perdono por haberme tratado como me trataste en mis últimas crisis porque, lo hiciste de la mejor manera que supiste y porque, dentro de todos tus actos hay amor hacia mí. Yo no necesito que me traten de determinada forma al estar delirando; de hecho, me viene mal. Esto no tienes por qué tú saberlo. De hecho, pienso que todo esto que me ha pasado te debe venir bastante grande, te debe superar en momentos, y entonces la rabia, la impotencia y el no saber se apoderan de ti, haciendo de tu trato algo desagradable para mí, siendo bruto y desconsiderado, haciendo las cosas por cojones y no teniendo en cuenta mi abollada voluntad. Por todo esto, te perdono. Por todo esto, te dejo de odiar porque, no quiero cargar con este lastre que me duele que, me indigna y atenaza. Apenas recuerdo apenas, tengo en cuenta toda injuria hacia mi persona i lo que queda de esto, ahora mismo lo limpio.

También te perdono por haberte separado de mi madre. Interpreté que me dejabas a mi suerte con una persona loca justo en la época más peliaguda de mi vida: la adolescencia. En este sentido, también te perdono, porque la perdono a ella por ser como es y padecer lo que ha padecido y padece. La vida solo tiene un camino y todo está bien en ello. El reto que supuso para mí vivirla así, te lo debo en parte a ti. Gracias por todo. Te quiero.

.....

Pese a haber escrito la carta de perdón a la madre, había cosas que nunca había verbalizado ni escrito con respecto a ella. Para mí, el perdón no abarca el haber sido tratado mal, ni lo excusa, ni lo anula. Por esto mismo, escribí en tres partes el texto de «La madre mecánica», siendo, quizá, más liberador y conciliador para mí que lo que había supuesto la carta de perdón. Hay cosas que se contradicen entre escritos, y hay veces en mi vida que no sé qué prevalece o debería prevalecer. El perdón hace que olvidemos muchas veces lo que no tenemos que olvidar, ese dolor como necesidad imperiosa de que no nos vuelvan a pisotear, lo cual es un derecho como personas que somos, yo creo.

ANEXO III

LA MADRE MECÁNICA

A mí me ha tocado tener una madre mecánica de esas, que quieren controlar más que querer y que, saluda siempre con un «¿dónde estás?» o un «¿qué estás haciendo?» en lugar del más humano «¿cómo estás?», lo cual da mucho que pensar. Eso sí, luego se encarga de repetir como un mantra que me quiere mucho, de allá pa cuándo. Palabras vacías, sangre de esturión.

Yo sí que la pregunto cómo está, lo cual no me hace mejor persona y ni, siquiera tiene por qué querer decir que la quiera del todo. Intento aprender de mi vida y mi enfermedad para ponerme en su lugar, pero a veces cuesta y cuando, no prima la comprensión, lo hace la mala hostia.

La he hablado mal muchas veces hasta el insulto será, que no me gusta tener por madre a un ser mecánico, y puede que llamarla así implique cierta dosis de desprecio por mi parte, pero imagínense... imagínense que tienen una madre mecánica, lo cual no es excusable porque ella tenga un sufrimiento psíquico; madres mecánicas las puede haber sin dolencia alguna, por lo que no radica en esto la causa, quizá, pero sí las características que lo adornan. O eso pienso, al menos, en mi cabecita pocha.

Utilizar a tu pareja para ser madre está feo. Ella me ha reconocido en más de una ocasión que se casó con mi padre más por el deseo de ser madre que por amor. Al final uno se cansa del daño recibido y se termina separando del ser mecánico este.

Utilizar el cariño que te profesa tu hijo para chantajearle emocionalmente, para usarle para, llevarle en la dirección en la que quieres, para hacer daño a otras personas con tus palabras a través de su boca... también está feo. Cuando me di cuenta de que todo esto estaba sucediendo, la empecé a odiar. Lo llaman adolescencia, rebeldía. Quizá fuera eso quizá, hay aspectos de la vida que cuando se piensan resultan problemáticas. ¡Qué feliz era antes de razonar las cosas!

El odio hace costra, los sentimientos se relajan y se entierran bajo muchas capas de mala hostia. Es normal sentirse así, ¡he sido utilizado, cojones!

Mi madre es la persona que todo lo sabe y que de todo tiene que opinar, sin tener ni puta idea de nada, claro está. Esto puede ser anecdótico, el efecto cuñado está en muchas gentes. Si quiero, discuto contra ella cuando se pasa de lista, y si no me apetece, pues no.

Una cosa que me molesta bastante más es que vaya de curandera. Siempre tiene algún remedio cuando se entera de que tengo alguna dolencia. Supongo que se sentirá más importante en este rol de pseudoenfermera esta, importancia personal es egoísta por lo que, ayudar al otro que soy yo no es por el otro, sino por la una. O eso pienso yo.

Cuando una persona ha intentado dirigirte tanto como lo ha hecho mi madre, cuando ha intentado reprimir tanto mi sexualidad cuando, se ha interesado tanto en mi vida por puro cotilleo, y no por mi bienestar, es normal que le dé la información con cuentagotas. Si estoy enfermo no lo sabe, si viajo no se entera si, hago esto o lo otro pues, me lo callo.

La madre mecánica todo lo quiere abarcar soy, datos en su base, barema esto o lo otro para poder andar jodiendo, nada se escapa a su control. Por esto es mejor no ofrecer información, así uno permanece más tranquilo. Vivir mi vida es fácil teniendo algo de mala uva y de picardía saber; a quién abrirse es un reto, es algo que suelo hacer por defecto. Si luego recibo daño, aplico las mismas leyes que a mi madre, y todo va más o menos bien.

LA MADRE MECÁNICA.

AÑADIDO I

Después de escribir el texto de la madre mecánica, me di cuenta de que me había dejado cosas en el tintero. Es normal, este es un tema que siempre me ha costado verbalizar o escribir.

Una de las cosas que más me tocaron la fibra desde que conozco a mi madre es lo irrespetuosa que se ha mostrado siempre con mis pertenencias. Puede parecer fríbolo por mi parte, y quizá lo sea, pero el hecho de que en su casa mis pertenencias nunca han estado a salvo me ha generado un sentimiento de inseguridad bastante acusado.

Sé por sus palabras que cuando era muy pequeñito, ella tenía una técnica para cuando yo me aburría de los juguetes: me los escondía, y me los volvía a sacar meses después. Así, parecía que eran nuevos una y otra vez. Como ardid no está mal a edades tempranas, supongo, pero mis primeros recuerdos con respecto a mis juguetes son un poco confusos: no sabía por qué desaparecían, hasta que descubrí que había sido ella, lo que me provocaba entre frustración, decepción y alegría.

Una de mis tías, al llegar yo a cierta edad y haberme perfilado como buen lector, me regaló unos libros sobre mitología vikinga y norteamericana. Un buen día, sin benir a cuento, en el periodo en el que me leía uno de ellos, la muy asquerosa de mi madre los hizo desaparecer. Con el tiempo me dijo que los había donado a la biblioteca de unas religiosas. Creo que no se lo perdoné nunca.

Con el tiempo, hablando con esta tía mía, ella me confesó que cuando las hermanas vivían en la casa de mis abuelos y ella comenzó a trabajar, escondía su paga en su cuarto y mi madre entraba a buscarla, se la quitaba, y se la daba a sus padres, mis abuelos.

Lo del desprecio a mi capacidad de poseer cosas no terminó con los libros de mitología (lo cual, aparte, por si no había quedado claro, fue un intento del todo valdío para encauzarme dentro de la religión católica, cosa que potenció en mí un movimiento dirigido en su totalidad en la dirección opuesta), provocando en mí cierto sentimiento paranoico. Cuando me empecé a interesar por el ocultismo, la dije que quería comprarme un libro sobre mediumnidad, y me dijo que de acuerdo, pero que lo tendríamos que leer juntos (bajo su supervisión, por supuesto). Me las apañé para comprarlo en secreto, y me lo fuí leyendo a solas cuando ella no estaba en casa, escondiéndolo entre las espumas del sofá y en otros sitios igual de recónditos. Cuando me empecé a interesar por los libros de rol, no hacía más que amenazarme con quitármelos, por lo que, en un momento dado, idée un sistema con una cadena y un candado mediante el cual no se podía abrir el armario normalmente, sino desde la pared con la llave correspondiente.

En este armario tenía no solo mis libros de rol, sino también un televisor de blanco y negro que me regaló mi padre. Me quedaba hasta las tantas viendo la tele, sobre todo los viernes que ponían un programa erótico con el que me masturbaba. A mi madre le daba rabia que me quedara despierto hasta altas horas, y varias veces apagaba los fusibles de la casa para joderme.

También le daba mucha rabia que jugara al rol con mis amigos en el parque, así que cuando sabía que estábamos en mitad de una aventura, me llamaba desde la ventana para gilipollices. Todos los días que jugábamos igual, solo para molestarme. Lo sé porque antes de que jugara al rol no me llamaba ni la mitad de las veces. Mi madre siempre me dejó a mi bola por el parque hasta que empecé a jugar a algo que ella no autorizaba. Mitología y cosas no cristianas, ya saben.

Siempre que aparecía una escena algo subida de tono en la tele (léase unos simples besos), la madre censuradora cambiaba de canal. Creo que a los 13 o 14 años conseguí mis primeras revistas porno, y cuando me pillaron en el colegio con ellas, achacó mi fracaso escolar a mi interés por la pornografía.

No es la única asociación absurda que hizo mi madre a lo largo de mi vida. Empecé a dejarme el pelo largo, y una mañana me desperté con mi madre sujetándolo con una mano mientras que en la otra tenía unas tijeras dispuestas al corte. Me revolví como pude, y la dije: «¿qué haces?» Salió en silencio de la habitación.

Cada vez más inseguro. Las direcciones que estaba tomando no le gustaban nada, y yo me reafirmaba en ellas cuando descubría que esto era así.

Me fuí dos veces de casa (sin llegar a pernoctar en la calle, pero sí estando todo el día en ella y volviendo bastante más tarde de lo acordado). La segunda vez, creo recordar, se lió más parda que la primera, y mi madre le dijo a la madre de uno de mis colegas que no tenía que haberme dejado tener el pelo largo, como si este hecho fuera la raíz de todos los males. Mi padre me llamó en aquella ocasión llorando y me pidió que no lo volviese a hacer; y así lo hice.

La cosa no terminó cuando me fuí a vivir con mi padre, ni ha terminado a día de hoy, viviendo solo. Cuando he vuelto a visitar a mi madre, siempre he tenido que estar ojo avizor si he ido con uno o más libros o cómics, porque ha solido intentar virlármelos si no han resultado de su agrado.

Hoy en día sigue jodiendo lo mismo que cuando me llamaba para interrumpir mis partidas. Su técnica ahora es llamar a la hora de la siesta. Lo hace especialmente cuando ve que no le cojo el teléfono, y lo hace para joder, para molestar y para incordiar. Sabe de sobra que me molesta, y lo sigue haciendo, a lo mejor tan solo por esto mismo. Suelo silenciar el móvil cuando me acuesto, por lo que mi sueño no se ve afectado. Lo que me afecta es que quiera joderme, no que lo haga. Ya hay que tener mala idea, dudo que sea de buen cristiano esta actitud. No creo que exista un más allá, pero si existiera, de seguro que ella no iría al cielo.

La última vez que lo hizo, le dije que yo silenciaba el móvil para que ninguna malnacida me molestara mientras estaba durmiendo. Me dijo que ella había nacido perfectamente, cosa que también dudo bastante. O eso, o se malogró con el tiempo; aunque yo mismo no soy quién para juzgar.

LA MADRE MECÁNICA.

AÑADIDO II:

MORAL VERSUS AUSENCIA DE ELLA

Hay cierta parte de la filosofía jungiana que ha pervivido durante mucho tiempo en mi interior, a saber: la integración positiva de los defectos. Jung antepone al hombre completo al hombre perfecto. Para él, el hombre completo era uno con sus propios defectos.

Ahora que ando haciendo una revisión profunda de mis principios en cuanto a junguismo se refiere, quizá esta forma de enfocar mi vida no sea la más correcta.

Mi madre excusa su comportamiento, por el cual es rechazada por todos, diciendo que a ella la acepta Dios tal y como es. ¿No es esta, acaso, mi misma filosofía de vida, en el fondo? Y, si esto es así, ¿Por qué en mí me parece tan correcto y en ella tan atroz? Quizá porque no sea la filosofía más correcta.

Integrar positivamente mis defectos, aceptarlos de buena gana, ha propiciado que no me machaque con respecto a ciertos hechos de mi vida, los cuales francamente han estado mal. Mi miedo al abandonar esta filosofía es que me torture debido a estos ecos, u otros que han de llegar. La culpa nunca me pareció buena compañera.

Por otro lado, con esta mi hasta hace poco filosofía de vida, siempre he tenido el temor de ser inhumano. Si integro positivamente mis defectos, todo vale sin, una moral de base que me haga discernir entre el bien y el mal, por más que sea un baremo individual y personal, lo mismo daría hacer buenas cosas que asesinar a alguien. El riesgo de ser alguien utilitario llevado por esta forma de vida resulta terrible, y con esto me explico:

Si no hay moral, uno se guía por una cuestión puramente utilitaria de la vida y de los demás. Esto quiere decir que uno no cometerá delitos en base no a una moral propia, sino a lo útil o no de dicho proceder. Si dicho supuesto crimen hace que uno se vea aislado y repudiado socialmente, quizá no sea el mejor camino solamente por eso, aunque quizá, en un momento de necesidad, uno puede anteponer la supervivencia al entorno social, y si la vida le llevase al extremo de tener que hacerlo, sin duda podría, de tal forma que el estado se encargase de uno en alguna de sus penitenciarías.

Me estoy yendo a supuestos extremos para que se vea con claridad la complejidad del asunto; la utilitariedad del proceder puede abarcar todas las decisiones, y esta emana de la no-moral de aceptarse uno tal cual es, integrando de forma positiva los defectos personales, justo como decía el hijoputa de Jung.

Ser utilitario y no sufrir por lo que uno hace, o ser moral con lo que ello implica: auto-represión y culpa; he ahí el dilema. Tiene que haber otra vía a la fuerza.

Y la solución me la brindó un amigo mío: la culpita. Sentir culpa de forma moderada, sin fustigarse en exceso, y siempre como acicate o empuje para llegar a ser mejor persona.

Gracias, Daniel. Te debo una.

.....

A continuación, tiene lugar la parte central del libro, que es la que más sentido de linealidad temporal posee. La he renombrado como «El cuento que me jodió», dándole título y sentido al mismo.

EL CUENTO QUE ME JODIÓ

A modo de introducción...

En mi vida, lo que primero tomó forma definida en cuanto a lo que aferrarme fue lo espiritual, como he dejado entrever antes. De leer sobre temas esotéricos y espirituales di el salto, en cierto momento, a vivenciar esos contenidos. Por diversas cuestiones, mi primer salto cualitativo hacia las prácticas espirituales fue mediante el consumo de drogas, concretamente las alucinógenas. Creo que es curioso describir en profundidad un estado supuestamente místico, y quizá no sea más que esto: curioso. La misma experiencia es en diversos puntos inefable o cuasi inefable, lo que quiere decir que traducirlos a palabras es hartó difícil, si no imposible. El texto que describe esta mi primera experiencia en el siguiente capítulo lo escribí hace ya unos años...

Primer contacto con Tiempo de Sueño

Estoy andando descalzo por la playa de Matalascañas junto a una persona que conozco de un fin de semana. La playa es un amplio pasadizo natural: a la izquierda se extiende el insondable mar, y a la derecha nos cierra la inmensa pared de la duna.

Está anocheciendo. Leandro y yo nos hemos pasado todo el día hablando de los trasfondos mitológicos de nuestras respectivas vidas y de la vida en general, y también de enteógenos (drogas alucinógenas). No es casualidad el hecho de que lleve seis gramos de *psilocybes cubensis* en el bolsillo. Todo me parece tan precipitado como natural y espontáneo.

En este momento hablamos del arquetipo femenino, de Hermes... A Leandro le hubiera gustado estar en lo alto de la duna para ver el ocaso, pero el ocaso está aconteciendo y aún no divisamos el paso para subir.

Llevamos ropa de verano (bermudas, camiseta de manga corta y unas playeras) y una toalla cada uno. Yo llevo, además, una camiseta fina de manga larga del grupo de metal épico nórdico Amon Amarth, y Leandro lleva, además, un móvil. Él piensa que el efecto de las setas se manifestará a partir de la media hora a partir de la ingesta. Propongo tomarnos las setas ya; así, mientras encontramos el paso de subida a la duna y subimos, se nos acortará el tiempo de espera una vez arriba. Él dice que vale, que de acuerdo.

Seguimos andando.

Nos decimos un par de veces más que hay que tomárselas ahora. Parece que la situación impone. Es la primera vez para ambos; es, como un desvirgamiento espiritual. Nos paramos, sin más pensarlo, y de cuclillas rebañamos el plástico que contiene las setas como si de dos animales devorando lo que queda de una presa se tratase. Me empiezo a sentir primitivo, y pienso que eso es bueno, dadas lo que creo que son las características de la experiencia que se avecina.

Se divisa, en la base de la pared de la duna, una cabaña cochambrosa hecha con cuatro cañas y dos jaramugos. Esta es la señal que buscaba Leandro. Nos acercamos a la pared y damos comienzo a la dificultosa ascensión.

Subir por arena de playa no es como subir un camino normal: la sensación de que no avanzas una mierda es constante. Una vez llegamos arriba, tendemos las toallas y nos sentamos a esperar mientras hablamos de trivialidades.

Leandro hace la observación de que es bueno que se hable sobre asuntos que no tienen que ver con lo que estamos esperando con el fin de relajarse. Esto hace que la situación deje de estar distendida (al menos para mí), y me hace centrar la atención sobre lo que ha de venir.

El paisaje es de ensueño. Ya ha anochecido, y abajo, en el mar, se pueden observar luces titilantes que se balancean al son del compás dictado por las olas. Se trata de las barquitas que se dedican a la pesca nocturna. Leandro y yo estamos sentados de forma que el mar está de frente; podemos contemplar toda la bajada hasta la playa, y detrás aún queda un tramo de duna ascendente. No hemos subido más porque era innecesario: estamos en una semiplanicie que se halla entre la escarpada pendiente y la parte más alta de la duna. La subida, desde aquí, se empieza a «abovedar», por lo que estar más arriba nos privaría de buena parte del paisaje que desde aquí podemos contemplar. Leandro me explica que desde arriba y hacia atrás, se extienden kilómetros y kilómetros de dunas.

Con el mar de frente y las dunas detrás y un poco por encima de nuestra posición, abajo, a nuestra izquierda, se extiende el tramo de playa por el cual hemos venido. Al fondo, se divisa Matalascañas con su faro, y más arriba, también a la izquierda, la luna, si no llena, casi llena, brillando tenuemente, aportándole una leve claridad a todo el conjunto. Estar aquí ya es parte de la experiencia.

Abajo, hacia la derecha, por último, se extienden kilómetros de playa protegida hasta perderse en el horizonte.

Y así, contemplando, en silencio, va pasando el tiempo de los humanos. Tan absorto y embozado estoy que no me he dado cuenta de que los primeros efectos de la droga alucinógena han empezado a manifestarse ya. Leandro hace que centre la atención en unas tonalidades rojizas que se han superpuesto a todo el paisaje; es como si se hubiese colocado un plástico transparente del mismo color entre todo el paisaje y mis ojos. Al fijar la atención en este detalle, desaparece el efecto óptico, pero cuando relajo la atención visual vuelve a aparecer. Juego un poco con este efecto, enfocando y desenfocando la vista a voluntad. Esta curiosidad óptica se confunde con los últimos y preciosistas colores del ocaso; puede que el sol se haya puesto hará media hora, y ahora podemos contemplar los postreros coletazos de su imponente presencia.

Nos tumbamos boca arriba sintiendo ya la creciente extrañeza del efecto por el que nos hemos dejado embelesar. Poco a poco, oscurece, aunque estos detalles «ordinarios» empiezan a pasar a un segundo plano cada vez más ausente. Las alucinaciones meramente visuales, como ya digo, son las primeras en dejarse notar, aunque ese sentimiento extraño, como de vértigo, el cual es cada vez más acuciante, se torna más y más presente.

El cielo se empieza a «geometrizarse»: no es que aparezcan figuras geométricas danzando por que sí; la misma textura del cielo es geométrica. Es como encontrar que entrañado en lo ordinario existiesen otras posibles dimensiones (visuales, en este caso). Cada vez van cobrando mayor fuerza, contenido, y sentido. Veo de una forma especialmente nítida cómo de cada estrella desciende un túnel geométrico que se va ensanchando según desciende, para ir a desembocar a mi persona; así, con todas las estrellas, de forma que soy el centro al cual van a parar estos túneles de geometrías extrañas. Las geometrías van adquiriendo formas cada vez más complejas. Pronuncio una palabra: «Escher», y él dice: «¡Exacto, eso es, son lo más parecido a los dibujos de Escher!».

La sensación como de vértigo, ese «algo arrasador», va creciendo. Es una sensación cada vez más imponente, algo que te supera por completo, en lo que sabes que estás sumergido, que va a ir in crescendo, y de lo que no va a ser posible salir hasta que la experiencia finalice. Así las cosas, decido no resistirme ya que, además de ser inútil, sería contraproducente a los resultados de la misma experiencia (según creo). De hecho, hago todo lo contrario: zambullirme, una y otra vez, cada vez más a lo profundo...

Hay muchos colores y tonalidades en el ambiente. En especial llaman la atención unos tonos rojizo-anaranjados por su claridad y por el ambiente que recrean. Cada vez nos embarga más un tremendo sentimiento de bienestar, de regocijo, de júbilo salvaje. Es divertido y enormemente placentero. Leandro dice algo sobre las tonalidades del ambiente, a lo que yo respondo: «ahora sé lo que significa “fliparlo en colores”». Los dos nos empezamos a destornillar. Desde que fui niño nunca me había reído de una forma tan inocente como lo estoy haciendo ahora. Todo, absolutamente todo, es un mar de emotividad del que empiezo a ser partícipe.

La parte superior del cielo es grisácea. Lo grisáceo tiene como una forma determinada: es una especie de bóveda convexa, al contrario que la bóveda celeste que es cóncava. La bóveda grisácea va ampliándose al mismo tiempo que baja, dándole uniformidad a todo lo que me rodea. Al fin, llega a mi altura, incluyéndome en ese «todo» uniforme. Es aquí donde entro a formar parte, plenamente, del mar de emotividad.

Este cielo o mar emotivo adopta la forma de pulpo –es como si todas las estrellas formasen una única constelación: la del pulpo-. Este pulpo es emotivo: es como si fuese el pulpo del amor, algo muy entrañable. Soy consciente de que no es más que una representación simbólica, que detrás de esa figura hay algo más, y que se representa así para ser entendido por mí. Comprendo esto gracias a la entrevista que le hice a Beatriz hace un mes y medio. En ella, me describía su primera experiencia con las mismas setas con las que la estoy teniendo yo ahora; decía haber visto un duende, pero comprendía que ese duende era la forma que le dio su mente a ese «algo» que estuvo presente durante toda la experiencia. Y ese «algo» es el mar de amor en el que se ha convertido toda la realidad. Es comprender que en toda la materia, yo incluido, hay una cosa en común de lo que partimos, que nos forma y nos sustenta... Es la masa base de la cual cociendo de esta manera sale un bizcocho, cociendo de esta otra una roca, de aquella un árbol, y de esta otra una persona, o una nebulosa... Esto tiene que ser eso a lo que llaman espíritu, algo de lo que todo y todos participamos; nos da forma, sin ello no existimos; es anterior y posterior a nosotros, está dentro, nos rodea... y, ante todo, es amor. Se muestra ahora tan real para mí, que es algo casi tangible... Es una certeza más aplastante aun que la lógica, que cualquier pensamiento racional, pues estoy en la arena, tumbado, y me cuesta incluso moverme debido a esta tremenda presencia, a esta brutal dimensión de la realidad en la que ella misma se baña y se basa. Es como estar en el fondo marino bajo toneladas y toneladas de presión... solo que no es algo que haga daño o que asfixie. Simplemente, es algo tremendo.

Y en esta comunión con el todo es donde ahora me hallo. Desde que empezaron los efectos de las setas, Leandro y yo eructamos de vez en cuando. Ha habido un par de veces en las que he sentido náuseas, casi ganas de vomitar. Leandro eructa de nuevo. Me mira, y dice: «se repiten las putas setas...». Nos volvemos a destornillar, y vuelvo a sentir la risa muy cándida, muy inocente, auténtica y pura como hace mucho no la sentía. Le empiezo a pegar puñetazos a la arena, diciendo: «¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte!», debido a la emoción y al poder que siento. Esto es todo un regalo.

Y la cosa sigue. Este mar emotivo del que ahora participamos es ese «algo» vertiginoso que sentíamos según iban avanzando los efectos. Estamos en plena fase de apertura de la percepción sensorial. De donde intuyo que tiene que estar el mar (ya que no lo veo, porque cielo y mar es un todo grisáceo) oigo-noto un profundísimo bramido, un lento y pesado sonido burdamente equiparable al de la sirena de los grandes barcos, o al claxon de los camiones... pero mucho, mucho, mucho más grave y profundo. Este es el sonido del mar, su lenguaje.

El tiempo está perdiendo cada vez más su sentido. Me parece que en estas cosas que estoy viviendo se están yendo ya un montón de horas... o lo que sea, pero esto está ocupando más tiempo del que debiera. De todas formas, eso es lo que menos me importa en estos momentos. Creo que no voy a poder soportar la multiplicación de la agudeza sensorial. El tacto se ha transformado en una tortura de placer aplastante, bestial. Me rebozo en la arena, riendo. Cada grano despierta explosiones sensoriales, dejando una estela semilíquida, como si fuera mercurio... Mi pelo largo produce el mismo efecto en mi piel. ¡Es increíble!

El sonido que percibo también se ve multiplicado por mil millones. Después de lo del bramido del mar (que bien podría haber sido algún lejano barco del cual mi aguzado oído habría recogido el sonido amplificado de su sirena), lo siguiente en ser captado por mí es el sonido de una chicharra. No es una, sino mil chicharras las que retumban en mi mente, sumándose al vértigo sensorial del resto de los sentidos. Sigo dejándome llevar...

La arena, ¡qué gran placer! ¡Mmmmmmmmmmm...! Todo mi cuerpo es sexo, pero no tiene absolutamente nada que ver con la excitación sexual. Esto, el componente sexual del asunto entre el mar emotivo y yo, puede que sea una pequeñísima parte de lo que en realidad supone este sentimiento de sentimientos, esta unidad, este participar activamente de lo que todos participamos normalmente de forma pasiva sin verlo, olerlo o verlo; este descubrirlo, conocerlo..., lo cual me lleva a la fusión con ello.

Tengo leve consciencia de estar haciendo el amor con la arena (horas después comprobaría los restos de semen en las bermudas). Es algo tan supremo que no siento el pene como tal, sino que cada fibra de mi ser es un todo no focalizado, sexual, emotivo, lleno de amor del cual todo se participa... Imposible describirlo, de verdad.

Cuando levanto mi cuerpo de la arena, siento algo muy parecido a lo que sentiría un saltamontes al retirar su abdomen del suelo después de haber depositado los huevos en el agujero. También es como dos líquidos separándose, no sé. Esto no ha sido un clímax, ni he sentido nada parecido a un orgasmo, ni nada, ya que este extremo es imposible, pues no hay un punto más supremo que otro: estoy en una constante.

Aquí el tiempo se empieza a difuminar bastante. La explosión sensorial me ha llevado a una situación curiosa: estoy tumbado boca abajo: Siento que tengo una especie de papada; percibo el tiempo de otro modo, y la realidad, y los colores... ¡Soy un reptil, o alguna clase de batracio! Tengo consciencia de ser el primer ser vivo sobre la superficie del planeta, y contemplar su primer amanecer... Predominan las tonalidades rojizo-anaranjadas, un color que se me antoja místico-animalístico.

Salgo de esta fase de animalismo, y prosigue la explosión sensorial. Como puedo, me levanto bajo toneladas de presión emotiva, y pego un grito tremendo, embargado por la emoción. Solo puedo mantenerme así durante unos instantes. Me dejo caer de nuevo, y me vuelvo a dejar llevar por la explosión sensorial.

Estoy a cuatro patas, resoplando contra la arena. Tengo pezuñas, y noto una enorme cornamenta en mi cabeza. Soy un toro; estoy lleno de fuerza y de poder.

En esta «zona», por así definirla, se empiezan a complejizar las cosas. Me tumbo en la arena, pasada la fase de animalismo en la que era un toro. Abarco entre mis brazos un pequeño montículo, y centro toda mi atención en él. Penetro en su profundidad helicoidal: sigo queriendo ir a lo más profundo donde pueda llegar a través de esta oportunidad única que me brinda la naturaleza. ¡Es maravilloso! Le digo a Leandro: «Intenta centrar tu atención en un punto, intenta...». No me salen las palabras. Sigo con mi atención centrada en el montículo; dentro de él, se abren abismos sin final de túneles retorcidos en estructura de caracola.

Entra en escena un profundo momento, supremo, imposible de describir. Abajo, está el mar... Allí, a la izquierda, Matalascañas, el faro... Arriba, la luna, casi llena... La luna, se mueve hacia delante, pero más que un movimiento físico, es un movimiento en el tiempo. De la misma forma, las olas describen un movimiento semejante, solo que en lugar de moverse hacia delante, se mueven hacia atrás en el tiempo a la misma velocidad que la luna, como recogién dose, replegándose sobre sí mismas. Todo esto, se encuadra dentro del paisaje descrito, pero este encuadre es una imagen estática, como si de una fotografía se tratase, solo que es una instantánea temporal. Así, dentro de esta confluencia del tiempo, tengo una de las vivencias cumbre de la experiencia. Veo-experimento-participo de la trinidad masculina: Leandro, mi padre, y una tercera persona sin definir son los protagonistas de esta vivencia, pero son estas tres personas y al mismo tiempo son una sola. No puedo definirlo mejor, o con mayor exactitud. Sé que suena simple, pero para mí está siendo un éxtasis místico inigualable.

Despierto. Sorprendido, me encuentro a mí mismo en la posición de la meditación de buda, con las piernas cruzadas, la espalda vertical, recta, una de mis manos sobre mi regazo con la palma extendida hacia arriba, y la otra a la altura de mi pecho con la palma extendida hacia el frente, hacia Leandro, y hacia Matalascañas, lejos, detrás suya. No sé qué pinto en esta postura, ya que yo, sobre budismo, lo único que sé es lo que hoy me ha contado Leandro. Al día siguiente, él me diría que había estado en esa posición durante mucho tiempo. Dentro de esta postura, se produjo la vivencia de la tríada.

Estoy a cuatro patas, como en la posición del toro. Bajo mí se recorta mi sombra. No la tengo miedo. Penetro en ella, y debajo encuentro abismos y vacíos sin fin, infiernos rojos que son naturales, normales para mí. No me espanto lo más mínimo. Quiero llegar al fondo de todo. Estoy de espaldas al mar. Veo las letras de mi camiseta, las cuales cobran un significado especial. No podría describirlo, pero dan la sensación de tener sentido por sí mismas, sin necesidad de interpretación.

Muevo mi brazo delante de mí. No hay una continuidad en el movimiento: es una imagen, tras otra imagen, tras otra, todas en sucesión, entrecortadas, intermitentes, sin la cohesión que les da a los movimientos nuestra mente en estado ordinario.

Estoy de rodillas, o de pie, no sé. Percibo a la perfección mi supuesta estructura interna. Veo un esqueleto en forma de caracola cortada en sección transversal; este interior mío está acorde con las mayores constelaciones del universo. Le digo a Leandro: «¡Es como...!» No sé expresarlo con palabras, y utilizo mis manos, intentando transmitir movimientos rotatorios de espiral hacia dentro.

La experiencia nos concede una pequeña tregua al mismo tiempo para ambos en la que podemos comentar pequeñas cosas. Estamos llegando a una comprensión absoluta. Yo empiezo a entender los qués y los porqués de la existencia. Leandro empieza a referirse a conceptos filosóficos. Yo digo: «¡Es el Aleph!», a lo que él responde: «¡Es lo Uno de Platón!», y así con un par de conceptos filosóficos sueltos. Digo: «Esto es algo...», y vuelvo a decir: «es algo..., algo... ¡algo!». La misma palabra «algo» entraña la mayor comprensión a la que se puede acceder; es como una palabra de poder, y así, cualquier palabra podría contener los mayores misterios y secretos del universo. Exclamo: «¡Claro! ¡Es tan sencillo!» Leandro parece comprenderlo todo también.

Llega un punto en el que nos contemplamos extrañados. Me dice él: «¿Alejandro?», a lo que yo respondo: «¿Leandro?»; y él, refiriéndose a mí, me pregunta: «¿Leandro?», a lo que yo respondo, refiriéndome a él: «¿Alejandro?». Ha llegado un punto en el que hemos llegado tan profundo que lo mismo yo podría ser él, como que él podría ser yo. De hecho, tengo la noción de que podría ser cualquier persona, ya que estoy en el supuesto punto que nos es común a toda la humanidad, a partir del cual emerge el concepto de la personalidad (esa falsa realidad ahora que Leandro y yo acabamos de dejar atrás).

Estoy sentado frente al mar. Hago un barrido visual: empiezo desde la luna, a mi izquierda, paso por todo el mar con sus puntitos de luz titilantes, y termino en un yerbajo situado enfrente de mí. Pero algo curioso sucede. En vez de continuar el barrido visual hacia la derecha, hacia arriba o hacia cualquier otra parte, o simplemente quedarme contemplando el jaramugo, la imagen se corta en seco; Ahora estoy mirando la luna, hago un barrido visual en el que recojo todo el mar con sus puntitos de luz titilantes para terminar finalmente en el yerbajo situado enfrente de mí. Le digo a Leandro: «He tenido un déjà-vú». Decir esto, y acto seguido ponerme a revivir toda mi vida.

El modelo por el que mejor se puede entender esta revisión de la propia vida es el que aparece en la película *Dark City*: flases, retazos de recuerdos que se suceden rápidamente, como en carrusel. Este revivir la vida es ajeno, extraño, carente de toda emoción y de todo sentimiento. No existen los lazos familiares, de amistad, de amor... Ni siquiera un atisbo de ilusión o de algo tan pequeño y tan importante como el dolor o el goce físico. Solo queda aquí el vértigo, ya desplegado en toda su magnificencia, el cual se estaba gestando desde el principio de la experiencia para, a través de los túneles helicoidales, desarrollarse por completo en esta pantomima vital.

Compruebo en estos instantes, muy a mi pesar, que la vida es una ilusión, una especie de broma fatídica, de tremenda mentira. Beatriz está presente, y «siento» hacia ella, desde mi posición de espectador, una especie de sentimiento de desengaño, algo así como un «deberías haberme dicho que esto era así» en relación a esta experiencia.

La vida se revive en una disociación de personalidad: soy espectador de mi propio teatro vital; lo soy, pero al mismo tiempo no soy plenamente consciente de ello. Esta revisión biográfica, dadas las circunstancias de absoluta frialdad y de absoluta consciencia de la estructura de teatro, es completamente desasosegante. Es como un proceso de madurez en el que interviene el desengaño más atroz: descubrir que los reyes magos no existen aplicado a toda tu existencia.

Entonces, mi vida va acercándose al presente (pero yo sin tener consciencia de qué clase de presente se trata, ya que para mí no hay más presente que el que transcurre en esta revisión de la propia vida): conozco a Leandro, y un buen día me veo caminando junto a él por la arena; nos comemos unas setas y... ¡Llegamos al momento actual!

Miro asombrado alrededor, y digo, literalmente: «¡He llegado a este momento otra vez!»

Bueno, pues decir esto, y ponerme a revivir otra vez mi vida. Sabiendo que toda la existencia es una mentira, decido vivir esa simulación de vida (aunque para mí, en estos momentos, es la propia vida) como si fuera un místico. Puedo levitar y hacer que todo a mi alrededor cambie a voluntad. Conozco a Leandro, y un buen día me veo caminando junto a él por la arena; nos comemos unas setas y... ¡Volvemos a llegar al momento actual!

Miro asombrado alrededor, y digo, literalmente: «¡He llegado a este momento otra vez!» [La situación es la misma, las palabras son las mismas, el momento es el mismo].

Revivo otra vez mi vida. Ser místico no me ha gustado nada. Echo de menos los lazos afectivos de familia, amigos, amantes... Echo en falta experimentar los goces y sufrimientos de la vida, y no este terrible y tremendo vértigo que supone vivirla como si de un enorme vacío se tratase. Sé que es mentira, sé que es un puro teatro, pero intento vivir la vida lo más normal que puedo, aunque esto suponga para mí actuar siendo consciente de que actúo. La figura de mi padre es un fuerte punto de apoyo.

Conozco a Leandro, tatatá, tatatá, tatatá, y exclamo: «¡He llegado a este momento otra vez!» [La situación es la misma, las palabras son las mismas, el momento es el mismo].

Por cuarta vez revivo mi vida. Me veo a mí mismo tocando el bajo en los locales donde ensayan unos amigos míos. Toco muy bien, muy rápido, me sé muchas escalas, soy muy técnico... Descubro, a partir de esto, el potencial del ser. En estos momentos pienso que tenemos un potencial tremendo para hacer cosas increíbles, y la base de ese potencial es la misma para todos, solo que yo lo derivo a las aptitudes artísticas y filosóficas, y otros lo emplean en la afición que le profesan a su equipo favorito. Esto me hace comprender la afición que tiene mi padre hacia el fútbol, y me ayuda a equipararme a él.

Llego otra vez a esta noche, pero el momento ya es distinto. Estoy mirando dirección al mar. El espacio se ha dado la vuelta: las estrellas brillan negras en un cielo blanco, el volumen de los objetos se ha tornado cóncavo, vacío de contenido... Es difícil de describir.

El efecto del universo dado la vuelta desaparece. Me levanto a beber algo de agua. Tengo muy en mente el tema de beber líquidos porque es importante no deshidratarse en estas experiencias (o eso me dijo Leandro). Con este objeto, me acerco a Leandro ofreciéndole la botella. Está arropado con la toalla, removiéndose y agitándose. Me dice que no con un gesto, y vuelve a lo suyo. Creo que ni me ha mirado.

La noche es realmente oscura en estos momentos. La percibo normal (yo creo). Bebo, y al bajar la botella, veo-siento cómo resbalan por la superficie de la misma unas gotas del líquido elemento. Aquí se produce un estado paradójico entre el interior y el exterior de la botella que es realmente imposible de trasladar a palabras. He llegado a la comprensión absoluta de lo que subyacía tras las formas que enmascaraban al mar de emotividad que era la realidad antes de que la experiencia tornase su rumbo a los túneles temporales de revisión biográfica: me parece que se trata del mercurio filosfal. El estado paradójico de las gotas de agua me ha llevado a la comprensión última de la realidad: todo es, y todos somos, un mar de mercurio emotivo (o esa es mi idea en estos momentos). Ahora no lo siento, porque estoy disociado de ello, pero precisamente por ello puedo verlo-vivenciarlo. Y vaya que si lo veo. Veo, literalmente, que toda la realidad es de naturaleza mercurial, de manera que lo que tengo enfrente, en mi plano visual, es un mar de mercurio danzante y oscuro, dándose forma a sí mismo.

Y me pongo a revivir otra vez mi vida. En las siguientes revisiones biográficas que se producen, vuelvo a distintos puntos de la noche, los cuales se suceden de forma «normal» en ese tiempo perteneciente a lo humano que tan lejano es para mí en estos ¿momentos?

En cada vuelta hay un aprendizaje. En esta ocasión compruebo que cada factor que ha intervenido en mi vida, dándole forma, cada pequeño detalle, ha sido de vital importancia, no ya para ser lo que soy hoy en día, sino para llegar a este instante de eternidad. Todo lo vivido en el teatro vital estaba ahí única y exclusivamente para darle forma a este instante. Incluso el detalle de habernos tomado el doble de la dosis normal contribuye a este suceder de lo eterno. Llego a esta noche en un instante de tiempo indeterminado posterior al de la comprensión de la realidad como si de mercurio se tratara. Me incorporo, y exclamo: «¡La gallina! ¡La gallina!». Me acerco a Leandro lleno de alegría; le abrazo, y le digo: «¡Bien, enhorabuena, lo hemos logrado, qué gran experiencia!». Nos separamos, algo incómodos. Es más el deseo de que termine la experiencia que otra cosa lo que me ha empujado, personalmente, a creer que había concluido, felicitándonos por ello. En mi incomodidad hay un punto del miedo a dejarse llevar por los instintos que han dominado buena parte de la experiencia; esto podría conducirnos a una unión sexual que no deseo.

La última, o las dos últimas revisiones de mi vida se producen en un estado más profundo aún, semejante al de la vivenciación de la tríada masculina. El deseo por retomar mi vida, por salir de ese teatro falso, es increíblemente acuciante, un auténtico horror al vacío. La figura de mi padre sigue siendo de vital importancia, aunque no podría describir de qué manera lo es. Para mí, esto es lo más parecido a la muerte, ya que nada más allá de esta noche existe. El pasado es como una invención de este momento para llegar a este momento, y no hay futuro, ya que cuando llego una y otra vez a esta puta noche, retorno a mi falsa biografía. Esto es una auténtica muerte, pero también existe un gran deseo por salir de ella. Ese deseo se cristaliza en una sola idea, en un solo punto de apoyo: Aroa. Quiero hacer mi vida junto a Aroa. No hay más. Esa poderosa idea es la que quedó después de la experiencia, la cual fue concebida para que mi vida adquiriese una meta o finalidad por la cual luchar, aunque naciese como respuesta al horror al vacío. Así, esta idea, junto con el deseo imperioso de que el sol amaneciese (lo cual indicaría que habría superado aquella fatídica noche, y que mi vida continuaría por fin), serían los puntos en los que me apoyaría para salir de este vacío existencial.

Que el sol saliese era sinónimo de que la consciencia reinstaurase su reinado, y esto entraba en relación directa, por alguna razón, con el papel que desempeñaba mi padre en la experiencia. Después de la experiencia, Leandro me describiría cómo yo estaba tumbado en la arena con los ojos cerrados y, creyéndome muerto, él me zarandeaba para que recuperara la consciencia. En estos momentos veo perfectamente como Leandro se acerca a mí y me zarandeo. Leandro y yo, en parte, nos hemos metido el uno en la vida del otro, y creo que sin yo contestarle, escucho una conversación muy similar a esta: «¡Veeeeeeeeenga, Alejaaaaaaaaandros! ¡despierta! Sí, bueno, ya sé lo de tu padre, y la historia esa, y lo otro, pero... ¡Despierta! Despierta, tío. Sí, lo de Aroa, que es muy importante... ya... ya... ¡¡Despiértateeeee!! (...)».

Sí y no recobro la consciencia. Estoy en un sueño de vida profundísimo del cual es difícil salir, y, mientras me dejo llevar de nuevo por estas profundidades, se va mezclando la imagen de Leandro zarandeándome con un recuerdo de infancia: mi padre despertándome por la mañana temprano. De hecho, la voz que Leandro emplea para desvelarme la guardaría como algo molesto, y las veces en las que se la oíría emplear con posterioridad me habría de dar esa punzada de rechazo que tienen como característica la voz de nuestro padre o de nuestra madre cuando se refieren a nosotros en cierto tono.

Prosigo, pues, con mis ciclos sin fin. Sé que pasa un tiempo en el cual revivo alguna cosa. Mientras, se termina de afianzar el deseo de padre/consciencia/que-salga-el-sol junto con aquel otro de hacer mi vida junto a Aroa. Esto último me lo tomaría con posterioridad como algo que me dijo la experiencia que tenía que hacer, y que, por lo tanto, se iba a cumplir, lo cual me habría de ocasionar muchos problemas.

Siento que los ciclos se hacen más tenues, y regreso a esa noche con un recuerdo de infancia: viaje en el coche de mi padre con él y con mi madre. Estamos en una vía de incorporación a la autovía, la cual nos llevaría hasta la parcela en la que se desarrolló buena parte de mi infancia. La carretera describe una semicircunferencia descendente en torno a una pequeña montaña, lo cual encaja a la perfección con la estructura en espiral que ha predominado durante toda la experiencia. Con este recuerdo, me orino encima dos veces, un poco como volviendo a nacer, sin control alguno sobre los esfínteres, un poco buscando la calidez del orín recién excretado. Estoy totalmente tranquilo, a salvo, y permanezco tumbado en la arena con los ojos cerrados. Creo que incluso concilio un poco el sueño. Un ratito después los abro, y contemplo la noche. No cabe duda, he retornado de nuevo. Ahora, lo lógico sería que volviese a revivir mi propia biografía. Pero nada sucede. No me fío, pues ha habido otros momentos de la noche en los cuales creí que la experiencia se había terminado. Tengo parte del cuerpo sobre mi brazo derecho; al intentar moverlo, lo siento dormido. Esto me verifica que he salido del todo. Esto, y la certeza de que he salido. Uno se da cuenta perfectamente de que ha salido cuando ya no está dentro, y esta certeza es limpia, lo mismo que la forma de salir del globo de esta experiencia. Tengo una claridad de mente inusitada. No hay nada parecido a una resaca. De hecho, la noche anterior había dormido dos horas, y en estos momentos me encuentro totalmente despejado, lúcido, y creo que más cuerdo y más firme que nunca.

Leandro no está. Grito su nombre, pero al poco me doy cuenta de lo inútil de la empresa. Intento buscarle por los alrededores, en vano. Toda nuestra zona está llena de pisadas. Junto a ellas, me parece adivinar huellas más pequeñas, como de animales. No recuerdo que antes estuvieran allí.

Pienso, con frialdad, que si Leandro se ha muerto, alguien se encargará de encontrar su cadáver. Nada me preocupa en estos instantes, estoy taoísta total. Me tumbo en la arena, y cubro mi cuerpo con la misma: hace una rasca que pela. Después, Leandro me contaría que este punto (el del frío) fue un gran incordio para él. A mí no me molestó en absoluto.

Duración aproximada de la experiencia: unas cuatro horas del tiempo de lo humano. Duración interna en Tiempo de Sueño: siete vidas humanas; un trozo de vida de lagarto/batraco; el primer amanecer del mundo; un impulso de fuerza de un toro; los infiernos de la propia sombra; mi interior en forma de caracola cortada transversalmente con el universo dentro; la eternidad mostrada a través de mi padre, Leandro, y una tercera persona; y el tiempo del mar de mercurio emotivo que quería hacerme creer que era un pulpo universal. Yo creo que son cuatro horas bien aprovechadas.

A modo de interludio...

Esta descripción del capítulo anterior, como ya decía, es la traducción a palabras de mi primera experiencia mística seria. Volvería a experimentar estos estados, vía sustancias, dejando normalmente un tiempo prudencial entre experiencia y experiencia de, al menos, medio año (excepto cuando experimenté con salvia), con objeto de integrar correctamente sus contenidos. Con el tiempo, experimentaría con otras técnicas.

Qué fue de mi vida después de esta experiencia: un profundo sentimiento de que no encajaba en la realidad. Todo se me antojaba superfluo y baladí, es como si experimentase una falsedad social. Experimenté un estado algo depresivo, de no saber aceptar lo cotidiano. También tuve un poco de caos académico, ya que intenté hacer el bachillerato en el diurno y no pude con el ritmo. Me trasladé al nocturno, que era mucho más relajado, y en donde tardaría un año más debido a que los cursos en esta modalidad están estructurados así.

Esta experiencia con drogas puede alterar profundamente la percepción y existe la posibilidad de que acarree unos efectos secundarios dañinos para la salud. No todos los «después» de este tipo de experiencias han sido iguales, o incluso negativos en el sentido en el que lo fue el de esta primera experiencia.

Mi segunda ingesta de sustancias visionarias fue con ayahuasca, en una experiencia colectiva guiada por un individuo que había estado entre determinados indígenas aprendiendo chamanismo (o eso decía él). Es el mismo con el que hice la primera respiración.

Comunión

El sitio es alejado. Se va por una carretera rodeada de naturaleza. De la carretera sale un camino; allí es el sitio.

El sitio está al borde de un bosque: hay monte, hay río, hay caminos que lo cruzan, bordean y atraviesan... En el sitio hay una gran casa de dos cuerpos. El cuerpo principal dispone de recibidor, dos salas de comedores, una cocina, un hogar con chimenea, servicios con duchas, y las dependencias particulares de la familia que regenta el lugar; todo esto en la planta baja. En la planta de arriba hay otro servicio, y habitaciones con literas; todo muy austero, casi militar, con fríos suelos de cemento pulido y finas mantas para las camas...

Al segundo cuerpo se accede por fuera mediante una escalera que deja debajo suya el hueco para el leñero. La única sala de este cuerpo es grande y espaciosa, bien iluminada, con grandes ventanas. Es una sala-doblar, ya que estamos directamente debajo del tejado; el techo resulta ser, de este modo, las vigas de hierro y demás componentes del armazón. Hay una pequeña habitación enfrente de la puerta de entrada en donde se guardan diversos materiales (sillas, mantas, colchonetas...). Siguiendo la misma pared de la puerta de entrada, nos encontramos con una baranda que custodia unas escaleras que bajan; los ventanales, se sitúan en las otras dos paredes restantes, a derecha e izquierda según se entra en la sala.

Hay un pequeño patio-explanada en la parte frontal de la casa. Si nos situamos enfrente, de cara a ella, tenemos que delante se encuentra el cuerpo principal con su acristalada entrada al recibidor; a nuestra izquierda, el segundo cuerpo con sus escaleras ascendentes cerrando el sitio en «L»; y detrás, cierto número escaso de árboles y vegetación que delimitan la zona.

Es sábado por la noche; hay unas setenta personas, y es día de ritual. Entre los dos grandes árboles situados frente a la casa hay enormes barreños y una mesita con un caldero que contiene un líquido. Todo está preparado, y todos estamos ya en la enorme sala del sitio aquel. Nos hemos sentado todos en distribución circular, dándole la espalda a las paredes. En cada silla de plástico blanco había una manta. En la pared de entrada, en la de la baranda, hay solo una fila de sillas, y en los laterales y en la de enfrente hay dos o tres. En medio de la fila de la pared donde se sitúa la puerta de entrada se sienta P; el siguiente sitio a su izquierda es para su ayudante; después, en este orden, se sitúa mi amigo venido de Don Benito, y luego yo.

P nos da pautas para el viaje con la ayahuasca. Intento escuchar atentamente, pero estoy algo embotado...

P dice que lo más importante es tener una guía o propósito de viaje. Es una especie de remanso conceptual al cual volver una y otra vez según la experiencia nos zarandee de un lado a otro; será la cuerda a la cual aferrarnos cuando la tempestad nos haga perder el norte. La ayahuasca, dice, la utilizan los indígenas para recuperar recuerdos de infancia perdidos, saber dónde se encuentra un objeto perdido (literalmente), conectar con los recuerdos raciales colectivos, de especie, ir atrás en los estadios evolutivos... Todo esto según P.

Nos dice que es muy importante, fundamental, no perder el aquí y el ahora: saber en todo momento dónde estamos y quiénes somos, y qué hacemos aquí. Hace especial hincapié en que no hay que perder la idea de la propia identidad, y después de recalcarlo mucho dice que, aun así, olvidar quiénes somos puede ser útil en algunos casos.

No se puede hablar durante la experiencia, ni hacer ningún tipo de ruido. Es normal, bajo los efectos de la ayahuasca, vomitar o defecar, lo cual, dentro de la experiencia, tiene un efecto de limpieza, tanto física como espiritual; así pues, si entran ganas de vomitar o defecar, hay que levantarse en silencio y salir intentando hacer el mínimo de ruido posible. Para ponerse en pie y comenzar a andar, hay que asegurarse de que uno es capaz de hacerlo del siguiente modo: levantarse con cuidado, observar que se mantiene el equilibrio, dar un pequeño paso al frente y detenerse, para asegurar de este modo que se puede caminar sin dificultad. Nos recomienda esto porque hay personas que intentan caminar directamente y se dan de bruces contra el suelo por no tener pleno control sobre el cuerpo.

Habrán dos ayudantes (nos dice el nombre de las dos chicas, que olvido al momento) que no tomarán ayahuasca y que estarán ahí para ayudarnos en todo lo que precisemos, por si tenemos dificultades en bajar las escaleras o cualquier otra cosa. Se vomitará en los barreños que hay junto a los árboles; si existen dificultades para vomitar, hay un caldero encima de la mesa con una infusión que tiene efecto vomitivo con el fin de facilitarnos la tarea. Si entramos en los servicios para evacuar, es importante no echar el pestillo para no quedarnos encerrados, pues puede suceder que creamos permanecer tan solo unos minutos ahí dentro cuando en realidad pueden haber pasado horas.

Hay una manta en cada silla para cada uno, porque es normal que bajo los efectos de la planta baje la temperatura corporal, y es recomendable abrigarse llegado cierto punto de la experiencia aunque creamos que no tenemos frío.

Nos dice que uno puede realizar actividades más o menos cotidianas bajo los efectos de la droga, por lo que no tiene por qué haber mayor dificultad para bajar y subir las escaleras (nos comenta que él ha llegado incluso a conducir bajo los efectos de la ayahuasca, aunque no es que sea del todo recomendable...).

Nos explica también que a mitad de experiencia se hará otra toma para quien la quiera (yo, personalmente, ya sabía de antes que se realizaban dos tomas en sus rituales, y no tengo pensado tomar una segunda vez). Los efectos de la primera pueden tardar cerca de veinte minutos o media hora en hacerse notar, pero los de la segunda llegan más rápido, a los cinco o diez minutos máximo.

También nos indica que se ha colocado un coche atravesado a mitad del camino por si a alguien le da por irse con el suyo en mitad de la experiencia (nos cuenta que una vez tuvo que pelearse físicamente con una mujer que intentó hacer esto mismo por no querer enfrentarse a algo oscuro de ella misma, según él).

Cuando parece que todo ha sido dicho y que todo ha sido repasado, P se acuerda de una última cuestión: caramelos y relojes fuera. Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para llevar caramelos en los bolsillos: el crepitar de los envoltorios de plástico baña la sala. P y yo nos miramos divertidos. «Siempre digo lo de los caramelos por algo», me comenta sonriendo. Finalizado este episodio, P le da una especie de tubérculo a mi amigo de Don Benito y le dice que lo corte en trozos pequeños.

P camina por el suelo enmoquetado, repasando mentalmente para que todo quede cubierto y dispuesto. Al poco, se ausenta de la sala para regresar con un puñado de juncos, los cuales ata por uno de sus extremos. Nos explica que cada cierto tiempo hará sonar las ramas para centrar la experiencia y para retomar el contacto con el sitio y el momento en el que nos encontramos realmente; dice, también, que esto tiene algún sentido más que iremos descubriendo según avance la experiencia.

Pregunta si hay dudas, y hay un chico que dice que en los trabajos del santo daime se ponen todos los hombres en un lado y las mujeres en el otro para distribuir correctamente las energías, y propone hacer lo mismo.

La propuesta ha sido todo un éxito: nadie se mueve del sitio.

Sucedido lo cual, se procede a la toma. Se hacen dos filas, y P y su ayudante dan un vaso a cada uno de los que van llegando a sus manos. Cuando me llega el turno, bebo la amarga pócima y tomo el trozo de jengibre que hace un rato cortara mi amigo. Esto se emplea para mitigar el sabor de la ayahuasca, pero después de comérmelo, pienso que estaba mejor la ayahuasca, qué coño.

Nos vamos sentando todos, y a esperar.

Se apagan las luces; tan solo queda una tenue iluminación. En el centro de la sala hay algún ramo de flores y plantas, y una vela roja.

El chico que propuso la separación por sexos eructa ruidosamente. Me encanta esta muestra de libertad y espontaneidad.

Me centro en la alfombra, en sus dibujos. Me meto aposta en el entramado, busco introducirme rápidamente en la experiencia. Calculo que no han pasado diez minutos cuando descubro un segundo tejido o entramado móvil dentro de la misma. Es como una red viva en la que se sustentan las cosas (pues ya no solo la veo en la alfombra, sino que también está por las paredes, y en otros sitios). Es una maya aborigen, masculina, de desierto australiano o africano; es una textura varonil.

Me empieza a dar un poco de acojone entrar en este estado contando con los problemas de descuadre en la realidad que he tenido de unos meses a esta parte a raíz de mi primera experiencia.

Me voy marcando la meta mientras voy entrando: Aroa.

Me reconozco cada vez más embriagado y más dentro de esta «otra» historia. La maya sigue palpitando y bailando.

Siento como un hierro que atraviesa mi cráneo verticalmente, desde la mandíbula hasta la coronilla. La sensación es intensísima, y lo entiendo como un malestar. Es como si tuviese la cabeza atrapada en un hierro, y alguna fuerza pudiera moverme blandiéndolo de un lado a otro. Esta sensación es bien fuerte, y dura un buen rato.

La experiencia sigue avanzando, y me voy marcando nuevas metas según se me van ocurriendo: «Pues podría hacer un viaje astral», «Me gustaría penetrar en el misterio de Cristo, o de Buda», «Voy a recuperar algún recuerdo perdido de infancia»... y así. La verdad es que no tengo muy claro lo que busco, pues todo me parece igual de interesante; pero sé que si no me centro en una cosa en concreto no lograré obtener nada en claro, tan solo dispersión. Aun así, no puedo remediarlo, y se me ocurren metas y nuevos campos a explorar cada dos por tres.

Entro en espirales de razonamientos cíclicos y autoconcluyentes de este estilo:

«Voy a hacer un viaje astral.

¿Por qué?

Para comunicarme con alguien a distancia, reconocer objetos del lugar donde se encuentre esta persona y demostrar así que se pueden realizar viajes astrales.

¿Qué sentido tiene eso?

Pues... ninguno.

(Olvido).

Voy a hacer un viaje astral...».

Visualizo, al mismo tiempo, y mediante este tipo de razonamiento, mi primera meta: aclarar lo que me une a Aroa:

«Quiero estar con Aroa, pero no estoy con ella.

¿Por qué no estoy con ella?

¿Por qué quiero estar con ella?

¿Debería estar con ella?

¿Necesito estar con ella?... .

Quiero estar con Aroa, pero no puedo... ».

Mientras este mareante ciclo de deducciones mentales continúa, veo a Aroa como si fuera una diosa oscura, gris. Visualizo un ambiente de tormenta en el cual el cielo grisáceo tiene rostro y alma; es como si estuviera en el interior de una esfera y el alma de esa esfera se me manifestara emergiendo su rostro de una de sus grises paredes sin dejar en ningún momento de pertenecer a esa misma esfera. Como ya digo, es una diosa gris, oscura, siempre inalcanzable, terrible y temible siempre, maldita por esto mismo.

P enciende la vela del centro floral que se encuentra en medio de la sala. Pretendo mover la vela con mi mente, y entro en el mismo tipo de razonamiento cíclico. Llego, al fin, siempre, a la misma conclusión: no es necesario hacer tal muestra de poder; ese parece no ser mi camino...

De algún modo, el centro floral cumple una función de centro (valga la redundancia) de la experiencia.

Esta se me va de las manos, pues a cada momento me propongo una nueva meta, y son tantas las cosas que pretendo abarcar que no me centro en ninguna...

La sensación es delirante. Pienso que quizá no fue buena idea el haberme metido en este fregado en las condiciones mentales en las que me he ido encontrando de unos meses a esta parte.

Por otro lado, las normas dictadas por P cumplen cierta función dentro de la experiencia: control. Hay que centrarse para no descontrolar: no emitir sonidos, no hacer ruido, hay que estar sentado todo el rato...

P mueve los juncos por primera vez; esto hace que retorne un tanto de la historia en la que estaba metido. No es que me hubiera desubicado demasiado de donde estábamos y qué estábamos haciendo aquí los presentes, pero ayuda a no olvidarlo demasiado.

Después de esto, me introduzco en historias más profundas: quiero penetrar en el misterio de Buda, de Mahoma, de Cristo... Cada vez apunto más alto en mis objetivos.

Tengo presentes mis metas (de alguna forma, estoy a las puertas de estos misterios), pero los razonamientos cíclicos van llegando cada vez con más insistencia a la misma solución:

«Todavía no.

¿Por qué no?

Porque no estás preparado para conocerlo».

En que llegara a este razonamiento final que me impide alcanzar toda esta serie de metas influye sobremedida el miedo. El miedo a conocer está debajo de estas excusas-razonamiento cíclico, en parte porque es cierto que no estoy preparado para adentrarme en ciertos secretos, pues tengo totalmente descentrada la experiencia, y esto es así por el momento de mi vida en el que se produce la misma.

Hay un concepto al cual me acerco con bastante profundidad, que no es otro que el del primer hombre, el Adán. Veo con claridad este supuesto arquetipo de lo humano, y entiendo en qué consiste la base en común de toda la humanidad a través de los que estamos en la sala, porque veo nuestra raíz común.

P vuelve a mover los juncos. Ahora sí que me trae de vuelta de grandes profundidades metafísicas. Esta vez, añade una tonadilla silbada. El sonido de los juncos y la tonadilla hacen que a todo lo invada cierto espíritu de selva, o puede que nos traslade un poco a nosotros allí. P se ha transformado en el centro de mi experiencia. Los conceptos de Cristo, Buda y Mahoma me llegan a través suyo. Él es el padre, y espero ansioso y expectante a que vuelva a mover sus juncos para que todo siga funcionando. No paro de mirarlo, de «empujar» con mi mente para que haga lo que deseo que haga. Pero él no realiza mi deseo: no es lo que deseo que sea.

Me hago consciente de la idea de mi padre y de su función en mi infancia. Visualizo a la perfección cómo al irse mi padre de mi casa de infancia pasan a ocupar un lugar especial algunos profesores muy queridos para mí, o figuras cinematográficas como Rambo o Indiana Jones. Es la primera vez que me abro a este tipo de comprensión con respecto a las figuras masculinas de mi infancia-adolescencia, y alcanzo a comprender su papel de supletoriedad con respecto al padre ausente.

Todo esto lo vislumbro, como ya digo, a través de P, el cual puede que desempeñe en la actualidad esta misma función.

Recupero también viejos recuerdos de infancia que olvido al poco.

Se establece cierta comunión mental entre los presentes (o creo que es así). Hay sentimientos comunes, puede que incluso pensamientos comunes. Yo había aprovechado esta comunión para establecer la base de la persona, el Adán. Ahora hay una sucesión de distintos sentimientos comunes: náuseas colectivas, excitación sexual... Existe un contagio increíble.

Las normas suponen un fuerte freno en la expresión de lo que acontece en la experiencia, y cuando se produce alguna manifestación (gemidos, risas...), resulta de un sentimiento o emoción, bien irrefrenable, bien que todo el mundo se ha dado la licencia de expresar.

Con el sentimiento de náusea no tengo muy claro si quiero vomitar o no. De todas formas, me apetece levantarme y salir, aunque no por una necesidad imperiosa que me lleve a hacerlo. Aseguro mis manos a los brazos de la silla, me pongo en pie poco a poco, doy un pequeño paso... todo bien.

Salgo en silencio de la sala.

Bajo las escaleras.

Hay algunas personas vomitando...

Ni me acerco.

Las ayudantes parecen y son distantes en el trato.

Voy al servicio, y conforme a las recomendaciones de P no echo el pestillo.

Orino, y vuelvo a la sala.

No ha sido tan dificultoso como yo creía bajar y subir las escaleras ebrio de yage.

Dentro, sigue la comunión.

Al sentarme, me pongo la mantita sobre las piernas. Al mirarla, aparecen visiones, como si la manta fuera una bola de cristal. Las visiones me muestran dos o tres calles de Londres (y que nadie me pregunte cómo lo sé): son viejas calles urbanas bordeadas por casas de dos y tres plantas con tejados típicos. El ambiente es otoñal, hay árboles en las aceras (creo que plátanos) que aportan tonos marrones y amarillos al suelo con sus hojas caducas.

P vuelve a mover las ramas y a silbar la tonadilla pretendidamente shuar. Esta vez veo a la perfección las ondas del sonido en forma de bailarinas líneas de color que danzan por el aire. El sonido se transforma en lluvia, y me lleva a la selva, o nos trae la selva a nosotros, no sé.

Hay más muestras de comunión. Todos se ponen a hacer un tipo de respiración, la holorénica, por la cual los presentes han solido tomar el primer contacto con P. Este, tranquiliza a la audiencia.

Yo, en un principio participo de estas manifestaciones, pero luego me distancio y entro a analizarlas en profundidad. Las contemplo como un afianzamiento tribal y una búsqueda de reconocimiento por parte del líder, el cual se complace ante esta muestra de unidad bajo su auspicio.

Una chica se levanta corriendo del asiento, apenas conteniendo el vómito: con sus manos se sujeta la boca hinchada, logrando salir sin derramar una sola gota. Esto provoca contagiosas risotadas (menudo premio a su esfuerzo...) que muy pocos pueden evitar. Yo no río; me sonrío, únicamente, pensando: «¡Qué cabrones!».

Entro, también, a analizar en profundidad el sentido de la risa, o, al menos, el de esta risa. Entiendo que es otra forma de la búsqueda de unidad grupal, da igual el motivo; y, por supuesto, también da igual si el motivo hace víctima a alguien que se sienta incómodo o que esté sufriendo, ya que es de esto de lo que reímos realmente, de su sufrimiento (lo cual hace que esta persona sufra aún más). Se trata, ya digo, de una acción grupal que puede que individualmente no se diera en cada uno de los que así ríen. Esto se me muestra con nitidez.

Penetro en una especie de base social. Contemplo el mapa de Europa, especialmente las zonas francesa y española. A través de los catalanes de la sala entro en su dimensión y en su sentir de pueblo.

Mi fijación hacia P toca cima y da sus espontáneos frutos: Nada existe fuera de esta sala; no hay mundo ni nada que se le parezca; ni tan siquiera recuerdo que alguna vez hubiera habido alguno. Solo existe la sala, y las conciencias que en ella habitan al auspicio de la conciencia mayor, la de P. Yo, personalmente, espero de este que dé origen a la vida, al mundo... Fuera de aquí no hay nada, solo negrura... Deseo inmensamente, intensamente, por encima de todas las cosas, ver brillar el sol. Pero no hay sol, no existe, así que mi mayor deseo es que P cree el sol, le dé forma, existencia, vida.

A través de este deseo penetro en la paradoja consciente/inconsciente, y veo que mantiene y afecta a múltiples campos: social, personal, cultural, cognitivo, lingüístico... Comprendo que estoy en el terreno de lo inconsciente, pero desde este terreno acato y puedo penetrar en el de la consciencia, con lo cual no queda bien claro qué es lo que origina a qué, o dónde me hallo dentro de la experiencia: inconsciente, que origina ideas o actos conscientes, que penetran y afectan a lo inconsciente, que origina... Lo individual, que provoca lo cultural, origina lo social, revierte en lo individual, que provoca...

Un motivo a través del cual se me presenta la paradoja consciente/inconsciente es el del lenguaje. Pienso/visualizo una frase, y cuando penetro en lo inconsciente se da la vuelta literalmente, pero no solo la frase, tal cual, físicamente, sino que su comprensión, el orden de los verbos con respecto a la oración, y la forma de leer la frase, cambian de izquierda a derecha (consciente) a lo contrario, de derecha a izquierda (inconsciente); el mismo significado también cambia.

En el acto de penetrar supuestamente a lo inconsciente acometo los diversos campos a los que afecta: de lo social a lo individual, de lo individual consciente a lo inconsciente, de lo cultural patriarcal a lo matriarcal, de lo presente a lo histórico que se pierde en la noche de los tiempos, de la caracterología que nos hace individuos únicos al patrón base del que partimos y por el cual somos comunes (a partir del cual nos diversificamos)... y todo lo visualizo, lo comprendo, con darle la vuelta a una frase.

A partir de las raíces se va formando el mundo, o lo vamos formando las consciencias presentes cual orquesta bajo la batuta de P. Le veo en pie, impulsándonos fervorosamente a crear: «¡Y ahora vamos a hacer la revolución industrial!».

Vuelvo a visualizar el mapa de Europa; me centro en Francia: voy a una raíz social anterior a los catalanes...

«¡Venga, vamos, crear, crear!»... Contemplo, al experimentar la revolución industrial, cómo afecta al mundo, el impresionante salto tanto cualitativo como cuantitativo que se produce... y lo experimento simplemente como lo que es, sin ninguna clase de juicio moral.

Se enciende una luz. P indica que se va a realizar una segunda toma para todo el que la quiera; y todos quieren, sin excepción. Yo, que tan claro tenía que no iba a tomar un segundo vaso (antes de comenzar la experiencia), me pongo a la cola como buen hijo de vecino; y lo hago porque todos lo hacen, no porque realmente lo quiera hacer. Lo sé, soy consciente de ello, pero aun así lo social imitativo que hay en mí puede más. Parece que yo también tengo actitudes de deseo de pertenencia al clan.

En la cola, todo encaja a la perfección: todos parecen saber qué sitio les corresponde, incluido yo. No hay discusiones, todo parece lógicamente pactado: «Yo estoy aquí porque tengo que estarlo, tú ahí, y él allí, por el mismo motivo».

Yo «encajo» al lado de un chico que he conocido esta misma tarde antes de la toma. Nos miramos, y comentamos que no está tan mal la ayahuasca (el sabor), que está «rica». Como llega un punto en el que no hay más que decir, el silencio me lleva a echarle el brazo por encima del hombro en señal de compañerismo y camaradería; y así, brazo por hombro ambos, vamos caminando pasito a pasito hacia P y su ayudante. En ese momento pierdo un tanto mi individualidad: ya no soy del todo yo abrazado a este chico, sino que me siento como si fuera una especie de águila bicéfala, suma de las dos identidades en una sola.

Realizamos la toma y salimos fuera. Allí hay varias personas ya. Mi amigo de Don Benito y yo estamos con una amiga mía. Nos comentamos alguna cosa del viaje, y poco a poco nos vamos juntando; y así, seguimos hablando mientras nos abrazamos los tres. Es un momento bonito. Poco a poco la gente va entrando. Mi amigo y yo nos quedamos con una pareja de catalanes. Ella es bajita, muy simpática. Él nos ofrece compartir su canuto, y aceptamos. «No se debe con la ayahuasca», nos dice, «pero bueno... ».

No siento la necesidad de hablar de nada, y mi amigo permanece igual de silencioso que yo. El chico dice: «Bueno, hablemos de algo, hay que hablar de algo, si no, me rallo... ¡Mirad las nubes! Vaya tiempo, ¿eh?».

Mi amigo y yo intentamos seguirle la pantomima, pero no funciona demasiado bien.

Antes de entrar, me rallo con un gato negro. Intento como seguirlo, intento como expresarle algo... o más bien creo un poco que él es expresión de mí. La sombra que creo que es, me invita a penetrar en el bosque, a disfrutar de mi animalismo, pero sé que hoy no es posible, y subo a la sala de ceremonias.

Una vez allí, todo está a oscuras, así que no veo muy bien por dónde ando; la mayoría hace ya rato que permanecen sentados en las regiones de lo ignoto. Yo acabo de llegar, como perdido... y como un perdido, voy a sentarme con toda puntería al lado de P. Me voy acercando, él me sigue con la mirada como diciendo: «¿Se puede saber dónde vas, alma en pena?», y como ya tenía prefijado mi destino, que no era otro que la silla que había a su derecha (la cual tenía dueño, huelga decir), me inclino, y hago como que estoy colocando la silla bien, cuando en realidad la silla estaba perfectamente donde estaba y como estaba; así que lo que hago es más bien descolocarla, para mayor perplejidad de P. No me presta más atención, como diciendo para sí: «Cosas de la ayahuasca...».

Una vez en mi sitio real, prosigue el viaje.

La unidad comunal y la profundidad personal se ven amplificadas y multiplicadas considerablemente (o eso creo durante el viaje). Una emoción común, un pensamiento común... Hay veces en las que veo a los presentes (que, de alguna forma, parecen ser yo mismo) como a través de una neblina, lo que hace que sus identidades individuales permanezcan confundidas en la difusa masa. Otras, la claridad de visión es impresionante: veo a los que están sentados frente a mí dibujados con tonos y texturas especiales, grises orgánicos y marrones de caparazón de escarabajo.

Hay algunas personas que no pueden aguantar los impulsos, rompiendo así las normas de P. Hay un hombre que no para de hacer ruido con el pie, pisoteando una y otra vez, nerviosamente, el suelo. Yo intento, por mi parte, no romper el convenio de no liberar mis impulsos y necesidades en la sala.

Hay un impulso especial, disfrazado de necesidad (ya que no es enteramente real), que me incita más que otros a romper las normas: evacuar, de la manera que sea, mediante vómitos o heces, pero hacerlo ya; y si es de la forma más inadecuada posible, puesto que hay que quebrar la norma impuesta, mejor que mejor.

Una persona, al salir de la sala, pega un portazo tremendo. Toda la habitación/toda mi mente/todo yo, se zarandea debido al estruendo. Es una pequeña-gran debacle.

Alguien pasea por la sala.

El ambiente ha cambiado sustancialmente.

Parece serio, solemne, casi lúgubre.

El que pasea hace sonar unas llaves en su bolsillo constantemente, cosa que me parece una gran curiosidad, ya que estas licencias sonoras se supone que están vedadas. El que camina parece vestido para una ocasión seria, un rito solemne... Y es que estoy vivenciando una situación de velatorio. P (ya que se trata de él) hace visitas ocasionales a uno y a otro con la serena impaciencia de quien ya no puede hacer nada. La sensación que transmite de padre queda acentuada por el ambiente funerario: el padre modelo de saber estar en estas situaciones. La vela roja y el centro floral dan matices más que adecuados a esta situación. Vuelve a girar todo un tanto en torno a estos elementos.

Se oyen vómitos fuera.

Algo se desata dentro de mí.

Algo líquido.

Penetro en la humedad del vómito. Sonidos líquidos en lugares estancos, algo que tan solo tiene sentido por y para sí mismo...

Creo que estoy vivenciando a mercurio.

Las mantas que nos cubren, nos unen. Me arropo un poco más. Este refugio, detrás del cual se cobija la vida... Todo un cuerpo azul-grisáceo formado por manta, parece una nube. Veo a los de enfrente con esos colores especiales. De cara adentro del círculo humano, somos rostros, individualidades que componen una comunidad. Pero detrás del cuerpo de manta, por detrás de mí físicamente, detrás de todas las consciencias... somos la misma realidad, pertenecemos a una misma esencia, una misma masa amalgamada y sin individualizar (esa es mi vivencia). Depende de si centro la atención delante de (de cara al centro), o detrás de (de espaldas a todos), para concebir una realidad u otra de los presentes (yo incluido). Me centro en detrás de, la amalgama, lo indiferenciado, la masa confusa, ese compartimento estanco de realidad líquida no-creada.

Guerras, peste, enfermedad que carcome a masas ingentes de seres humanos, cercena pueblos y anula identidades; dolor sin fin, un penoso existir lleno de hambre, de llanto y de miseria. Voy más allá de lo que suponen los catalanes, los franceses o Inglaterra en el vuelco monumental a nivel mundial de la revolución industrial; ahora vivo lo peor de lo peor, las consecuencias bastardas, no reconocidas... Y lo que más perplejo me deja, siguiendo la línea de razonamiento cíclico del principio de la experiencia, ahora empleada de una forma más totalizadora y plena de significado; vivencio el horror de masas, y tiene sentido. No hay juicio moral; simplemente, es lógico, está bien, es normal. Todo tiene su función, tiene una raíz y tiene un lugar dentro del equilibrio cósmico.

Vuelvo a tomar conciencia de la sala. Son momentos poco posteriores al ambiente de entierro, aunque este ya no está presente, y es como si nunca hubiera estado ahí. La puerta está abierta. ¡Qué delirio, qué unicidad!: una persona va de la puerta hacia su sitio andando por el centro de la sala; pasa por delante de mí. Solo le veo dar tres pasos... ¡y a cada paso es una persona distinta! ¡¡Pero en realidad es la misma persona!!

Triunidad perfecta.

La persona que hay a mi lado tiene problemas con su manta. Yo también he tenido un pequeño lío hace un rato; sé lo que es, así que le ayudo a ponérsela bien.

Le noto agradecido.

Estoy en un punto de interiorización profunda. Está a punto de desencadenarse la erradicación del tabú, de la norma impuesta. Sé que no es correcto, que hay una forma de hacer las cosas que ha sido dictada y recalcada. Mi esfuerzo es grande, pero algo me incita a no levantarme como la otra vez: puede que en el fondo sepa que al final descubriré que se trata, de nuevo, de una falsa alarma. Pero ahí está esa «pseudo-realidad». Y llega un punto, culmen, donde se rompe el pacto de la peor forma posible: me cago encima, allí, en mi silla, en el interior de la sala del sitio aquel. Al suceder esto, algo tremendo se desencadena en mi interior suavemente.

El medio defeca en el medio que defeca en el medio que...

La misma materia engendra materia que es la propia materia.

Es un sistema de esencias líquidas que existe por y para sí mismo;

el ciclo se abrió con el vómito, y se «cierra» con la defecación;

una serpiente devorándose a sí misma, el ouróboros;

primero, fui el conocedor... más tarde, lo conocido...

(Comprobaría más tarde, y al día siguiente sobre todo, que no me cagué encima, fue todo una ilusión).

Seguimos en comunión. Penetro en la base de personalidad de aquellos entre los que se encuentra el chico que propuso separar a hombres y mujeres, y que protagonizó el episodio de los eructos; los tengo enfrente, creo que son un grupo de ex-toxicómanos. Esta base está en mí, y está en mi amigo, aquí sentado a mi derecha. Mi amigo...

Junto a él rompo otra norma, Salimos de la sala, nos montamos en mi coche rojo, y salimos en medio de la noche de aquel sitio; viajamos hacia algún sitio lejano...

(Este suceso también fue ilusorio).

Estoy atrapado en la melaza de la base. Todo es denso: incita, con su veneno, a no querer salir; y, con su engaño, a no poder hacerlo. Mi manta está hecha un buruño, y quiero colocármela bien, porque tengo la necesidad comodona de estar resguardado. Desdoblo los pliegues, que se desdoblan una vez más, los cuales se desdoblan en otros pliegues que se desdoblan... Y la manta sigue igual. No hay salida de esta, así que desisto y lo dejo estar: el esfuerzo, ha sido sobrehumano.

La manta que nos cubre a todos es como una extensión de pastel en el cual permanecemos, sedentes.

Y el veneno de la comodidad sigue extendiéndose por todo mi ser, colonizando mi razón, usurpándole el sitio a ese que podría haber llegado a ser.

Para qué más nada. Por qué molestarse por hacer. Qué necesidad hay de seguir luchando, de seguir esforzándose, de seguir sufriendo para conseguir... ¿el qué?

Estoy muy dentro. Estoy muy alejado... Ando pegado en la brea, en la melaza...

Ahora, va sonando una canción de voces celestiales.

Se enciende una pequeña luz, la cual otorga una tenue claridad a la sala...

Poco a poco, los presentes van despertando, se van desperezando.

Oigo, lejana (pese a que se encuentra a mi lado), la voz de P, expresando con calma y pausa la incitación al necesario despertar.

Hace alguna broma que no logro identificar, y muchos ríen. La risa, elemento de cohesión de la tribu a través del reconocimiento de la figura del líder... El sentido aparece automáticamente, y es más presente que el acto en sí. Pareciera como si los meros actos fueran secundarios, y los sentidos profundos en los que se sustenta su naturaleza ocuparan la primera plana.

P cierra la experiencia. Las personas presentes van hablando las unas con las otras: es un murmullo que poco a poco va ganando en intensidad.

P anuncia que va a encender las luces. Cuando esto ocurre, un quejido general se extiende por toda la sala.

«Lo sé, lo sé...», indica P, transmitiendo comprensión.

La gente comienza a hablar más animadamente, se levantan de sus sillas, se abrazan, se felicitan... Y yo no soy capaz de mover un dedo. Estoy totalmente atrapado.

Me encuentro como pesado, almidonado, tengo pereza por recobrar la consciencia. Mi amiga viene a ver qué tal estoy... no soy capaz ni de reaccionar. Solo puedo abrazarla, acurrucarme en ella...

Hay algo de triste en esta situación, de profunda desazón: no poder moverse cuando los otros sí pueden, te sitúa en un punto de inferioridad emocional con respecto a los demás.

Llega una señora catalana, y le pregunta a mi amiga que qué me pasa. Hablan de que es duro... Mi amiga dice que es una experiencia fuerte.

La señora se sienta en una de mis piernas, y me abraza. Me siento agradecido por el cariño femenino: es lo que necesito, lo que ansío...

Pero es también lo que me impide que salga de esta melaza, ya que estas actitudes emocionales son parte de la misma.

Levanto la cabeza para expresar algo, para incorporarme al mundo activo...

Pero desisto, y vuelvo a buscar el cariño de mi amiga recostando mi cabeza en su hombro. Ella y la mujer expresan con un «¡ay!» esta manifestación de cariño, lo cual me reconforta con una idea o sensación del estilo «busco la compasión y funciona», o «logro el cariño dando pena».

Va pasando el tiempo y la gente se va yendo, mi amiga y la señora incluidas. Los últimos en salir son P y su ayudante. Ella, al verme postrado en semejante estado, le pregunta a P si han de hacer algo conmigo.

«No, no, déjale».

«¡Pero mira cómo está! ¿No podemos hacer nada?».

«No, es mejor dejarle aquí solo», responde él.

Siento rencor hacia él al escuchar estas palabras: ¡Me están quitando el cariño, la atención! Pero también me siento agradecido, porque en el fondo sé que es lo que necesito.

Quedan otras dos o tres personas en la sala, además de la oscuridad; pero estas personas y esta oscuridad, apenas sí son sombras para mí.

.....

Tengo que moverme.

Bueno, ¿para qué?

¿Qué hay que hacer?

¿Qué queda por hacer en esta vida?

Prefiero quedarme aquí, así, pegado en la melaza...

Prefiero quedarme loco e inútil, y que cuiden de mí el resto de mi letárgica vida.

Estar en una cama de por vida, en un centro, y vegetar.

Que no vuelva a hacer acto de presencia la consciencia.

Que me limpien el pañal cuando cague, orinarme encima y que me cambien las sábanas, no hacer nada, no tomar ninguna clase de decisión respecto al devenir de la existencia...

Sí, eso es lo que quiero.

.....

Vuelve a aparecer mi amiga.

Simplemente, viene a estar junto a mí, a brindarme su presencia y su cariño.

Así, en silencio, permanecemos abrazados, haciéndole sombra a una oscuridad llena de sillas vacías.

.....

Pasan los minutos, y mi amiga tira un poco de mí.

«Vamos, ¿no quieres comer? Seguro que te sienta bien...».

A duras penas consigo responderle

«...no...».

Vuelve a pasar un rato, y mi amiga vuelve a la carga, con algo más de insistencia:

«Vamos, ven a cenar, y si no tienes ganas, al menos muévete un poco, te vendrá bien».

Dudo unos instantes, aunque me dejo convencer (porque por voluntad propia no me hubiera movido). Haciendo acopio de la voluntad perdida y de todo el tesón que puedo encontrar en mi ser, y sin gana ninguna, consigo levantarme y bajar, ayudado por ella.

Una vez abajo, en el comedor, no sé ni cómo puedo caminar. El murmullo de las conversaciones de los demás resulta insoportable para mí: toda esa actividad consciente, yo que me encuentro atrapado en el otro sitio... Tengo que sentarme junto a mi amiga, en un lado de la mesa que pega con la pared.

Hay una persona entre mi sitio y yo, y tengo que pasar por entre la pared y su espalda... La maniobra me parece, simplemente, imposible. Estoy por desistir, pero como no sé muy bien qué hacer aparte de lo que me ha dicho que haga mi amiga, pues voy para allá.

No sé ni cómo cruzo, pero logro sentarme a la mesa sin accidentes.

A mi derecha está mi amiga; más a su derecha está su pareja... bien. A mi izquierda hay alguien; en el extremo izquierdo de la mesa, que está a nuestro lado, hay alguien más, y una colega; enfrente, un poco a la izquierda, hay una mujer que... ¿qué tengo yo con esa mujer? Siento un vínculo...

Bueno, siento un vínculo con todo. Hay dos realidades: la expresa y la del engranaje que mueve a la expresa. Si comprendes el engranaje, no necesitas saber más, comprendes realmente la expresa. Si te quedas en la expresa... pues ahí estás, pero nunca sabrás por qué sucede todo lo que sucede. La realidad expresa, es para mí, desde mi perfil, desde medio cuerpo (hacia donde está orientada mi visión) para adelante. Es, delante de. Aquí están mi colega, la otra mujer, mi amiga, su pareja... Veo a mi amigo al fondo, parece que se lo está pasando bien, integrado con la Peña, charlando animosamente. En mi plato hay cosas de esas que se comen, blandas y vegetales, por suerte. Cómo mecánicamente, tan solo porque se supone que es lo que debo hacer en la realidad expresa. Mi amiga me ofrece un trozo de su comida, algo más sólido, puede que carne. Lo acepto, aunque lo dejo a un lado de mi plato: esta pieza supone un trabajo con el que no pienso entretenerme.

... Y, de mi perfil hacia atrás... aunque no es de mí hacia atrás del todo. Es algo que hay por la parte trasera de todos... Es, detrás de. Y yo estoy por ahí, en la parte trasera de todo y de todos, en la parte trasera de lo ordinario, de lo expreso. Estoy, sí, en el engranaje, en la sala de máquinas. Allí, sentado, sé de cada acto un momento antes de que se vaya a producir, sé de cada palabra un instante antes de que sea formulada, de cada evento... Todo está prefijado de antemano, y la conciencia de que el universo y su devenir en el tiempo ya estaba escrito produce en mí una sensación de... aburrimiento cósmico. Una muestra más de por qué no vale la pena hacer nada: todo estaba ya hecho, no queda nada por hacer.

Aburrimiento cósmico...

Pero hete aquí que... ¡Oh! ¡Un tropiezo! ¡¡Esto no figuraba aquí!!

Un simple tropiezo hace que despierte mi atención. Levanto, incluso, la cabeza, sorprendido. ¡¡¡Esto no debería haber sucedido así, no había información, preconocimiento de esto!!!

Todo lo demás sigue igual, sigo anticipándome a todo lo que ocurre, pero ahora le presto especial atención a lo expreso desde mi posición del engranaje.

Esto sí, esto también, ahora este giro, él dice blablabla y aquel responde blabla, exacto... ¡ey!
¡¡Ahí ha pasado otra vez!!

¡¡¡Ese hombre no debería haberse girado en este momento!!!

Hay una esperanza aún para este universo, para esta realidad...

Hay por lo que sorprenderse, no todo estaba escrito... Hay una chispa de improvisación, de libre albedrío, incluso.

Ahora sí estoy contento, satisfecho.

.....

Mi colega está hablando con el resto de las mujeres de la mesa sobre caprichos que se permite de vez en cuando, como el comerse una chokolatina, aunque engorde. Y así, hablando, surge el nombre de la mujer hacia la que sentía, o creía sentir, el vínculo. Claro, cómo no voy a sentir un vínculo... Intento decirle que me llamo igual, que nos llamamos igual, vamos: intento entrar en la conversación de lo expreso... y no logro articular palabra. Al mismo tiempo que quería expresarle mediante palabras la coincidencia de nuestros nombres, me encuentro de nuevo con la certeza de que no es necesario decirlo; que en el fondo, en el engranaje, esto ya lo sabemos los dos, y que los dos conocemos en verdad la naturaleza del vínculo; así que, ¿por qué molestarse en expresarlo?

Ahora bien, esto en la realidad expresa no es entendido así, claro está, y me hago consciente de la irrupción fallida: llamo su atención para decirle algo, pero no digo nada. Ella se me queda mirando con una interrogación dibujada en su rostro. Como sigue sin haber respuesta por mi parte, ella recurre a mi colega, preguntándole que qué me pasa, a lo que mi colega responde con un encogimiento de hombros. Toda conversación se ha visto interrumpida en este sector de la mesa, esperando mi irrupción. Pero yo estoy más en la zona de detrás de que en la zona de delante de, y, aunque se espera de mí una formulación en forma de palabras, y podría hacerla perfectamente (decir: «Nos llamamos igual») aunque tan solo fuera para satisfacer las expectativas de los demás, no lo hago, pues la convicción de que no es necesario

ni trascendente, y de que en el fondo ya lo sabemos todo es más fuerte; esto, unido a la sensación de vacuidad de las conversaciones de la sala y a mi inmovilismo por estar pegado a la melaza, hace que me limite a mirar a mi tocaya, intentando decir algo sin hacerlo, transmitiéndole con la expresividad de mi rostro que ya lo sabemos, en realidad. El resto de los presentes continúa con sus conversaciones, intentando aportar algo de «normalidad de superficie» a esta mi emergencia; pero mi tocaya me sigue sosteniendo la mirada con una cara que es un auténtico poema de expresividad, provocado por el intento de traducir el otro poema que tiene que ser mi cara, seguro. La situación es chistosa, aunque también, de alguna forma, espantosa. Siento que mi presencia en el transcurrir de lo normal no es bien encajada, pues estoy en otro punto aún, y esto se nota. La sensación de alienación me acompaña desde que entré en el comedor, y esta situación me lo ha recordado de nuevo.

Tengo que salir.

Miro de nuevo el plato. Ahora parece que me resulta más apetecible el ya-no-tan-trabajoso trozo de comida sólido, y le hincó el diente, un tanto mecánicamente aún. En ese momento, entra P rodeado de sus cuatro o cinco lameculos (sé que en cualquier otra circunstancia ese papel lo podría haber representado yo mismo a la perfección, pero ahora estoy de observador) diciendo cosas chistosas para que le rían las gracias el resto de los presentes. Todos dejan lo que estaban haciendo para prestarle atención. Vuelvo a penetrar en el sentido grupal de la risa. Yo no río, no veo la necesidad, aparte de que en este momento no me hacen gracia sus payasadas (puede que incluso objetivamente no la tenga, pero como es una función de pertenencia al clan reírle las gracias al líder sin que objetivamente tengan por qué ser divertidas...), estando en la parte trasera como lo estoy.

Cuando termina de despotricar, se despide con un curioso: «... y no olvidéis volver a vuestros trabajos y tareas cotidianas». Todos lo toman como una gracia, y puede que sea así, pero para mí...

Para mí, esta frase tiene especial trascendencia. Es como un «volved a la vida que teníais después de lo que habéis descubierto aquí sin que aparente ningún cambio»; sigo en el engranaje, y esta frase la ha dicho la parte de P que ha generado fases de la humanidad tan importantes como la revolución industrial; esto es, lo ha dicho el dios creador. Y lo que viene a expresar con esta frase es: las cosas se pueden ir modificando a través del mismo proceder cotidiano que habíais mantenido hasta la fecha. No es necesario cambiar nada a la fuerza.

P sale del comedor después de dar las buenas noches, y las charlas y los sonidos de cubiertos prosiguen. Al poco de haber salido, P regresa para decir algo de las sábanas o yo qué sé, entrando con un «Se me olvidaba una cosa...», provocando un estudiado efecto gracioso, ante lo cual el grupo... pues ríe, como siempre.

P se marcha de segundas. Yo termino con el alimento duro este y me levanto. No había calculado bien el efecto que tendría levantarme, y creo que me resulta más difícil ahora salir por detrás de la persona que hay a mi izquierda que antes de entrar. Las cosas me sujetan en mi lucha titánica, y a punto estoy de jocular porque mis piernas y las de la silla se han aliado en una coalición con la intención de derrumbar mi cuerpo... aunque no lo consiguen.

El tiempo que tardo en salir del comedor se mide en edades.

Me cruzo con P. Lo que tendría que decir es tanto, que no digo nada, y paso de él. Hay un momento de titubeo en el que ninguno de los dos sabe muy bien qué hacer, pasado el cual cada uno sigue su camino.

El mío me lleva a encontrarme, justo antes de salir al rellano de las escaleras que han de conducirme al descanso (¡Por fin!), con la chica con la cual compartimos momentos de silencio (incómodo, para su novio) mi amigo y yo. Hablo con ella cuatro cosas, pero lo que quiero en verdad es un poco de su cariño y comprensión antes de continuar mi penoso camino. Después, comienza el ascenso final.

Toco cima en mi litera: a mí me toca dormir en la parte de arriba. Antes de caer en brazos de morfeo, veo tribales en la pared, y siento locura. Durante la noche, en el cuarto se producen más entradas; también conversaciones y actitudes que no son propias de una noche cualquiera. Despierto a las siete de la mañana de un sueño sin sueños.

Tercera experiencia

Hubo un par de anécdotas derivadas de esta experiencia con ayahuasca. La primera fue una visión que luego tuvo un supuesto significado. Concretamente, la de la transgresión de la norma de P de no poder salir con el coche del lugar. Yo no le conté esta experiencia a mi amigo (o no recuerdo habérsela contado), y algunos meses después, no sé si dos, se vino a trabajar a la recogida de fruta, y allí tuvo diversos episodios extraños (en el comportamiento). El tercer y último día que se vino conmigo, se montó en mi coche y dejó algo a sus pies. Me quiso dar un dinero, diciéndome «¡Vámonos!» En ese momento me recorrió un escalofrío y tuve una sensación como si ya hubiera vivido ese momento. Le negué el dinero, y nos fuimos a trabajar. Cuando volví a mi casa, miré lo que había dejado a sus pies: se trataba de un pequeño neceser con un cepillo de dientes y cuatro cosas. No sé si fue aquella misma noche o al día siguiente que tuvo un episodio diagnosticado como brote psicótico. Más tarde, mi amigo me contaría que en el momento de montar en el coche se creía que íbamos a viajar por distintos sitios de España. Este episodio me ha dado mucho que pensar. Ahora mismo, considero que fue una casualidad. La segunda anécdota sucedió al día siguiente de la toma. Durante la experiencia tuve algo parecido a mi primera ingesta con las setas, en el sentido de que me metí al fondo de las personalidades de los participantes (o esa era la sensación). Como decía, al día siguiente tuve la mente algo inestable. Mi amigo y yo fuimos a la toma y nos volvimos con una pareja de colegas míos de aquella época. Hicimos una parada al volver en un bar de carretera. En la puerta había una máquina de bolas con juguetes. Pensé: «Lo podíamos comprar para los niños». Acto seguido, el hombre de la pareja de colegas le dijo a su mujer exactamente las mismas palabras. Otro suceso poético, otra casualidad que apuntalaba en esta realidad lo vivido dentro de la experiencia.

No hubo más síntomas adversos que los descritos. No hubo un periodo como después de mi primera experiencia en el que no me ubicaba personal y socialmente, ni nada parecido. De hecho, me sirvió para asentarme en un periodo en el que me encontraba emocionalmente inestable.

Pese a los inconvenientes ya descritos, esta serie de vivencias me permitían experimentar y experimentar a los demás y la realidad que me rodeaba de una forma increíble. Una experiencia de este tipo no es como leerse un libro o ver una película; es algo que se te queda grabado muy a fondo, y todas las circunstancias y paradojas vividas en la misma suponen una enseñanza poco comparable con nada más, y el cómo se integra después puede tener repercusiones cruciales para la propia vida.

La tercera experiencia con sustancias volvió a ser con setas *psilocybes cubensis*. Esta vez decidí tomarlas yo solo en medio del campo. Un amigo me dejó allí y me recogió al día siguiente. Le dejé unos teléfonos por si pasaba algo.

Esta experiencia fue cualitativamente increíble. Al principio fue muy caótica, me encontraba en planos increíbles, de lado sobre la manta, o boca abajo, y no entendía nada. Al final, comprendí que estaba loco, y me acepté como tal. Esto permitió que sucediera el resto de la experiencia.

Me viví a mí mismo como dios, y creé el universo desde el comienzo. Para ello me dividí en varios yoes-dios. Después me expandí sin fin, y comprendí las fuerzas y energías que pueblan el universo (con energías me refiero a la eléctrica, la nuclear...). Comprendí un tipo de energía que aun no había sido descubierto por la ciencia, pero no sabría hoy en día explicar de qué se trata. Al final, la creación se volvió templada y los astros distantes, y viví el final de la existencia y el mío propio como dios creador. Cuando morí, toda la realidad y yo mismo se condensó en un mosquito que vino a posarse en mi oreja. También tuve un recuerdo-vivencia de infancia en la parcela que tenían mis padres, y lloré un poco.

Otra vivencia, no tan agradable, fue la de matar y violar mientras se le salían las entrañas a la hija de una amiga.

Durante un tiempo, interpreté cierta evolución en las tres experiencias comentadas. Del deseo de que saliese el sol de la primera, al deseo de que P generase la realidad y el sol de la segunda, y finalmente que yo mismo fuese el generador de la realidad misma; aunque esto fue una paja mental de aquella época.

Tengo que decir que esta toma la hice después de haber finalizado una relación de pareja en la que se me destaparon determinados complejos sexuales. Debido a ello asistí a sesiones de psicoterapia por primera vez en mi vida, y esta experiencia tuvo lugar en medio de ese periodo de visitas a mi terapeuta de aquella época. Ella me recomendó no hacerlo, pero cuando volví a la siguiente sesión con las conclusiones escritas que había extraído de la experiencia, me pidió que si podía quedarse con una copia.

Al día siguiente de la experiencia, mi amigo me recogió, como habíamos pactado. Tenía la mente perfectamente en su sitio, pero me costaba verbalizar un poco. Este curioso efecto solo duró aquella mañana.

Una cosa curiosa que me pasó después de esta experiencia es que creía que podía tocar unos hilos invisibles que había en el ambiente. Era como una especie de telas de araña. De hecho, al principio creí que se trataba de esto último, pero comprobé que no era así. Esta especie de sensación táctil ilusoria me acompañaría durante bastantes meses.

Aunque puedan parecerlo, las cuestiones aparentemente paranormales de las experiencias no eran importantes en sí mismas (aunque en aquellos momentos creyera en ellas), sino meramente anecdóticas. En mi camino personal, antes de enfrentarme a este tipo de experiencias, era asiduo lector de revistas y literatura versada en fenómenos paranormales, pero conforme fui avanzando en mi interioridad, esta inquietud se fue diluyendo hasta carecer de interés en absoluto para mí.

Miscelánea

Desde mi adolescencia, fui un gran fan del heavy metal. Cultivé mi afición en profundidad: compraba discos, cintas, intercambiaba música, grabando primero, más tarde descargándola de internet, salía con amigos con el mismo gusto musical... iba a muchos conciertos, me ponía camisetas de grupos, llevaba el pelo muy largo y, en definitiva, vivía de una forma bastante profunda este aspecto musical. Aquel verano en el que tuvo lugar la última experiencia descrita, se me calló la música. Escuchaba los grupos intentando sentir lo mismo, pero no era lo mismo. Me llegó hasta a desagradar, y me costó llorar por ello. El heavy había desaparecido de mi vida en aquel momento, y mi relación con dicho estilo musical nunca sería la misma.

No he descrito del todo mis lances amorosos en este libro, así que paso a ello. Mi primera pareja fue la que me habló por primera vez de las experiencias con plantas, y es la que me abrió esa posibilidad. También me descubrió Magacela, un pequeño pueblo cerca de donde vivo en donde se desarrolló mi primer episodio psicótico.

Quizá ella alentó la chispa para que me pusiera a escribir. Al terminar esta relación, la cual duró unos tres meses, me fui al dolmen de Magacela y me hice un corte en el brazo jurándome no volver a amar a ninguna otra mujer. No fui a que me curaran la herida, y se me quedó una cicatriz parecida a una quemadura. En ningún momento entraba en mis planes el suicidio.

La historia de hacerse cortes viene de más atrás. Algunos de los colegas metaleros con los que salía en Fuenlabrada cuando tenía dieciséis años se hacían cortes y punciones. Recuerdo que uno de ellos se hizo un tremendo corte longitudinal en el antebrazo, y otro de ellos se marcó la frente de por vida. Yo también me hice algún corte estando deprimido, aunque apenas me dejaron marca. Un día un colega y yo nos perforamos la piel con un pin con tres púas por diversión y como prueba de fortaleza, quizá. Podría decirse que mi interés por hacerme cortes viene de la imitación, pero recuerdo que cuando iba al colegio me escribí con un cúter a base de cortes en la mano el nombre de una chica que me gustaba, y eso no se lo había visto hacer a nadie antes.

Un tiempo después de este episodio del corte en el dolmen, que puede abarcar bastantes meses, retiré mi autojuramento y estuve saliendo con una chica de Madrid otros tres meses. Con esta chica tuve mi primera crisis de ansiedad debido a un episodio de celos, y al final de esa relación participé en una sesión de respiración para llegar a estados alterados de consciencia (descrita en los ANEXOS I y IV). Debido a asistir a esta experiencia tuvimos una discusión que supuso el fin de esa relación.

Había una amiga de infancia por la que, desde el colegio, experimenté un sentimiento de amor platónico. Este sentimiento se vio reforzado por la primera experiencia que tuve con las setas, de la cual, como ya he expuesto, extraje como conclusión que debía hacer mi vida junto a ella. El tomarme esto como algo que la experiencia me había dicho que debía ser así me ocasionó muchos problemas. Tuve un muy leve escarceo con ella, intenté darle continuidad y no funcionó. Esto dio como resultado el caos mental al que me vi sometido en el periodo de mi vida donde tuvo lugar la segunda ingesta. En esa experiencia la vi a ella como un dios oscuro y lejano.

Mi desengaño con ese amor platónico de infancia supuso algo positivo en dos sentidos. El primero fue que desconfié de las conclusiones extraídas de un estado alterado de consciencia. Ésta, para mí, ha sido una enseñanza continua desde aquel momento, una de las más importantes en la vida. El segundo aspecto positivo fue que, pasados los rencores que nos profesamos el uno por el otro, mi relación con ella se vio enormemente enriquecida, situándose en otro plano distinto.

Después de las vivencias descritas, tuve otra relación que duró un año donde me saltaron todos los complejos sexuales, y donde los episodios de ansiedad se vieron ligados a los mismos. Esto es lo que motivó mi primera asistencia terapéutica, lo mismo que la tercera ingesta para intentar averiguar qué me pasaba, ya que por entonces creía que tenían potencial terapéutico.

He oído en más de una ocasión, debido al contexto de mis experiencias con plantas visionarias, que este tipo de vivencias suponen en lo personal el equivalente a varios meses de sesiones de psicoterapia. Con esta tercera toma me sucedió algo curioso en ese sentido. Como ya dije, estaba asistiendo a sesiones de psicoterapia conductista, cuya duración quedó estipulada en seis meses. Tardé tres meses en ser dado de alta, y fue el mismo día en el que yo mismo iba a pedirla. Mi psicoterapeuta me dijo que, aunque el problema no estaba solucionado, ya tenía las herramientas necesarias para cambiarlo.

En otra ocasión asistí a un curso de iniciación al canto armónico, el cual puede provocar estados alterados de consciencia a través de la voz. Recuerdo haber vivenciado que era un conocido. Exploré bastante esta técnica, y viví numerosos episodios de estados alterados de consciencia mediante esta vía.

Un día de verano que estaba acostado en el suelo al lado de la ventana debido al calor, escuché una gran batalla medieval con espadas y armaduras de metal en la plaza donde yo vivía. Estuve un rato escuchando. Me levanté, para verlo, pero no solo no vi nada, sino que la sensación auditiva ilusoria se detuvo. Era la primera vez que sufría un fenómeno de este tipo.

Llevaba un tiempo siguiendo a Alejandro Jodorowsky, y su concepto de la psicomagia me sedujo bastante. No voy a entrar en detalles sobre ejemplos de psicomagia. Solo diré que es una pseudoterapia que pretende utilizar el arte para la sanación: a través de actos aparentemente surrealistas o poéticos, se supone que operan cambios significativos en el individuo.

Estructuré un acto de psicomagia: me froté los genitales con mis heces, me limpié y me puse un tizón negro atado al pene mediante vendajes. Esto creía que simbolizaba mis problemas sexuales. Estaría un número de semanas igual a mi edad con esto puesto, mientras iba trabajando con la arcilla extraída del olivar de mis jefes, así como con estiércol, aunque no recuerdo cómo. En este periodo no debía masturbarme, ni mucho menos mantener relaciones sexuales (fue algo autoimpuesto). Lo primero no lo pude mantener, pues me engañaba a mí mismo viendo vídeos eróticos y eyaculando utilizando para ello nada más que la mente. En navidades me masturbé en una ocasión de forma tradicional.

Un tiempo después, participé en otro taller de respiración para llegar a estados alterados de consciencia. Esta vez la experiencia fue más profunda y satisfactoria que la primera. No voy a describir todas las vivencias de una forma pormenorizada por no alargarme en exceso. Recuerdo de esta vez, haber vivenciado una visión en el fondo del océano muy entrañable, y la imagen de un bebé, algo que resultó muy emotivo. Recuerdo también haber visto dibujarse el sonido mediante líneas rojas y verdes arriba a la derecha, un efecto que se denomina sinestesia. Durante ese fin de semana conocí a una chica con la que pude haber intentado ligar, pero no lo hice debido al trabajo de contención sexual que estaba llevando a cabo.

Pasado el periodo estipulado, y siguiendo con mi «operación» de psicomagia, hice con la arcilla con la que había trabajado la figura de una sirena. La primera me salió mal porque no había amasado el barro lo suficiente y durante la cocción se partió. La segunda aguantó más. Las dos veces tomé éxtasis (MDMA) durante el proceso de creación, de donde extraje el cómo hacerlas y por qué (o eso creía). Utilicé la figura de la sirena porque creía que representaba a la mujer fría de cintura para abajo, algo que yo interpretaba haberme encontrado en mis relaciones, sobre todo en la última, y creía que era con lo que se conjugaba mi malestar emocional en lo tocante a la sexualidad. La sirena que salió bien, tenía una espalda como la mía, o eso creía yo, y la mantuve durante un tiempo envuelta en estiercol. Destruí el tizón haciéndolo polvo, y lo mezclé con cera negra para el calzado, pintando con el resultado la figura y sustituyéndola por el tizón atado a mi pene. Un día, trabajando en el campo, se rompió la cola de la sirena haciendo un movimiento que fue acompañado de un pensamiento en torno a mi problema sexual, lo cual fue pura casualidad. Al fin, retiré la figura de mi pene, y la momifiqué con las vendas con las que había estado atada al mismo. Viajé en tren a Madrid, con la figura en una caja de madera cubierta de flores de madre selva, que eran las preferidas de mi madre, y en una parada tiré el contenido de otra caja, consistente en el estiércol con el que había estado trabajando. Esto lo extraje de un sueño en el que viajaba en tren y vomitaba mierda por una ventanilla del descansillo, y lo realicé lo más ajustado a la realidad que pude. Una vez llegué a casa de mi madre le dije, ofreciéndole la caja con la figura y la madre selva: «Esto es para ti». Lo cogió, aunque yo no lo solté en el momento. Continué diciéndole: «Es algo que me diste hace tiempo, y que no quiero. Te lo devuelvo, es tuyo». Ante esta frase, retiró la mano y me quedé con la caja. Ella me dijo que no sabía de lo que le estaba hablando, que ella no me había dado eso nunca. Solté la caja en el sofá y me dirigí a su habitación. Allí corté una imagen en cartulina que tenía puesta ella en la pared en la que aparecían la virgen y su hijo, separando a ambos con el corte. Manché la pared de sangre falsa de pintura. Esto simbolizaba para mí en aquel entonces la separación del hijo con respecto a la madre, y su independencia. Cogí de mi cama mi muñeco preferido de infancia, el Pepo, y me lo llevé al cuarto de baño. Allí me encerré, ante los requerimientos y gritos de mi madre, y me lavé el pene y lo unté en brillantina dorada. Creía que era el oro de la realización, el fin de la gran obra de los alquimistas.

Lo que más me recriminó siempre mi madre fue que me llevase ese muñeco, así que creía que ahí estaba la clave de todo lo que hice. O eso, o fue un delirio por parte de ella.

También practicaba taichí creo que uno o dos días por semana. Por esta época me compré una casa en Magacela, y fui reformándola poco a poco con la principal ayuda de mi padre, y de algunos amigos ocasionalmente.

Un día se me estropeó un bote de tomate frito. Me lo apliqué a los genitales, porque había soñado tener los de una mujer. No sé si estuve con ello un día o dos, y luego me los limpié mediante una ducha. Me produjo hongos.

Salvia

Aquel invierno calló en mis manos la salvia divinorum, una planta alucinógena. La tomé en dos formas distintas: potenciada, la cual provocaba un profundo estado alterado de muy pocos minutos; y la normal, con la que se alcanzaba un leve estado de colocón con alguna forma suave de alucinación al principio, seguido de una hora o dos de algo parecido a lo que se siente fumando hachís o marihuana. Primero experimenté una vez con la potenciada, y fue como meterme de un patadón al mundo mítico de los sueños. Un tiempo después experimenté creo que tres veces con la normal en intervalos de días o una semana. Acababa de tener un accidente de tráfico con el coche de la empresa, y tenía bastante tiempo libre solo en casa. Recuerdo una de las vivencias con esta planta en la que estaba de pie en mi cuarto, y de repente me situé como dentro de mí abajo a la izquierda, y de esa parte subían unas personificaciones vegetales femeninas que me decían: «¡Gracias por dejarnos entrar!»

En otra ocasión que fumé salvia, estaba sentado en el sofá de mi casa, y experimenté cómo lo que estaba detrás de mí era parte de mi interior. El edificio estaba dentro de mí, y las personas que estaban en el rellano de la escalera también.

No sé si en otra ocasión o en la misma, creí llegar a una especie de consciencia o punto colectivo común a todos los místicos que habían sido o eran, como si mi realidad de ese momento fuese un punto común para todos nosotros, un momento de transcendencia que había de ser experimentado siempre.

Ahora paso a describir por encima la experiencia clave, que fue también con salvia divinorum normal. Vinieron dos colegas míos a casa para tomarla. La fumamos, y tuve un viaje superintenso, cosa que ellos, según me contaron después, no tuvieron. Recuerdo que fui a la cocina, busqué con la mirada la garrafa de agua y no la vi. Deseé que existiera, y miré a un sitio donde antes no había mirado y... ¡Efectivamente, se había hecho realidad! En ese momento creo que prevaleció la idea de que había generado la garrafa de la nada, pero después de la experiencia entendí que esa idea había nacido como resultado de no haber mirado hacia donde estaba la garrafa antes de formular mi deseo. Creí entender entonces que la magia en la que creía funciona como un truco de trilerio, tiene lugar a través de puntos ciegos.

Mi colega tenía hambre, así que le di una naranja. Vi cómo la pelaba lentamente, y para mí fue como si desvelara los secretos del mundo. Mi otro colega quería fumar más, pero para mí la experiencia estaba siendo muy fuerte, así que le dije que no. Creo que se sintió un poco decepcionado. Nos pusimos en la cama los tres, cogidos de la mano, y cerré los ojos. Viví como si estuviéramos en la calle, aunque no recuerdo bien lo que pasó (creo que participé en una procesión). Luego regresé al momento y lugar actuales, incorporándome de un respingo.

Nos fuimos a la salita. Yo miraba el reloj, porque tenía que venir mi padre. Se lo dije a ellos, y nos rallamos un poco con la idea. Al final nos fuimos, yo por mi lado, y ellos por el suyo.

Me fui al parque porque había quedado con otros colegas para ver una película y quería hacer tiempo. Estaba sentado en un banco, cerca de la calle, rodeado de parterres. Las farolas alumbraban tenuemente (ya era de noche) y estaba sobre una acera de baldosas hexagonales. Recuerdo estar mirando desde el parque el reloj digital que estaba en la calle, deseando que pasase el tiempo y que se me pasase ese estado. Y comenzó a pasar algo extraño: el tiempo pasaba y no pasaba en un mismo plano. Es decir, tiempo y eternidad se dieron la mano en aquellos momentos de la experiencia. Entonces, todo a mi alrededor se deshizo, lo mismo que todo en mi interior.

Cuando volví a recuperarme, seguía sentado en el banco. Mi interior había vuelto a su ser, y el exterior también. Entonces, comencé a pensar en opuestos. Cada vez que pensaba en un opuesto (realidad-fantasía, tiempo-eternidad, interior-exterior...) todo a mi alrededor se deshacía, y mi interior también. Es como si se diese una paradoja imposible en un mismo plano y todo colapsase. Las baldosas hexagonales tenían cierto significado, como si de una red o tejido de lo real se tratase... y no. Colapso tras colapso, conceptos opuestos tras conceptos opuestos... Decidí, pasada una media hora, salir de allí con todo mi pesar, ya que comprendí que ese estado estaba lejos de terminarse y que debía enfrentarme a la vida social y a ir al cine con unas colegas en aquel estado.

Llegué al bar donde nos solíamos reunir, y había bastante gente. Estaba muy tocado por la experiencia, y eso, según me contarían después, se me notaba. Intenté actuar todo lo más normal posible, pero no daba para ello. Decidí aceptarlo, sin más: aceptarme en aquel momento como chamán urbano, e intentar que los demás lo aceptasen. A un par de colegas les dije que no estaba normal; creo que a uno le dije que había fumado hierba, ante lo que todos los que lo escucharon se rieron, ya que es una de las formas de denominar coloquialmente a la marihuana. Así, entendí que se aceptaba socialmente que estaba colocado, pero no de qué, o que estaba en otro estado, pero no cuál exactamente.

Un colega comenzó a contar chistes sangrientos. Yo en tiempo era muy dado a este tipo de humor, pero en aquella época ya no. Sonreía sin gana, hasta que dejé de hacerlo. Quería marcar mi posición al respecto, pero no quería ser descortés. Al final me preguntó: «¿Qué te pasa, que no te ríes?» Le respondí: «Es que ya me los sé todos», ante lo cual los que estaban allí se comenzaron a reír. No consideré haber dicho nada gracioso, nunca entendí de qué se reían. Quizá, del nerviosismo de verme así... o no.

En el bar había un reloj que no marcaba las horas. Lo miré varias veces y el tiempo no pasaba. Creía que el tiempo había dejado de existir, al menos ahí dentro. Daba la casualidad de que la hora se correspondía más o menos con la real. Ya le pregunté al camarero, que era amigo mío, por el reloj, a lo que me respondió que estaba estropeado. En ese estado, creí que se refería al mismo tiempo, no al reloj.

Nos fuimos de allí, y en la cola del cine miré mi monedero buscando el dinero necesario para comprar la entrada. No tenía en monedas lo suficiente, por lo que deseé poseer un billete de cinco euros y... ¡efectivamente, apareció! Fue el mismo efecto que con la garrafa de agua. El no saber si había generado el billete de la nada o si era que no lo había visto en un principio y luego sí, me tranquilizaba a medias.

Nos metimos a ver la película de «Las crónicas de Narnia». La temática de la película era bastante equiparable a lo que estaba experimentando en esos momentos, el adentrarte en otra realidad. El simbolismo de la película me decía cosas directamente. Por ejemplo, la muerte del líder-león a manos de las fuerzas del inconsciente para resucitar posteriormente no ya en forma de líder, sino de consejero en un gobierno formado por cuatro reyes (la cuaternidad de Jung, conceptos en los que creía por aquel entonces). Entendí que ese era el secreto de la horizontalidad.

Veía la ficción de la misma película en unos actores que actuaban a posta su papel en ella, y me hice consciente del consciente colectivo, valga la redundancia. Veía a la gente en el cine con movimientos similares como los de las hormigas de un hormiguero, o más específicamente como los movimientos de los diversos agente Smith en la segunda película de Matrix. De nuevo pensaba en los opuestos y todo se colapsaba: «Consciente-inconsciente, realidad-ficción, interior-exterior».

Cada vez que existía un colapso, se producía un potente cambio en mí. Sabía que cada vez que pensara en algo así, se produciría este efecto; era algo que temía y anhelaba a un mismo tiempo, y que no podía evitar.

Salir del cine representaba salir de la ficción llevando encima todo lo que había aprendido de ésta, aunque algo se quedase siempre en el tintero. Me costó salir, porque nos costó a todos salir. Según íbamos acercándonos a la puerta del cine, aparecían durante las letras del final una escena, por lo que nos dimos todos la vuelta (el consciente colectivo de nuevo). Se terminó la escena, continuaron las letras, y volvió a salir otra escena. Salir se volvía una tarea interminable. Y al fin salimos. Al fin salí.

Mis colegas me dijeron después que yo no era la misma persona cuando entré en el cine que la que salió. Vieron con cierta temeridad que cogiera el coche yo solo, pero insistí en ello. Desde que salí del cine hasta medio pueblo después, no tengo noción de haber estado conduciendo; es decir, lo hice en automático durante todo el tiempo. Y no pasó nada. Cuando recuperé la consciencia, me di cuenta de que me dirigía hacia una salida del pueblo, y me di media vuelta, encaminándome hacia mi casa. Una vez allí, no recuerdo si cené, pero sí que me acosté.

Ni qué decir tiene que este tipo de experiencia es mucho más profunda de lo que la planta que tomé ofrece en sus efectos. Hay veces en las que la misma marihuana puede ser así, u otro tipo de desencadenante o práctica. Los estados alterados de consciencia son un misterio inmanejable, lo mismo que, a veces, lo que los provocan.

Mi objetivo con la práctica de estados alterados de consciencia era que pudiese acceder a ellos sin técnica o sustancia mediante, y lo logré. Es el punto que se supone que alcanzan muchos chamanes, algo parece que deseado por ellos. Por otro lado, tiempo después, en alguna sesión de psicoterapia me comentaría la terapeuta del centro de día al que asistí durante algunos años que el problema de las drogas estribaba en el momento en que sus efectos se reproducían sin haber tomado sustancia alguna.

Aquel invierno, después de esa potente experiencia, tuve diversos momentos en los que todo se establecía sin la figura del líder, o esa era mi interpretación. En el trabajo estuve cogiendo la aceituna sin que hubiera encargados de por medio. Yo estaba mentalmente inestable, como si la razón no dirigiera del todo «el barco», y mis compañeros me ayudaron a ubicarme sin demasiado esfuerzo o mal rollo por su parte, de tal forma que mi actitud no resultaba alarmante ni sospechosa (o eso creía yo). También obtuvimos mejores acuerdos con los jefes con respecto a los horarios de recogida que si hablasen por nosotros los encargados.

En la cena de Nochebuena ese año no apareció un primo mío que siempre había sido el centro de atención con sus bromas y sus tonterías. No había nadie que sobresaliese por encima de nadie, o eso creía, como bien digo, y la cena, por lo menos para mí, fue bastante más distendida y provechosa que nunca.

Por aquel entonces creía en que esos sucesos tenían un significado especial, explicados por el concepto de la sincronicidad de Jung. Ahora, para mí, no son más que meras casualidades.

Como ya decía, a partir de esa última experiencia con salvia accedí de forma espontánea a estados alterados de consciencia. Recuerdo uno en especial, en la casa de mi padre, donde ese estado me asaltó mientras estaba meando. Recuerdo ver mi pene como analogía del ego, y experimentar su ausencia como supresión de ese mismo ego. Me espanté un tanto y no me dejé llevar del todo, aunque me tumbé en el sofá y medio dejé que la experiencia tuviese lugar hasta su término. Tuve la sensación durante mucho tiempo de que en ese momento perdí una oportunidad única de experimentar la ausencia de ego.

Hubo uno o dos episodios más de este carácter mientras vivía en casa de mi padre, aunque no los recuerdo con claridad.

Magacela

Al fin, me fui a vivir a la casa de Magacela que había comprado y en donde todo habría de desatarse. Mi objetivo, al irme a vivir allí, era seguir en la línea de los estados alterados de consciencia, ya sin sustancias, apoyado de algunas prácticas, como canto armónico y, en mayor medida, taichí. No bebía alcohol ni fumaba porros de hachís o marihuana.

La forma de vida elegida en Magacela fue la de un anacoreta o ermitaño, sin agua corriente ni electricidad. Este estilo de vida estaba sustentado, primero en mi forma de entender la espiritualidad, y segundo en mis convicciones políticas y sociales. Creí que podía ser un ejemplo a seguir. Viví así durante nueve meses, lo que originó una alteración en el horario del sueño, sobre todo en invierno.

Me fui a vivir allí un mes de agosto, y seguía realizando esa especie de psicomagia estilo a la de Jodorowsky. Intentaba utilizar lo artístico y artesano para la sanación psicológica e incluso física (hoy en día pienso que esto es una soberana gilipollez sin fundamento científico alguno). Por ejemplo, con la ayuda de tres amigos instalé el tronco de un olivo en la que sería mi habitación, el cual previamente había preparado en el terreno en el que estaba. La entrada a otra habitación la preparé con cañas haciendo una abertura en forma vaginal. Así, una habitación estaría dedicada a lo masculino y otra a lo femenino. En la de las cañas-vagina levanté todo el sueño y escarbé, de forma que estaba a la luz la misma roca de la montaña, aunque esto propició que la misma habitación resultase inhabitable. El suelo en el doblao encima justo de esta habitación lo preparé con una mezcla de barro y paja, en donde situé círculos concéntricos de los ladrillos de barro cocido originales de la casa. El resto de techos, aunque seguían siendo de caña sobre vigas de madera, en el doblao iban con cemento sobre los plásticos resultantes de abrir y extender unos sacos. En el salón había suelos de baldosa vieja de barro cocido. Las juntas las pinté de color oro. El suelo de la cocina era de piedra, y las juntas en ese lugar las pinté de color rojo metalizado. Estas juntas así pintadas simbolizaban para mí las líneas de energía que tocaba con los dedos, y también los dibujos de sinestesia de mi última experiencia con la respiración. En la cocina me hicieron una chimenea abierta los albañiles, donde el suelo era parte de la misma. Para diferenciar la parte del suelo de la cocina del perteneciente a la chimenea busqué cuatro rocas, dos en forma de grandes colmillos y otras dos en forma de pequeñas muelas. Las encontré en el vertedero municipal, que era donde me abastecía de materiales para la casa. Primero encontré el primer colmillo, y pensé: «Si pudiera encontrar otro igual...» Dicho y hecho, apareció su roca gemela. Lo mismo me pasó con «las muelas». Casualidad.

Compré cuatro gallinas, y las sacrifiqué en la casa, regando con su sangre todas las estancias. Abandoné sus cadáveres en el monte para que los bichos se las comieran. Otro día, utilicé una mezcla de la menstruación de una amante y algo de heces, diluido todo esto en agua, para «bautizar» la cocina. También meé en algunos rincones de la casa.

La chimenea me la hicieron de la siguiente forma: construyeron un par de columnas a base de ladrillos en el lateral del fondo de la cocina separados de la pared. Sobre estas columnas asentaron una traviesa de tren que yo había recogido de la estación, la cual hizo las veces de poyete y de sostén de la estructura de la chimenea que debía ir encima de la misma. Posteriormente a la obra de los albañiles, hice el suelo de piedra con mi padre, y le puse los colmillos y las muelas de piedra. Mi padre dijo: «Ya están las guerras de las galaxias», refiriéndose a lo fantástico de lo plasmado. En el interior de la chimenea y en el centro situé una piedra plana donde principalmente debía arder el fuego. Esta piedra estaba tallada con la cara de un león (la tallé yo mismo). El trozo de pared que formaba la chimenea entre el poyete de madera y el techo lo pinté con dos grandes ojos y una nariz, un mar e islas con palmeras. Los colores del cielo eran, o intentaban parecerse a los rojizo-anaranjados que había visto en alguna de mis experiencias visionarias, sobre todo en la primera de las setas. Por último, pinté el fondo de la pared de la chimenea de rojo Coca-Cola. El fuego y el humo hicieron que el centro se tiñera de negro. Así, todo el conjunto de la chimenea representaba para mí un gran monstruo devorador, el fuego devorador de las experiencias que te transforman. El león pretendía representar al ego devorado. Las hojas de las palmeras eran monstruos alargados, que para mí representaban en miniatura al gran monstruo de la chimenea. El suelo de encima de la cocina lo hice de cemento como casi todos los suelos del doblao, pero en esta ocasión le inserté trozos de tejas para que simulasen las escamas del gran monstruo. Toda esta ideación era solo para mí. De hecho, nadie vio en la chimenea ni en su conjunto nada de lo que yo intentaba plasmar, ni los más imaginativos.

La encimera, consistente en una estrecha tabla de madera sostenida por patas del mismo material, la pinté entera de amarillo, color correspondiente al chakra del plexo solar, según mis creencias de aquel entonces. Cuando había que realizar algunas tareas domésticas que no deseaba hacer, se me producía un malestar en esta zona. Por eso utilicé ese color, para escenificarlo e intentar sanarlo (sin resultado alguno en ese sentido).

Recuerdo que el verano que me instalé allí estaba leyéndome la biblia. Solía salirme a la entrada de mi casa a leerla, y la vecina de enfrente me preguntaba, porque ella era religiosa. Un día que estaba leyéndola en mi salita, en una parte de uno de los evangelios (creo que el de San Marcos) tuve un estado alterado de consciencia espontáneo donde creí entender el contenido de forma especial, como si estuviera viviendo algo muy similar. En otra ocasión pasé la noche en uno de los sofás que había fabricado en el salón con dos puertas, espumas compradas a mi tío y telas cosidas por mi padre. Soñé con el rostro de dios, el cual era el de un deficiente psíquico que me miraba. Abrí los ojos y allí, en la realidad, seguía ese rostro mirándome: se trataba de la cara blanca de un gato que se había colocado en el ventanuco encima de donde yo estaba. Nos miramos durante un largo momento, a lo que el gato, sin espantarse, se retiró. Esto fue bastante casual.

Mis prácticas aparentemente surrealistas y simbolistas, lo mismo que el canto armónico o el taichi, apoyaban el proceso que se abrió con la experiencia con la salvia, aunque creo que sin estas prácticas me hubiera sucedido lo mismo, quizá más tarde, quizá de otra forma... ¡Quién sabe! El caso es que solo puedo hablar de lo que ha sucedido, no de hipótesis más o menos fundadas.

Para mis problemas sexuales y con la masturbación elaboré una práctica: cogí una imagen de la virgen de las cruces que había reproducido en escayola un amigo artesano. La pinté con los cuatro colores básicos que había vislumbrado en el principio de la creación en una de mis experiencias, esto es, amarillo, azul, verde y rojo. Le añadí en algunos detalles el color oro y el negro. Quemé dinero en forma de billetes y su ceniza la mezclé con la pintura, ante las críticas de una colega. «Será que te sobra el dinero», me dijo. Antes de irme a Magacela, y una vez allí, mojaba con mi propio semen las velas que luego le colocaba a esta virgen de las cruces «reinventada». Mi intención era que el arquetipo superior de lo femenino, que en nuestra religión adoptaba esta forma, me sanase, ya que mis problemas tenían que ver con el sexo opuesto. En Magacela la coloqué debajo unas fotos que le robé a mi madre: la suya propia, una de mi abuela de joven con una tía mía, y la de una bisabuela mía a la que nunca llegué a conocer. Se suponía que la virgen reinventada debía estar por encima de tres generaciones de mujeres que pesaban sobre mí (estos eran mis planteamientos de aquel entonces).

Antes de este acto, realicé otro con el mismo propósito: pinté encima de un cuadro de Magritte en el que aparecía una «antisirena», es decir, un ser mitad ped-mitad mujer, solo que en vez de tener la parte de arriba de mujer y la parte de abajo de pez, era al contrario: la parte de arriba era de pez, y la parte de abajo de mujer. Pinté la lámina con una mezcla de mi semen y la brillantina dorada que utilicé en el acto que finalizó en la casa de mi madre. Este acto lo planteé a partir de un sueño recurrente en el que mi amor platónico de infancia aparecía desnuda de cintura para arriba. Pretendía darle la vuelta al concepto.

Para mis dolores de cabeza recurrentes establecí otro acto: mi padre, aquejado del mismo mal que yo, cuando era pequeño y le dolía la cabeza era «premiado» por así decirlo, primero con evitarle trabajar ese día, y segundo dándole de comer carne y plátanos. Un compañero del curso de jardinería que estaba realizando por aquellos tiempos me regaló algo de carne. Por aquel entonces creía que los regalos estaban envenenados en cierta forma. También pensaba que el origen de las jaquecas de mi padre primero, y después de las mías, estribaba en que esa dolencia había sido premiada por mi abuela, y que repitiendo una y otra vez ese dolor de cabeza, el cuerpo y la mente inconscientemente buscaban ser premiados. Lo positivo de la enfermedad, esa era mi creencia.

Así, dejé que la carne se pudriese y compré unos plátanos. Al siguiente día en el que me dolió la cabeza freí la carne llena de gusanos y, junto con los plátanos ya pasados, me lo puse todo en la cabeza y el vientre con un vendaje, pasando la noche así. No funcionó.

Llegados el otoño e invierno, en donde las noches se hacen más largas y los días se acortan, vivir de esta forma tenía sus peculiaridades. Al no disponer de electricidad y no tener nada más que un candil para alumbrarme, a las seis de la tarde ya estaba en la cama. De forma natural, el cuerpo me pedía levantarme a las cuatro de la mañana. Todo el tiempo desde que me levantaba hasta que salía el sol lo dedicaba a mis ejercicios matutinos, al taichi, y a la casa y sus distintas tareas.

Poseía, antes de irme a vivir a Magacela, una buena colección de libros. Los terminé donando todos a la biblioteca de allí. Una mujer me dijo: «No le des las perlas a los cerdos». Con el tiempo entendí que allí no leía casi nadie excepto ella.

También tenía bastante música, la cual estaba esparcida de mala manera en el doblao. Era toda la que se había salvado de la quema, es decir, todo lo que no era heavy metal.

Recuerdo en especial un día de invierno en el que hizo calor y buen tiempo. Estábamos en la clase del curso de jardinería, y tuve otro estado alterado de consciencia. Por aquel entonces comencé a ser más callado, pensando que podía influir sobre la realidad no resolviendo nada ni traduciendo a palabras mis pensamientos o conclusiones. De esta forma, creía que podía hacer que los demás llegasen a mis mismas conclusiones o pensamientos de forma espontánea, forzada en parte por mi contención.

Durante esas clases de jardinería, enredando en una libreta con el boli, comencé a utilizar una forma de dibujo automático o mediúmnico, en donde la mano no se dirigía mediante mi voluntad, sino a través de impulsos espontáneos. El primer dibujo me sirvió para recuperar un sueño que había olvidado. Utilicé esta técnica bastante. Con el tiempo, dibujaba a base de puntos en vez de haciendo trazos como en el primer dibujo que hice con esta técnica.

Tuve un par de sueños en relación a lo que había de suceder, o eso creía. En el primero presencié desde mi patio cómo caía una bomba nuclear. La bomba calló en dirección a Campanario, un pueblo cercano a Magacela. Cuando estalló, me metí en mi casa a refugiarme. En el segundo sueño, mi consciencia estaba en una gruta bajo tierra, donde había un mar de oro líquido encrespado. Una voz decía: «La gran obra tiene sus riesgos».

Llegó la Semana Santa, y con ella la visita de una amiga y una colega que conocí en la primera sesión de respiración que realizara hace años. En esta visita, mi comportamiento ya había llegado al extremo, y mi conversación y mis actos estaban totalmente contenidos y condicionados a mi ideación. Andando con ellas por el campo, y con esta forma de actuar, llegué a un estado alterado de consciencia, aunque nunca les dije nada. Iba a todos los sitios que ellas proponían, en vez de mostrarles todos los rincones del lugar que yo conocía. Seguía esperando que ellas, espontáneamente, «dieran con la tecla», y accedieran al estado que yo me provocaba. Quizá influyese más de lo que creo el actuar «a posta» para llegar a estados alterados de consciencia, y eso provocase mi descarrilamiento.

El caso es que cuando estas chicas se fueron, todo se desató. Me puse a tirarlo todo. Colchones, ropa, sábanas... Con las sábanas hacía grandes fardos atados con muchos nudos, lo metía todo en el coche y lo tiraba por distintos vertederos: el de Magacela, el de La Haba, y el de Don Benito. Recuerdo un día que pasé por Don Benito, por la avenida principal. Había durante esos días algunos mendigos que se ganaban la vida de distinta forma. Aquel día, cargado de lo que estaba tirando con el coche, vi primero a un mendigo vestido totalmente de negro, manco y cojo de la mano y la pierna izquierdas. Luego vi a un mimo, más adelante, totalmente quieto y vestido y pintado de blanco. Estas figuras simbolizaron para mí en ese momento, respectivamente, mi sombra negra y mi sombra blanca. La primera, un inválido. La segunda, un personaje con un inmovilismo autoimpuesto.

En un momento dado, estaba excavando en la habitación de la puerta de cañas que simbolizaba una vagina. Entonces, comencé a pensar que me debía trasladar a vivir a Don Benito. Luego pensé, ciertamente, que de allí debía irme a vivir a Santa Amalia con mi padre. Al final pensé que debía vivir en Magacela. Me dio una sensación de estado alterado de consciencia en esta sucesión de pensamientos, porque en todos ellos pensaba de forma certera que debía vivir en el sitio en el que me situaba mentalmente. Paré un momento a tomar aire.

Entre mis amigos y el círculo más cercano de mi familia (mi padre y su pareja) ya había saltado la alarma. Un día vinieron una colega y un amigo a visitarme. Mostré un comportamiento irregular y les dejé solos, yéndome a andar por las calles. Hacía un tiempo, no sé si días o semanas, me guiaba por ciertas tensiones internas en los brazos, los codos, las manos, la cabeza... Yo lo traducía a mensajes que me daba el cuerpo, guiado en parte por la teoría plasmada por Eric Rolf en su libro «La medicina del alma». No recuerdo exactamente qué mensaje le atribuía a cada miembro, aunque eso da igual ahora mismo. Rememorando aquellos momentos, me parece que fue una evolución lógica desde mis dibujos automáticos donde dejaba que la mano se guiara por impulsos. Era el mismo principio. El caso es que cada acto y cada palabra dicha eran consultadas a «el cuerpo», el cual hablaba mediante esta especie de tensiones e impulsos. Aquel día en Magacela, andando solo por sus calles mientras mis amigos se preguntaban qué diantres me pasaba, apareció un tipo de «movimiento». Iba andando de un lado para otro de la calle, haciendo círculos u otros movimientos. Estaba un poco aturullado por el qué diría de mí quien me viese andar así, pero como por lo pronto no había nadie por la calle, lo seguía haciendo. En un punto dado, comprendí de dónde salía ese tipo de movimiento: «Es un movimiento vegetal, guiado por el agua y la luz», pensé, sorprendido. Llegué a una encrucijada y de repente me quedé quieto. Llegó el policía local y me preguntó que qué me pasaba, llamándome varias veces por mi nombre. Ahí pudo más el qué dirán, y abandoné mi inmovilismo, comportándome de forma normal. Él siguió por su camino, y yo continué con mi «movimiento». Llegué a la puerta de la iglesia, y me volví a quedar quieto. Iban llegando las mujeres para oír misa, y se extrañaron de encontrarme así. Esta vez pude con el qué dirán, y me mantuve firme en mi teatro. Todas se empezaron a preocupar por mí.

Tiempo atrás había tenido una serie de sueños recurrentes, en los que mis amigos intentaban tirarme desde una gran altura a un río, pero yo me zafaba y elegía bajar al río por mis propios medios para meterme a mi manera en el agua. En otro de los sueños me dejaba caer de espaldas, y todo se volvía luz blanca. Estos sueños, durante un tiempo después de estos hechos, los relacioné con los mismos; ahora no pienso igual...

Allí, quieto, inmóvil, en la puerta de la iglesia, todas las mujeres estaban preocupadas por mí. Mis amigos llegaron para intentar ayudar, y mi vecina, creo que ayudada por otras mujeres, trajo una silla con respaldo, creo que de mimbre. Pusieron la silla tras de mí, y entre todas me hicieron «caer» en la misma. Reviví el sueño en el que me dejaba caer de espaldas, y creí que se había plasmado en un acto real. Me trajeron agua, y mis amigos me pusieron las manos en el pecho haciéndome reiki. Yo me reí internamente de este acto, pues yo no estaba «mal», o no, al menos, como ellos creían. Me llevaron a mi casa, donde continué un poco con el teatro haciendo algún acto irracional con unas cartas de correo que tenía ante la atenta mirada de mi amigo y de la hija de mi colega. Supongo que alertarían a los servicios sanitarios. Decidí que mi amigo me llevara, primero a Don Benito, y luego a Santa Amalia, a la casa de mi padre.

Allí los de los servicios sanitarios llegaron y me tomaron muestras de sangre, mientras yo hablaba tranquilamente con ellos. Mi padre no hacía otra cosa que repetir que yo no estaba bien, refiriéndose a mi salud mental. Una enfermera me comenzó a hablar sobre las drogas, y yo la contestaba de forma cabal que no me drogaba de ninguna de las maneras, que no bebía siquiera alcohol, y que todo se vería reflejado en las pruebas que me realizasen, a las que accedería con total espíritu de colaboración. Aun así me seguían dando la matraca con lo de las drogas hasta que se fueron, al fin.

Otro día, no recuerdo si antes de este episodio o después, llegué a casa de mi padre, dispuesto a pasar una noche allí. Él estaba viendo un partido de fútbol. Era como si la retransmisión se hiciera eco de mis decisiones internas. Hice el intento de subir a mi cuarto, pero cuando llegué al pie de las escaleras decidí no subir, guiado por mis pulsiones internas y por la retransmisión del partido. Recuerdo que en ese momento el locutor dijo: «casi cede a la voluntad del contrario, pero al final se sale con la suya». Esto me corroboró que estaba en lo correcto, y me fui de la casa de mi padre, ante su disgusto y cabreo al haber actuado yo de forma irracional.

Puede que fuese aquella vez, al dirigirme a casa de mi padre en el coche, intentaba conducir en sintonía con el paisaje, de forma que todo fuera armonioso. Llegado a un punto entre Medellín y Santa Amalia donde hay una serie de curvas con visibilidad cero, había una cola de coches porque delante había un par de grandes máquinas. Adelanté, sin más. Solo la casualidad quiso que no viniese ningún coche de frente, en cuyo caso el accidente hubiese ocurrido con certeza. Al continuar por la carretera a setenta, el coche que venía detrás de mí me adelantó, pitando con insistencia. Me hizo la señal con el dedo de que estaba loco, lo cual me hizo pensar...

Otro día estuve deambulando por Don Benito. Llegué al parque, me dejé llevar por lo que denominaba «movimientos vegetales». Había jardineros, y me dio vergüenza, por lo que dejé de hacerlo.

Quizá fuese ese día, o quizá fuese otro, en el cual fui a buscar a una colega. Estuve en su habitación con su novio. Le dije a ella que se viniese a pasar el día conmigo a Magacela, y le gustó la idea. Mi intención era ligar. Abrió el armario y eligió un vestido de flores que ella decía que era «de vieja». Yo le quise hacer cambiar de idea porque era un vestido que mataba mis ideas de seducción, pero ella insistió. Salimos a pasear, y su novio se fue. Estuvimos ella y yo andando por Don Benito, aunque no íbamos en dirección al coche (me estaba guiando por mis impulsos). Llegados a un punto de la conversación, le dije que me gustaba, a lo que ella me dio las gracias. Me paré, y miré al fondo. Vi una peluquería que en su cartel tenía unas tijeras. En ese momento comprendí, debido a mi ideación simbólica, que no debía lanzarme, pero no actué en consecuencia. Ella se retiró, y me dijo que tenía novio. Seguimos andando. Ella me seguía hablando, y yo permanecía callado, diciendo de vez en cuando alguna cosa surrealista. Recuerdo que vi un árbol y le dije: «El árbol... está...». Ella estaba bastante alterada. Nos sentamos en un césped. Yo estaba con las piernas cruzadas, con los ojos cerrados, girando lentamente la cabeza guiado por los «movimientos vegetales». Ella se puso a llorar. Me insistía en que me pusiese de pie y nos fuéramos. Yo al principio no la hice ni caso, pero al final accedí. Comprendí que no me iba a dejar en paz, así que me puse a correr y la dejé atrás. No paré hasta que se me desataron los cordones de una de las zapatillas.

Uno de aquellos días tuve una especie de premonición, o eso interpreté yo: de repente, estando en la salita de mi casa, empecé a percibir un olor nauseabundo, como de cloaca. Al mismo tiempo, empecé a notar en mi boca, mientras mascaba, como arena. Después me cociné unos champiñones. No los lavé antes, por lo que, al comerlos, mascaba arenilla. Luego, salí al patio y me pegó una bofetada de mal olor. Escuché al vecino decir que sus tuberías estaban mal. El olor podría haberlo percibido desde la salita, pero, ¿la arena? A saber...

En otro momento hice una cosa en la cocina, me giré, cogí una garrafa del agua, la puse junto a la pared, la volví a colocar en su sitio original y realicé lo mismo que estaba haciendo antes. Era como si hubiese vivido una trinidad temporal, un desdoblamiento, donde al principio hacía lo mismo que al final, con un núcleo en medio. Es difícil de explicar, pero así lo entendí.

No sé si fue el mismo día antes de este último incidente, u otro día después, que iba por las calles de Don Benito guiado por las señales de tráfico, las pulsiones internas, los movimientos vegetales... y todo desembocó en el más absoluto de los caos mentales. Terminé exhausto. Creo que aquel día fui a casa de una antigua novia y estaba su actual pareja. Yo tenía algo de frío y él me dio una sudadera blanca. Me la puse, y mientras él hablaba me la quité, dándole la vuelta en parte. De repente llegó mi ex novia y me fui de su casa bruscamente. En la calle le terminé de dar la vuelta a la sudadera mientras ella me llamaba a gritos por el balcón. Hice caso omiso, y a la vuelta de la esquina tiré la sudadera de su pareja a la basura, escenificando mi infantil rechazo hacia él.

Entrelazados con estos días hubo una consecución de momentos sucesivos entre sí. Recuerdo que estaba en la salita de mi casa, y se me calló un euro. Lo obvié u olvidé, y después me lo encontré. Era como si la moneda hubiese perdido su significado o se hubiese trascendido. Me agaché a cogerlo, y estaba como pegado al suelo por una gravedad impropia. En ese momento alcancé cierta comprensión sobre el dinero, como si se pudiese generar solo, o mediante el simple deseo. Me fui a La Haba, y allí paré en una carnicería. Pedí una morcilla y algo más. El tendero me dijo que eran siete euros y pico, y yo le di cuatro y poco, consciente de lo que hacía. Mi intención era generar riqueza de la nada mediante cierta confusión. El tendero me dijo que era algo más, coloqué algunas monedas de céntimo y diez céntimos sobre el mostrador y él cogió algunas. La transacción había finalizado. Había pagado una compra de más de siete euros con poco más de cuatro. Salí, sorprendido y asustado de lo que creí era mi nueva «capacidad». Volví a Magacela en coche, algo espantado, con la respiración alterada debido a las implicaciones de mi experimento. Ya en casa me acosté.

Al día siguiente, fui a echar gasolina a La Haba. Quería que todo volviera a ser normal, que el dinero volviese a tener el precio que tenía y que mi capacidad no afectase a la realidad de las cosas. Cuando el operario terminó de llenarme el depósito, me dijo, sonriendo: «Creo que cincuenta euros estará bien». Yo lo interpreté como que este operario sabía parte de la verdad, sabía que yo me estaba angustiendo con mi nueva capacidad, y fijó el precio correcto por esta vez. Esto me tranquilizó un tanto.

Después de estos sucesos, o intercalado, otro día distinto quedaron varios de mis amigos y amigas para hablar conmigo. Supe llevar diestramente la discusión a mi terreno ignorando las voces que me reprendían y haciendo hablar a uno de ellos que se mostraba más de acuerdo con mi visión, la de que había que dejarme en paz.

Un día fui a Don Benito vestido solo con un mono de trabajo y unas botas. Entré en la compañía donde tenía el seguro de vida que mi madre había pagado para mí desde que nació, y lo di de baja. Al salir, me quité las botas y las dejé en la carretera, al lado de la acera, debajo de mi coche. Entré descalzo en la zapatería y me compré unas zapatillas. Entré en una tienda de ropa y me compré unos pantalones y una camiseta, y me deshice del mono. Cogí el coche y me fui.

Lo siguiente pudo haber pasado esa misma noche. Cogí toda la música que tenía desperdigada por el doblao junto con otros enseres, y lo metí todo en un viejo baúl. Cogí mi muñeco de infancia que había rescatado de la casa de mi madre, y lo metí en una vieja tinaja. Cuando cayó en su interior, tuve una impresión como de vacío. Subí el baúl a la baca del coche, metí la tinaja en el maletero, así como unas sillas viejas y algún objeto más, y conduje hasta La Haba. Una vez allí deposité toda la carga en la puerta del cementerio.

Aquella noche hice varias salidas. En una de ellas llevaba el traje de agua puesto (estaba chispeando), y me lo quité mientras conducía por La Haba. Ese traje representaba para mí, en esos momentos, el guardiacivil que llevaba dentro. En otro viaje, salí de mi casa desnudo y me metí en el coche.

Al día siguiente vino a mi casa el policía local de Magacela con cara de circunstancias. Parecía como si le apenara lo que tenía que decirme. Me estuvo interrogando sobre unas pertenencias, y me dijo que si eran mías. Yo le dije que sí, y él me dijo que el ayuntamiento de La Haba pretendía denunciar al dueño. Por lo visto, entre las cosas de las que me deshice figuraba algún documento con mis datos. Yo le dije que me daba igual, que hicieran lo que tuviesen que hacer, pero que yo no quería esas cosas. El policía me dijo que les daría alguna excusa.

Cuando lo hube tirado prácticamente todo, finalicé mi tarea en ese sentido metiendo mis últimas posesiones y ropa en un viejo hueco que había en el patio debajo de las escaleras del mismo. Hice cemento y tapié la entrada con ladrillos, utilizando en vez de una paleta mis propias manos. Me quedé con solo una camiseta. Llamé a un amigo para que me trajese ropa y calzado prestados. Vino lo más rápidamente posible. Lo primero que hizo fue examinarme y ver si tenía algún corte. Estaba francamente preocupado por mí. Esa noche la pasé en su casa, durmiendo en su sofá. Soñé con un parque de atracciones, y el cielo y toda la realidad se volvían blanco puro. Al día siguiente le pregunté si podía quedarme unos días, a lo que me respondió que debía consultarlo con su madre. Comprendí que allí no podía estar.

Durante todos estos días me masturbé bastante, ya que el malestar asociado a mi sexualidad había desaparecido por completo. En ese sentido disfruté un montón.

No sé si fue otro día o ese mismo, deambulaba por las calles de Don Benito mediante mi extraño proceder. Recuerdo haber llegado a la conclusión de que debía comunicarle a alguien el cómo me estaba guiando internamente. Entré en una cabina de teléfonos y descolgué el auricular. Evidentemente no había nadie al otro lado, aunque en esos momentos es lo que menos me esperaba. Salí de la cabina y vi una publicidad naranja en ella. Seguí caminando, y me encontré una publicidad naranja del PP de Extremadura donde salía Floriano. Me dirigí a la tienda de mi padre donde le comencé a escribir a Floriano el siguiente mensaje:

«Desde hace unos días hago las cosas de otra forma. Escribo movido por esa forma de actuar. Usted también puede descubrirse, unirse a esta nueva forma de tomar decisiones. No le voy a decir lo que pienso sobre la sociedad, el estado, etc. Cuando pienso en estas cosas, estoy en un error.»

Mientras lo escribía, apareció una psicóloga del centro de día de Don Benito. Se presentó y me dijo su profesión. Entonces, entendí que era a ella a quien debía contárselo. Hablamos un rato, y me invitó a que fuera a su despacho. Accedí, y le conté la manera en la que me guiaba. Ella, supongo que para congraciarse conmigo, me explicó que pensaba que el cuerpo era sabio, cosa que me tranquilizó profundamente, y así se lo hice saber, respirando aliviado. Me propuso ir al psiquiátrico de Mérida y accedí, guiado por mis impulsos. Esperé sentado a que mi padre viniese a por mí. Le expliqué a la psicóloga, después de que realizase los trámites convenientes, que si mis pulsiones me hubiesen indicado que debía levantarme e irme, lo hubiese hecho sin dudar (y habría sido así, en efecto). Ella me dijo que por favor que no le dijese eso, y yo le dije: «Así es».

P, en un correo que me envió motivado por el brote psicótico de mi amigo, definió el mismo como sigue: «El brote psicótico se da cuando el hilo que une la mente con el corazón se rompe». La frase queda muy bonita, pero es, a mi juicio, desacertada. Yo lo definiría como el desbordarse del mundo fantástico sobre el real.

Primer internamiento

Ya en Mérida, en el psiquiátrico, fui sometido a una serie de preguntas por el psiquiatra «B». En la sala se encontraba él, una mujer que puede que fuese enfermera, mi padre y yo. B comenzó a hacerme preguntas, las cuales fui respondiendo. Eran bastante normales, hasta que llegó a una pregunta clave: «¿Crees que la comunicación mental es posible?», a lo que respondí que no lo sabía, y que podíamos realizar una prueba. Mientras estaba planteando esta cuestión, experimenté en la cabeza como si algo se abriera por arriba, como si una energía subiese hasta la coronilla y fuera a experimentar una salida de ese plano mediante esta prueba. Así, dije que podíamos escribir una palabra cada uno en un papel en secreto, luego mostrarlo y ver si habíamos escrito lo mismo los cuatro. B se opuso a la prueba, y yo me planté en serio en mi posición de que solo así lo podríamos comprobar. La situación se iba volviendo tensa entre los dos. Él dijo: «Mira, escribo en un papel, perro, ya está». Yo le dije que así no era la prueba que yo había planteado. Me daba la sensación de que se estaba riendo de mí. Al final, comprendí que no iba a realizar la prueba, y abandoné mi postura. Derivado de este encuentro, fui internado durante unos días. Hacía año y medio que había probado la salvia.

Cuando ingresé, me puse al lado de dos chicos de mi edad en el mostrador de madera que separaba la zona donde estaban las enfermeras y los psiquiatras. La posible enfermera que estuvo presente durante mi interrogatorio dijo, dirigiéndose a nosotros: «¡Vaya tres!». En ese momento me sorprendió que nos pudiese conocer a los tres, pero luego entendí que a ellos ya los conocía, y que había estado presente en mi interrogatorio. De todas formas, el número tres se me antojó «especial».

Con estas dos personas tuve bastante compenetración, en especial con uno de ellos. Yo y el otro, en una conversación, intentábamos hablar a la vez al chico con el que me compenetré tanto. Él repetía que de uno en uno. Creí que me iba algo en ello, y seguíamos hablándole a la vez. Al final, cedí. Tuve la misma sensación que con el psiquiatra, de haber cedido en algo importante...

En otra ocasión, ellos dos hablaban de cómo llegaban al orgasmo sin eyaculación debido a la medicación. En aquellos momentos no tenía ni idea de lo que hablaban; me parecía curioso. Con el tiempo, lo experimentaría en mis propias carnes.

La medicación que me administraron fue Solian, no recuerdo de cuantos miligramos, puede que fuese el de doscientos. Debido al shock sufrido y a la misma medicación, estaba dormido durante todo el día. El impacto psicológico de haberme guiado de tal forma que debía alcanzar una forma de ser excelente, y que eso mismo me hubiera conducido al lugar donde estaba, era tremendo.

En el psiquiátrico llevó mi caso una psiquiatra a la que llamaré «S». Fui totalmente sincero al contarle lo que me había pasado, y mi relación con las drogas. Cuando nos habló de sus conclusiones a mi padre y a mí, dijo que era muy difícil establecer en mi caso qué era enfermedad y qué no, debido a mi posición dentro de la contracultura, y creo que tenía razón. Más adelante, una vez fuera del psiquiátrico, vino mi madre a que le explicaran qué era lo que me había pasado. S le contó que yo había tenido relación con las drogas. Me espantó un tanto que S se lo soltase así a mi madre, y puse cara de circunstancias, protestando. S dijo que yo mismo se lo había dicho, así que me callé para que pudiera continuar. Mi madre comentó el episodio donde corté la cartulina de la virgen con el niño y manché la pared con sangre de mentira. S dijo que ese comportamiento era fruto de un delirio, y yo dije que no, que estaba en mis cabales y que simbolizaba la ruptura del lazo entre madre e hijo. S insistió en su diagnóstico.

Cuando salimos del psiquiátrico, ya en el coche de mi padre, mi madre dijo que esto me había pasado por haber tenido yo el pelo largo. Me enfadé, y la dije que estaba mezclando la ropa sucia con la limpia y que la estaba metiendo toda en la misma lavadora. Supongo que lo que quería decir es que mi madre, a lo largo de su vida, ha hecho o dicho cosas correctas, y las he mezclado con las incorrectas de tal forma que me ha resultado muy difícil discernir cual es cual.

No sé si antes de ingresar o después de salir del psiquiátrico, hubo un día en el que dormí la siesta con mi padre en el mismo sofá en su casa de Santa Amalia. Soñé con una especie de circunferencia perfecta, que también era un sonido perfecto. Desperté sobresaltado al mismo tiempo que mi padre, y dijimos algo muy parecido los dos. Se tocó la cabeza como si algo no fuera bien.

A partir de aquí hubo un periodo de cuatro años en los que toda mi supuesta parte espiritual, además de mi parte enferma, dejó de tener lugar. Lo máximo que intenté fue realizar alguna sesión de canto armónico, y como resultado comprobé que los armónicos habían desaparecido de mi voz y que el sonido devenía en caos.

Mi padre y yo decidimos que me viera un psiquiatra de pago. Le llamaré «M». En su primera consulta, y sin valorarme, sin entrevistarme ni hablar mínimamente conmigo, nos dijo que estaba totalmente de acuerdo con el diagnóstico del psiquiátrico. «Brote psicótico de rasgos esquizoides». A lo mejor aceptaba de forma rutinaria todos los diagnósticos establecidos en el psiquiátrico (o esa es la idea que tengo). Al fin y al cabo, él trabajaba allí durante la mañana. Pero esto no fue lo que más me escamó. Le empecé a contar que estuve viviendo en una casa en Magacela sin agua corriente ni electricidad, y él dijo que eso era síntoma de la enfermedad, que si le hubiera dicho que me había ido a vivir compartiendo piso con unos amigos, o solo, o con una pareja, pero en definitiva a un piso con electricidad y agua corriente, entonces estaría bien. Entonces, se me plantea una duda. Todas esas personas que quieren vivir de forma distinta en ecoaldeas, o rehabilitando pueblos perdidos en las montañas sin suministro eléctrico ni agua corriente... deben estar enfermas según este señor. Se me antoja un criterio donde todo lo que se salga de la normalidad es un síntoma de enfermedad. Hay psiquiatras que parecen la policía del comportamiento. La vergonzosa historia de la psiquiatría, sobre todo de la más biologicista, está plagada de estos casos, considerando enfermedad el ser homosexual o el tener una ideología de izquierdas. Esta óptica para mí es deleznable, y para nada considero que mi enfermedad se fundamentase en la forma de vida que adopté, si bien es cierto que puede que ello me empujase un tanto en la dirección de la enfermedad.

El caso es que, debido a su forma de establecer el diagnóstico, M me dio muy mala espina desde el primer momento, y le consideré siempre un mal profesional. Los hechos hablaron por sí solos en este sentido, según mi criterio.

Cuando pude coger el coche, lo primero que hice fue conducir a toda velocidad por la carretera de Valdehornillos. Estaba francamente mal, y valoré la idea de suicidarme. Solo había que pegar un volantazo y salir de la carretera para ir a estrellarse contra un puente o acequia.

Paralelamente a mi seguimiento psiquiátrico con M, me puse en manos del centro de día que había gestionado mi internamiento. Así lo acordamos mi padre y yo. No quería un o una psicóloga de pago, ya demasiado era con asistir al psiquiatra. En este centro de día me hacía un seguimiento la psicóloga «N», la cual estableció, junto con otras profesionales, a qué tipo de programas debía asistir. En un primer momento asistí a deporte, y a psicoeducación. Pasado un tiempo, asistí a inserción laboral.

Considero que N era una profesional algo regular; ella sabía cuales eran las fases de la enfermedad, cómo afectaba al individuo, los efectos secundarios adversos de la medicación, los formulados... Me ayudó a sociabilizarme en un primer momento en el que no quería salir con nadie debido a que es algo que se da normalmente en esa fase de la enfermedad. Con ella, y en psicoeducación, aprendí que cuando se cambia de un medicamento a otro, no se debe hacer de golpe, sino que se ha de bajar en la dosis de uno e ir subiendo en la de otro paulatinamente.

M, mi psiquiatra, me cambió de golpe la medicación. Pasó de recetarme Solian a recetarme Risperdal de 6 mg, creo recordar. Esto me provocó una confusión psicológica bastante considerable. Se lo expliqué a mi psicóloga, a lo que respondió: «Bueno...». Sin más. También le pedí explicaciones a M en la siguiente consulta, exponiéndole que había dado en psicoeducación que se tenía que cambiar paulatinamente de medicación y que había estado mal, a lo que me respondió que eso no era así.

M tenía cajas de Risperdal en su consulta, y a veces me regalaba alguna. No sé si esto es ético, o mínimamente legal. A mí no me parece normal.

A la por entonces mi psicóloga N no la considero excesivamente profunda. Ella actuaba, aunque de una forma más atenuada, en la onda de normalización del psiquiatra. De hecho, ella me decía que M era el mejor psiquiatra de la región, y que si alguien tenía algún problema que requiriese un psiquiatra, no dudaría un instante en recomendarlo. Yo le decía que si ese era el mejor, cómo debía ser el peor...

Mi psiquiatra me decía que Risperdal era una droga que incitaba a la sociabilidad. Supongo que así se la debieron vender sus comerciales. Yo siempre había sido una persona con bastante verborrea, pero la medicación me tenía «aplatanado», sobre todo en sus primeras fases donde era más fuerte. Esto provocaba que mi sociabilidad fuese algo defectuosa. Era como la sombra de lo que fui.

Con el tiempo, he ido comprendiendo que el que yo hablase poco no solo era debido a la medicación. Quizá el haber sido un pretendido entendido, y haberme considerado maestro en ciertas disciplinas espirituales que eran las que me habían llevado al fracaso personal en forma de desastre psíquico me había transformado en una persona sin autoridad. No tenía un argumento válido para nada en la vida, mi dialéctica se había derrumbado.

En los primeros momentos de la medicación, padecía un montón de tensiones musculares. Estaba totalmente «acartonado». En Don Benito, cuando me mudé para vivir allí años antes, me pusieron el mote de Rigi por lo rígido que andaba. Bien, pues con la medicación me volví «Hiper-Rigi». Me dolía el cuerpo cuando dormía por las noches, por lo que mi padre me compró un colchón de látex, el cual no mejoró demasiado mi malestar.

Otro efecto secundario negativo de la medicación, quizá menor, era que dejaba babas de color marrón en las sábanas después de pasar la noche en la cama.

También me descendió considerablemente la libido o deseo sexual. Durante esos cuatro años no ligué absolutamente nada; ni siquiera me lo proponía. Quizá se sumase al descenso de libido mi verbalización deficiente. Ni siquiera eyaculaba el primer o los dos primeros años. Esto originaba en mí una cierta falta de autoestima a la hora de proponerme siquiera de entablar relaciones, bien de pareja, bien esporádicas.

Mis emociones durante esos cuatro años fueron planas. No me entusiasmaba nada ni nadie para bien o para mal. También me aparecieron lagunas de memoria, en especial con cosas que no me gustaban de mí mismo.

Además, engordé bastante, y me subió el colesterol, y algo el ácido úrico. Esto último (lo del colesterol y el ácido úrico) lo averigüé más adelante al someterme voluntariamente a una dieta y pedirme la supuesta profesional unos análisis. Ni N ni M me los pidieron nunca.

Estos malestares se los transmitía a N, pero ella decía que eran efectos normales que debía sobrellevar como mejor pudiese. Creo que fue el segundo verano de estar yo medicado y con estos efectos adversos que N se rompió una pierna durante sus vacaciones. Me pasaron a la psicóloga que había hablado conmigo para recomendar mi internamiento, y le comenté todos los efectos adversos que estaba experimentando. Estuvo escuchándome atentamente y tomó nota.

Me dio una carta para que se la diese a mi psiquiatra. Cuando fui a verle, se la entregué. Al leerla, puso alguna objeción, pero aun así me recetó otro medicamento: Abilify, creo que de 15mg; pero no me retiró el Risperdal que ya tenía. Es un dato más que me indica en la dirección de que a ese psiquiatra le «interesaba» recetarme Risperdal a toda costa, a lo mejor porque en ello le iba un dinerito extra de la casa comercial (esa es mi suposición). Los psiquiatras tienen que probar (en teoría) con nosotros como si fuésemos cobayas para ver qué medicamento es el que mejor nos va, y no deberían aferrarse a uno a otro según conveniencia.

Él insistía en que debía verle como a un amigo, pero yo no podía. Sus preguntas eran de lo más superficiales, no le interesaba profundizar en lo más mínimo (quizá la función de los psiquiatras sea esta y yo demande lo que no se puede demandar). Solo se encargaba de saber si funcionalmente era apto para seguir en sociedad. Yo le respondía mecánicamente.

Con el Abilify mejoraron bastante mis males. Era un medicamento de nueva generación dentro de los antipsicóticos.

Pasó el tiempo en forma de años sin pena ni gloria. N me quitó de psicoeducación porque consideró que ya tenía formada una imagen correcta de mi enfermedad, y continué en inserción laboral y deporte, excepto en los periodos en los que yo trabajaba o hacía algún curso. M me fue rebajando la medicación. Comenzó con el Abilify, pasando del de 15mg al de 10mg, de éste al de 5mg y luego solo Risperdal, el cual fue rebajando también con posterioridad. Como se ve, lo último que tocaba era el Risperdal, en su línea de mantenerlo hasta el final.

Como resultado a la bajada de medicación, pude eyacular en mis masturbaciones. ¡Por fin! Aparte de la bajada de libido y de no poder eyacular durante un periodo, desde el brote en Magacela el malestar asociado a la masturbación desapareció casi por completo y así ha sido hasta la fecha. No todo fue negativo.

Mi psicóloga se mostraba francamente conforme, y quizá algo sorprendida, debido a mis avances personales. Decía que la mayoría de pacientes no intentaban progresar como yo lo hacía. Pienso que a lo mejor ella tenía algo que ver en que ellos no mejorasen.

Por estas fechas me pasaba algo curioso: no soportaba estar solo demasiado tiempo. Se lo comenté a mi psicóloga N, pero ella no le concedió demasiada importancia. «Si socialmente estás integrado, no hay problema», decía. Para mí, disfrutar de los momentos de intimidad en soledad ha sido siempre importante. Yo tenía una contradicción importante en mi vida; quizá fuera esa la causa de que no pudiera estar solo; o quizá no. En el fondo, bastante en el fondo, aunque estaba aflorando a la superficie cada vez más, tenía unas dudas importantes con respecto a lo que me había pasado en Magacela, lo mismo que hacia mi diagnóstico y tratamiento. Y este hecho habría de resultar crucial.

N me dio de alta, lo cual era una mera formalidad, un trámite para que pudiese entrar al centro de día otra persona. Yo seguía viéndola de vez en cuando. Había un problema que se mantenía, y era mi escasa verbalización. Si bien a nivel mental pensaba con claridad y nitidez, no era capaz de mantener una conversación mínimamente larga o interesante. Ella me mandó una serie de ejercicios cognitivos consistentes en resolver problemas, puzles, etc..., los cuales, conforme se avanzaba, iban ganando en complejidad. Yo me quejaba de que eran muy simples, pero ella me dijo que tuviese paciencia, que más adelante serían más difíciles. Esto nunca llegó a ocurrir, porque me los dejó de mandar por ningún motivo en concreto (dejadez por su parte).

Desde hacía un tiempo estaba escribiendo poesía. Estuve varios años sin escribir nada, desde bastante antes del brote (antes, incluso, de irme a vivir a Magacela), ya que mi idea era utilizar el arte para sanar, evitando cualquier otro fin. Y después del brote, con la medicación, la creatividad se vio seriamente mermada. Aun así, más o menos dos años después del brote, como ya digo, comencé a escribir poesía, ya que la prosa en forma de relatos cortos, que era lo que solía escribir anteriormente a esto, no me salía.

El caso es que al final junté unos noventa poemas y quise sacar con ese material un libro; y quise que el centro de día al que pertenecía me lo editase, ya que lo habían hecho en varias ocasiones anteriores con otros autores de la zona. Así, les pasé el material para que lo valoraran. Creí que era una buena idea desde el punto de vista de autor y desde el punto de vista de usuario. Me equivoqué.

Un día me llamaron para hablar sobre mi proyecto. Estaban en la sala el presidente de la asociación y una trabajadora. En todo momento fue ella la que habló. Me dijo que al editarme el libro, todos los derechos pertenecían a la asociación. Bien, hasta ahí de acuerdo, eso era algo que ya sabía. Seguidamente, entró a valorar el contenido de la obra. Me dijo que mi poesía no era comercial precisamente, que iba a tener poco público, y que la asociación se iba a encargar de hacer una rueda de prensa para darlo a conocer, pero no iba a hacer presentación. Yo le dije, algo indignado, que de todos los libros que habían publicado habían hecho presentación, incluido uno de un colega que era bastante extraño en el que escribía como si tuviese una paranoia mental. Ella se afirmó en sus trece, y dijo que la asociación no estaba dispuesta a perder dinero. Así que desestimé el publicar con ellos, debido a lo cutres que eran y a que la asociación se comportaba en este caso como una empresa, no como la asociación sin ánimo de lucro que alardeaban ser.

¿Mejora?

Llegó un otoño en el que sufrí una importante mejora. Yo lo atribuí a que, por un lado, me desarrollé laboralmente al ponerme de jardinero por mi cuenta, ya que la responsabilidad de que funcionase el negocio dependía de mí y de mi socia; y, por otro, a retomar mis prácticas espirituales en forma de ejercicios de canto armónico. Un supuesto nuevo despertar estaba aconteciendo.

Por aquella fecha, también me fui a vivir yo solo al antiguo piso de mi padre donde vivíamos antes de irme yo a Magacela.

Mirando en retrospectiva, puede que esa mejora hubiese tenido lugar aisladamente de estos factores. Creo que el tiempo y la bajada de medicación también fueron determinantes. Me puse en manos de un psicólogo de Madrid especialista en el crecimiento interior. Le llamaré «L». Al ponerme en sus manos, hablé con N y le dije que iba a asistir a la consulta de otro psicólogo y que prescindía de ella como terapeuta de aquí en adelante. Ella me dijo que, de todas formas, podía contar con ella para lo que quisiera.

La primera sesión con L fue para mí espectacular, en aquel entonces. Me dio bastante que pensar. Primeramente le hablé de mi forma de vida en Magacela y del contenido de algunas cosas que me habían pasado. Ni con N ni con M había hablado nunca del contenido de mis estados alterados de consciencia o mi proceso psicótico; era algo de lo que no les interesaba hablar, y siempre que intentaba profundizar en el tema se iban por la tangente. L me dijo que mi forma de vida se correspondía con la de los eremitas de la edad media, los cuales se retiraban de la sociedad para vivir una vida ascética. Me cuadró bastante su explicación, la verdad. Lejos de negativizarlo, dotó a mi forma de vida anterior de un marco o modelo.

También me habló de otras formas de enfocar la enfermedad mental. Una de ellas era la de Stanislav Grof, donde hacía una diferenciación entre enfermedad mental y lo que este autor denomina «emergencias espirituales», una forma de espiritualidad que tiene lugar de forma brusca y que rompe totalmente con la realidad. A este autor ya le conocía, aunque gracias a L conseguí profundizar un poco más en la teoría de Grof al volverme a despertar el interés sobre él.

Otros enfoques, que yo no conocía, y de los que me habló, fueron los de la antipsiquiatría. Me habló de autores que ponían muy en entredicho muchos diagnósticos y tratamientos médicos; incluso me habló de autores que directamente negaban la existencia de la enfermedad mental como tal. Me habló, por ejemplo, de Laing, el cual había fundado centros en Inglaterra donde el paciente tenía libertad total para hacer lo que quisiese. Según Laing, el proceso psicótico era curativo en sí mismo, un concepto que resulta muy parecido al de la homeopatía.

Me dijo L que él mismo tuvo un brote psicótico hacía muchos años derivado de una experiencia que había tenido en una casa con setas alucinógenas.

También me dijo que la medicación podía ser perjudicial. Decía que todavía no se sabía con seguridad qué tipo de repercusiones tenía esta sobre el individuo, y que afectaba negativamente a la inteligencia. Me dijo que mis lagunas de memoria podían deberse a la medicación, y que conforme fuera avanzando con él, iría bajándomela. Yo le pregunté si debía seguir tomándola, y él me dijo que eso lo dejaba en mis manos. Yo le dije que la medicación me la ponía el psiquiatra, y él estuvo de acuerdo. Me dijo que él solo propondría la bajada de medicación, y que era el psiquiatra el que debía valorarlo. Entonces le pregunté que qué pasaba si el psiquiatra se negaba a bajármela. «Entonces, tendrás que tomar una decisión», me dijo.

Me habló de un caso de psicosis donde el paciente se cortó los dedos.

También me contó un cuento que no recuerdo con exactitud sobre una aldea donde había un pozo de la locura.

Mi mayor temor era sufrir un proceso como el de Magacela en sociedad. Aunque Laing considerara el proceso psicótico como sanador en sí mismo, vivirlo en un contexto distinto de sus centros a mí se me antojaba imposible: siempre habría quien tomara cartas en el asunto. Así, le pregunté a L si existía algún centro en España donde pudiera pasar mis crisis. Él me dijo que no lo conocía.

Todo este cambio de enfoque, este someterme a una distinta estructura en el terreno psicológico fue, como ya decía, revelador en aquel momento para mí. Todo el viaje de vuelta a mi casa lo hice dándole vueltas a lo que habíamos hablado. Como resultado, le escribí este correo:

«Hola L, Tuvimos una sesión de terapia ayer, y me dijiste que te escribiera un correo con mis impresiones. Pues ahí va.

»Bueno, lo primero que no tengo claro es si tengo que seguir yendo al psiquiatra. He tomado la determinación de seguir medicándome. Así que no sé si seguir con esta medicación de por vida y prescindir de mi psiquiatra, o seguir yendo. Como no me has ofrecido un diagnóstico, no sé si debo seguir ateniéndome a sus indicaciones o no. Tú me dirás...

»Conforme a lo que hablamos, he ido desarrollando distintas ideas. Para empezar, lo de que antiguamente estaba admitido socialmente la figura del asceta es algo parcial. La mística en la antigüedad era, o admitida, o repudiada, dependiendo de factores a veces arbitrarios. he leído procesos inquisitoriales a mujeres acusadas de practicar la brujería, que se concretaba en sucesos idénticos a los de personas consideradas santas, como el don de la ubicuidad, y otros. »Hay un modelo del que puedo hablar porque es seguro que ambos lo conocemos. Jesucristo. »Tú me planteas el hecho de que una idea delirante sería que viese bien el terminar en el psiquiátrico. Se me pasan por la cabeza distintas posibilidades. Una sería que fuese al psiquiátra y le contase lo que me ha ido sucediendo durante estos días. Sería muy probable que aconsejase mi internamiento. ¿Me habrían internado entonces llevado por una idea delirante? Supongo que sí, ya que le contaría unos sucesos que yo sé que él interpreta como patológicos, y el hecho de contárselos sería una forma de hacer que me internasen.

»Otra posibilidad estriba en que yo consienta en seguir las pautas derivadas del acuerdo entre mi cuerpo y mi mente con las consecuencias que puedan derribarse. Una de esas consecuencias podría ser el internamiento psiquiátrico. Tú a eso lo considerarías una idea delirante, y te verías en la situación de tener que redireccionarme. ¿En qué se traduciría esa redirección, en un internamiento psiquiátrico? Si yo termino en un psiquiátrico, ya estaría la redirección efectuada. ¿O sería ante el hecho de plantear que no me importa pasar por el psiquiátrico de nuevo? Si esto fuese así, este correo bastaría para mi internamiento.

»Deduzco, pasado el tiempo y retomada mi dimensión espiritual, que mi internamiento hace casi cuatro años fue necesario para estar durante este tiempo alejado de todo lo espiritual, que era lo que yo necesitaba. ¿Es eso una idea delirante? Y, si esa fuese tu interpretación, ¿Cambiaría el hecho de que yo lo perciba como algo positivo y necesario en mi proceso?

»Seguir con la medicación, esa ha sido mi decisión. ¿No es esta una idea delirante? Me hablaste de las consecuencias negativas de la medicación a nivel intelectual y de memoria. Si consiento en seguir con la medicación, estaría haciendo con mi mente lo mismo que lo de aquel hombre que me contaste que se cortaba los dedos.

»Un contexto adecuado en el que vivir y obrar conforme a como lo estoy experimentando sería un monasterio (me quedó claro que no me dijiste que me fuera a vivir a un monasterio, solo fue una idea de la que hablar, y como tal la trato). Hay místicos que vivieron en monasterios, pero otros no. Jesucristo no se hizo sacerdote, ni se declaró profeta, ni se aisló (excepto en ocasiones puntuales). Generó un modelo nuevo, sin contexto. El contexto se realizó conforme la gente iba creyendo en su palabra. Aun así, hubo otros que no solo no le creyeron, sino que le odiaron, propiciando su muerte en la cruz. Esto sería lo contrario a un contexto. Entonces, jesucristo en vida tuvo ambas cosas. Lo mismo que yo. Jesucristo fue crucificado por su ideas y obras, y él sabía que sus ideas y obras le iban a llevar a esto. ¿Fue entonces una idea delirante?

»Muchos místicos han terminado martirizados. Los primeros cristianos eran arrojados a los leones. Algunos sufís, llevados por el éxtasis, morían a manos de sus semejantes al declarar que eran alá. ¿Eran ideas delirantes?

»Sri Nisargadata Maharaj, después de alcanzar la iluminación, decidió abandonar a mujer e hijos, y toda su vida, para irse al Tibet a vivir junto a la eternidad. De camino, se dio cuenta que la eternidad estaba donde él estuviese, así que volvió a su negocio de cigarrillos con su mujer e hijos, y siguió experimentando estados de transcendencia en un ambiente de vida cotidiana. Generó su contexto.

»¿Es una idea delirante poner tu vida en peligro por lo que piensas que es lo correcto? Si es así, la activista por los derechos prosaharauis hizo lo que hizo llevada por ideas delirantes. ¿Sería una idea delirante aceptar la posibilidad de terminar en la cárcel por llevar a cabo prácticas que suponen un bien para los demás? Si es así, todas los terapeutas que han utilizado enteógenos en países cuyas legislaciones los prohíben estarían realizando sus prácticas llevados por ideas delirantes. Tú, P, el autor de “La locura lo cura”, quien efectivamente fue encarcelado finalmente...

»Aceptar pasar por el psiquiátrico debido a tu modo de vida es una idea delirante. Entonces, todos los homosexuales cubanos están en los psiquiátricos y las cárceles llevados por ideas delirantes. La solución pasaría, bien por mentir y decir que son heterosexuales, bien por curarse de esa enfermedad que es la homosexualidad (según algunos).

»Si algo sé, es que gracias a la espiritualidad se han realizado avances personales y sociales importantes. La espiritualidad trasciende, a veces, normativas y morales, y supone un riesgo para el que la experimenta. No por ello considero que deba de dejar de experimentarse.

»Le doy la vuelta al cuento del pueblo que se vuelve loco bebiendo del agua de un pozo. Hay un pueblo donde todo el mundo está loco, y una persona bebe del agua del pozo y se vuelve cuerda. Evidentemente, los demás piensan que el loco es él. Algunas personas, terminan bebiendo del agua del pozo, y se vuelven cuerdas. Este fue el caso de Jesucristo. Al final, las personas que no bebieron, que eran las locas, matan al cuerdo original y persiguen a sus seguidores.

»Pero, ¿Quiénes eran los cuerdos, quiénes los locos? Los que no bebieron pensarían que los locos son los que bebieron, y viceversa. Para mí, ninguno de los dos grupos tendría una razón absoluta. La realidad a veces depende de quien sea el observador. La luz, dependiendo de las condiciones, se comporta como onda o como partícula.

»¿Loco o cuerdo? ¿Onda o partícula? Se puede estar loco y cuerdo a la vez.

»Un saludo

»Alejandro»

Ante este correo, L me respondió lo siguiente:

«Hola Alejandro,

»me alegra que nuestra sesión te haya servido al menos para reflexionar sobre el tema locura / cordura que es uno de los más fundamentales en nuestras vidas como humanos.

»Prefiero no discutir estos temas por correo, si decides seguir viniendo podremos seguir trabajando juntos y viendo cómo vas llevando tu vida más allá de etiquetas y diagnósticos. Creo que puedes aprender a vivir la dimensión espiritual en tu vida sin que la parte material se resienta, al contrario, se puede ver muy beneficiada. Es una cuestión de equilibrio, y el equilibrio se aprende practicando, cómo ir en bicicleta.

»Te dejo con una cita, no recuerdo de quién es: “El loco y el sabio están en el mismo mar, pero el loco se ahoga y el sabio ha aprendido a nadar.”

»Un abrazo

»L»

Así las cosas, en mi siguiente visita al psiquiatra, le planteé la posibilidad de bajarme la medicación. Él me dijo que tenía una medicación mínima, y que por debajo de ésta estaríamos hablando ya de andar «sin red». Le pregunté si debía estar medicado de por vida, y él me dijo que no tenía por qué, que pasados cuatro años se podía ir viendo lo de la bajada de medicación definitiva, pero siempre yendo con mucho tiento. Yo le dije que ya habían pasado cuatro años, y él me dijo que en la siguiente sesión, dentro de seis meses, me la podía bajar.

Paralelamente a ponerme en manos de L, también retomé el contacto con mi profesor de canto armónico. Él me dijo que mi proceso en Magacela bien podía deberse a causas espirituales, y me dejó un libro de Stanislav Grof titulado «La tormentos búsqueda del ser», donde hablaba de las emergencias espirituales, y de su diferencia con respecto a los procesos psicóticos.

Le conté a mi profesor de canto armónico que les había confesado a mis psiquiatras que había tomado sustancias, y él me dijo que no debía haberlo hecho, porque ellos en el fondo desean tomarlas (sic).

Conforme fui asentándome de nuevo y me fui afianzando con nuevas ideas y viejas prácticas, de forma natural se me fue olvidando tomar la medicación. Aproximadamente, me tomé en un mes la mitad de la medicación de la que me debería haber tomado.

Al final, retomé lo de los impulsos de mi cuerpo, pero esta vez de forma distinta: en vez de otorgarle un sentido dependiendo de en qué lugar se presentase la tensión, le preguntaba «al cuerpo» cosas que se pudiesen responder con un «sí» o un «no». Si se presentaba la tensión era que no, y si no se presentaba era que sí. Hubo un amigo y una amiga que me desaconsejaron guiarme de este modo. Pero yo tenía que experimentarlo...

Así me estuve guiando durante quince días aproximadamente, hasta que una nueva crisis tuvo lugar.

Estaba en casa de una amiga, hablando de temas espirituales. Le dije que a ella iba a pasarle lo mismo que a mí, a lo que respondió que no. En ese momento creí entender que al que le iba a pasar otra vez lo mismo era a mí. Ella me contó que como resultado de unas prácticas que había tenido hacía bastantes años, en una ocasión flotó un palmo por encima del colchón. A mí me espantó la idea, y no quise saber más. Salí de su casa, cogí el coche, y me fui en dirección a mi casa para volver de nuevo a la suya. Estuve otro rato hablando con ella, y me fui por segunda vez. Llegando a mi cochera, haciéndole preguntas al cuerpo, llegué a la conclusión de que las tensiones del cuerpo las provocaba yo mismo desde mi mente, y que no pasaba nada si no les hacía caso. En el momento en el que decidí no hacerles caso, un estado alterado de consciencia tuvo lugar. Yo me espanté: no quería tenerlo estando despierto, así que me metí en la cama, ya que quería que fuese durante el sueño. Y así sucedió. El núcleo principal de ese estado alterado me vino en forma de vivencia. Tuve una visión en la que había dos puertas, en principio una al lado de la otra, una marrón y otra negra. Digo «en principio» porque también la puerta marrón estaba dentro de la negra, y por otro lado la negra estaba dentro de la marrón.

Cuando desperté, tenía alternativamente estados alterados de consciencia o delirios, y momentos en los que estaba totalmente lúcido. Desde esa forma de estar en el lado mítico de la realidad contemplaba la lucidez, y desde la lucidez contemplaba la realidad mítica. Lo entendía, o creía que lo entendía, gracias al sueño que había tenido. Pasada la mañana, entendí que no podía pararlo yo solo, y me fui a la tienda-taller de mi padre. De allí nos fuimos a Mérida.

Esta vez me reconocieron en el hospital en vez de en el psiquiátrico: habían traspasado el pabellón de agudos donde estuve internado hacía cuatro años y poco. El llegar se me hizo eterno, debido a que no habíamos ido nunca allí. Se me antojaba como si esa realidad se estuviese generando de la nada. Al llegar a la entrada, había dos trabajadoras del hospital, quizá enfermeras o limpiadoras. Las miré, y luego miré hacia otro lado. A una se le cayó una moneda. Se repitió en mí un poco la sensación que había tenido en otra ocasión con el dinero. Escuché cómo la mujer se quejaba al agacharse, y cómo se mostró torpe al coger la moneda: tuvo que intentarlo al menos dos veces. Este acto de tardar demasiado en una acción se sumaba a lo eterno que había resultado llegar, y para mí, en esos momentos, era reflejo de un estado de ánimo interno.

En el hospital, tras una espera, me reconoce «R». Yo hablo poco, como es común en mí en estos estados. La charla con mi padre toma derroteros curiosos: en un momento dado, R interroga a mi padre como si este fuera el enfermo, y no yo. Le pregunta que por qué cree que yo estoy mal, y empieza a indagar sobre él. Mi padre se pone un poco a la defensiva, y yo, a la vez gratamente sorprendido y al mismo tiempo espantado, decido intervenir. Le empiezo a contar que había estado practicando canto armónico durante algún tiempo. Ella reconoce que no tiene ni idea de lo que es, pero dice que si va a repercutir negativamente en mí, que lo deje una temporada. Termina realizándome una sorprendente pregunta: «¿Qué quieres, ingresar en el hospital o irte para casa?». Le respondo que quería irme a casa. Me pusieron una inyección de Valium, y listo. Comí en casa de mi padre, y me eché la siesta. Por la tarde estaba bastante mejor, y al día siguiente estaba perfecto, así que me incorporé al trabajo inmediatamente.

Mi padre no estuvo en nada de acuerdo con el procedimiento de esta psiquiatra, pero yo estaba encantado: Era justo lo que necesitaba.

Un día o dos después del episodio, fui a ver a mi psiquiatra. Le conté que había tenido una crisis, y me dijo que habría que subir la medicación. Así, sin saber a qué era debido, si había bebido, si me había drogado o si, como era el caso, no me había estado tomando la medicación. Le dije que no estaba de acuerdo. «Siempre has confiado en mí», me dijo, a lo que le respondí que no, que nunca había confiado en él. Su mirada de circunstancias (quizá de tristeza) fue significativa. Aquella sesión no me la quiso cobrar, ya que abandoné sus pautas. No volví a visitar su despacho.

Conseguí que mi médico de cabecera me recetase Valium. Abandoné definitivamente el Risperdal, y estuve dos semanas automedicándome con Valium: la primera semana todas las noches, y la segunda solo las noches en las que tenía estados alterados. Después de estas dos semanas, volví a la aparente normalidad.

Recuerdo que una de aquellas noches de estados alterados soñé con el infinito. No puedo describir mejor la experiencia...

Le comenté a L todo este proceso, y le pareció bien. Dejé a partir de entonces de tomar medicación alguna.

Sobre estas fechas hubo un par de colegas que me recomendaron no hacer canto armónico. Consideré que no tenían ni idea. Al igual que con lo de las tensiones, era algo que creía que debía experimentar por mí mismo.

Cuando les conté un poco por encima a algunos de mis amigos que había tenido una crisis y que se alternaban realidad y fantasía, ellos lo relacionaron con los juegos de rol, responsabilizándose un tanto de lo sucedido. Yo les intenté explicar que no era así. En todo caso, mi fantasía tiene que ver con muchas de las vivencias tratadas en este texto, entre las que no se incluye, ni por asomo, dichos juegos. Hubo quien me vedó el participar en sus juegos. Yo por aquel entonces tampoco es que tuviera muchas ganas de jugar, pero... ¡Manda cojones!

Aquella primavera-verano tuve bastantes avances en lo personal, lo mismo que algunos retrocesos. En lo positivo, citar que afloraron las primeras emociones, primero en forma de tristeza, incluso en forma de llanto, lo cual consideré (y considero) que fue positivo. Comencé a ligar y, después de algunas aventuras pasajeras, entablé mi primera relación de pareja en seis años. Con su sexualidad correspondiente, claro.

En lo negativo, tuve algunas broncas con amigos y amigas. Era meridianamente claro en lo que decía, y eso no todo el mundo lo llevaba bien. También llegó a mis oídos que había quejas con respecto a mí porque sobreutilizaba el sentido del humor y eso no gustaba; y que pisaba a la gente en las conversaciones y me hacía imponer en una charla. Aunque al principio me contrariaron estas cuestiones cuando llegaban a mis oídos, intenté modificar mi conducta a este respecto.

También comencé a beber alcohol y a fumar porros de hachís y marihuana.

Tuve en ese verano otro estado alterado o delirio de relevancia durante una sesión de canto armónico. Estaba con los ojos cerrados, y percibí que un velo de oscuridad bajaba sobre mí y me cubría. Después, tuve consciencia de ser una masa informe flotando en la nada. Es como si esa masa que yo era estuviese compuesta de la niebla que hay en los televisores cuando no se sintoniza un canal, pero en volumen. Di un paso adelante y salí de ese estado. No «aterricé» del todo, y estuve así lo que quedó del día y todo el día siguiente. Pero no hubo más, el segundo día ya estaba bien y no tuve que recurrir a un ingreso para salir de ese estado.

Fui a visitar a L por segunda vez. Me dijo, con respecto a esta experiencia, que los científicos habían averiguado que la niebla que se ve en los televisores cuando no se sintoniza una cadena determinada eran ecos del Big Bang en forma de imágenes (a saber si esto es cierto). Me dijo también que una crisis psicótica es seductora: Cuando comienza, se vuelve como una bola de nieve y es difícil de parar. Acordó conmigo un pacto: si él me decía que había que parar, yo debía parar. Nos dimos la mano para sellar el pacto, aunque yo no estaba muy convencido al respecto. El resto de la sesión fue darme la razón en todos mis planteamientos, por lo que no la consideré muy provechosa, y pensé que a partir de ahí podía tirar yo solo principalmente. Fuera de la consulta me dijo que aunque los chamanes utilizan sistemas aleatorios para su toma de decisiones, quien debe tomar la última decisión es la razón.

Llegó el otoño, y con él, cierto caos. Mi pareja era bastante dejada y desordenada, y yo por aquella época también. A esto se sumó el que me pusiese a pintar el piso, lo cual se transformó al final en toda una remodelación del mismo. También tuve varias rupturas amorosas con mi pareja, no sé si dos o tres. Una de ellas fue debida a que soñé que volvía al psiquiátrico y yo lo asocié a mi relación con ella. También tuve dudas sobre si mis amigos lo eran de forma natural y espontánea, o si era debido a que les daba pena mi etiqueta de enfermo mental. También tenía dudas sobre si se hablaba bien o mal de mí a mis espaldas. Llegaron a mis oídos comentarios negativos de mis vecinos, de gente del barrio, de gente de Santa Amalia y de Magacela. Tenía dañada mi imagen pública, algo que en otros momentos me hubiese dado igual, pero que en aquel momento me dio mucho que pensar.

Con lo de pintar el piso, decoré las paredes de la salita-cocina con motivos de mi propia cosecha, símbolos primitivos y tribales que, en principio, nada significaban, ni siquiera para mí. Los pinté intuitivamente, guiado un tanto, quizá, por motivos que había visto repetirse desde la prehistoria, y que extraje del museo arqueológico de Cáceres. Los dibujos estaban compuestos de líneas verticales irregulares verde claro sobre un fondo verde oscuro. Un día que tuve sexo con mi novia vi en su cuerpo y en todo mi campo de visión dibujos compuestos por líneas verticales verde claro. Esta visión se prolongó bastante en el tiempo.

Un día de diciembre, andando con mi pareja por la calle, empecé a tener alucinaciones visuales: veía en su rostro el rostro de otras amigas y conocidas, por lo menos el de tres o cuatro en distintos momentos. No sé si fue al día siguiente o al otro, que realizamos un viaje a Madrid ya que consideré que estaba en mitad de una crisis. Quedé con L, y él dijo que nos recibiría esa misma tarde. Al principio condujo mi pareja, pero más adelante cogí yo el coche.

Durante el viaje tuvimos una fuerte discusión con insultos hacia ella por mi parte. La llamé gorda en varias ocasiones, y en un momento dado le solté que lo que pretendía era quedarse embarazada de mí para romper conmigo después y quedarse con el niño, la casa y el coche. Mientras lo decía escuché los armónicos en mi voz. En un momento dado, di la vuelta y me dirigí de nuevo a Don Benito. Mi pareja no se dio cuenta hasta más adelante. Me surgió la idea de irme a vivir a Argentina, y comencé a hablar de ello. La charla estaba mucho más calmada y estábamos reconciliados. Lo de Argentina surgió porque yo ya no estaba seguro de mis amigos y estaba harto de que se hablara de mí, y quería irme a un lugar totalmente nuevo donde no tuviese la etiqueta de enfermo mental. También tenía la idea de que España iba a caer tanto como Argentina lo hizo en su día, y me quería ahorrar todo ese proceso ya que consideraba que yo ya había vivido un proceso personal similar. Creía que los países debían caer para, al reconstruirse, hacerlo con estructuras más horizontales, y Argentina representaba ese nuevo modelo social anhelado por mí. Le dije a mi pareja que la dejaría el coche cuando me fuese a vivir allí. En un momento del viaje llamé a mi psicólogo y le conté que ya no iba a asistir a la consulta, que me disculpase, y le comenté mi plan de irme a vivir a Argentina. Él se sorprendió un tanto, y yo le expliqué que entendía que lo mismo era una decisión tomada en mitad de una crisis y que no me iría hasta pasadas las navidades. Él lo vio bien.

Al finalizar el viaje, ya en nuestra ciudad, en un bar, mi compañera de aquel entonces fue suavizando en mí la idea de irme a vivir a Argentina. Primero pasó de convencerme sobre no realizar el salto de golpe, sino a través de una ONG, para después pasar a pensar que podía ir de vez en cuando a ayudar, hasta que al final la idea me abandonó definitivamente.

Cuando salió de mí la idea de irme a Argentina, tuve la misma sensación que cuando tuve en Magacela el pensamiento de irme a Don Benito, luego a Santa Amalia, y luego otra vez a Magacela.

Días después, realicé un último viaje a Madrid para ver a Villaescusa. Me recibió en su consulta, que por entonces estaba en la calle de la Fresa, y le dije que iba a prescindir de sus servicios. Me dijo que de acuerdo, que entonces no teníamos nada más de lo que hablar, pero que se quedaba con ganas de saber cómo había seguido mi proceso, a lo que respondí encogiéndome de hombros, diciéndole algo así como que no podría saberlo.

Creo que ya le había dicho por teléfono que iba a prescindir de sus servicios, y el tipo dejó que viajara a Madrid tan solo para que se lo repitiera allí y zanjar la cuestión en persona, cosa que podría haber hecho perfectamente por teléfono y haberme ahorrado el viaje. Cutre hasta el final.

Durante los siguientes días estuve mucho en cama con estados alterados o delirios. Recuerdo una noche que estaba en la cama y mi pareja de pie. Tenía unas setas alucinógenas que había cultivado yo mismo. Tomé la resolución de comérmelas y así se lo hice saber a ella. Me levanté, y cuando me acerqué a las setas, la idea desapareció en mi cabeza. En ese momento me puse a tirar a la basura toda una colección de cactus, la mayoría alucinógenos, que me había dado un antiguo amigo. Ella me ayudó, y quise tirar las setas también, pero ella me dijo que me las iba a guardar.

No sé si fue en otro momento de aquella noche o fue otra noche, que tomé la resolución de coger un cuchillo y matar a mi pareja. Me levanté, fui hacia la cocina, y en ese momento la idea se deshizo en mi mente (menos mal).

El estado alterado más fuerte de aquellos días lo tuve una mañana en la que vivencié el supuesto arquetipo femenino. Esta experiencia es intraducible a palabras para mí.

La única testigo plena y acompañante de aquella crisis fue mi pareja. Uno de los días que fuimos a un bar me tapó la cabeza con una cazadora y me guió a oscuras. Esto se me asemejó a un ejercicio de los talleres de respiración en el que participé hacía años. No sé si tuvo esa lúcida idea espontáneamente o si la había cogido de algún lado. De esta forma, yo me sentí seguro teniendo aquella serie de delirios con ella.

Al final, conseguí salir de aquella crisis. Recuerdo cómo esa misma tarde, después de haber dejado atrás mi inestabilidad, me dirigí a casa de un colega, y me dio a fumar una marihuana muy fuerte. En ese momento me atrapó de nuevo el estado alterado o delirio, y me fui de su casa. Consideré que esto pasaba de castaño oscuro, que no podría salir sin ayuda, y me encaminé hacia la tienda de mi padre. El camino era eterno, parecía que el tiempo no existía y que no avanzaba nada, en especial por una zona de árboles que había en el camino. Al final, llegué, y esta vez sí, me ingresaron en el hospital de Mérida.

Un nuevo internamiento

No sé qué hubiera sucedido si no hubiera fumado aquel porro. Lo mismo podría haber aguantado bien sin medicación, teniendo a lo mejor crisis de vez en cuando... aunque veo a un amigo al que le pasa algo parecido, y no sé si es lo que quiero, no solo por las crisis en sí, sino por las peculiaridades en la forma de ser, las cuales llevan al aislamiento social...

L me dijo en una ocasión que él había tenido dudas con respecto a mi caso, y que se lo había consultado a un maestro zen que tenía en Valencia sin mencionarle mi nombre. El maestro aquél le dijo que si no tenía problemas de sociabilización, entonces no era locura.

En la planta de salud mental de Mérida hice buenas migas con los que, como yo, estaban internados; incluso con algún trabajador, pese a que cierta sección de ellos no se portaban bien con nosotros. Por ejemplo, cuando me desperté la primera mañana, no hice la cama, y otro interno que estaba allí se dio cuenta. Él la estuvo haciendo todos los días hasta la fecha, y aquel día decidió no hacerla. A él le echaron una bronca monumental y a mí no me dijeron ni pio. Todo según los caprichos del o de la trabajadora de turno, que en este caso no quería hacer más camas de la cuenta y mantenían una actitud de abuso de autoridad sobre nosotros. Pero eso hacía que nos uniéramos y que planteáramos estrategias.

Uno de los fallos gordos de esta planta era la prohibición de fumar. Esto hacía que los problemas de los internados fumadores se agravasen debido a la ansiedad generada, aunque parece que a los profesionales eso les daba igual y no hacían nada para solucionar dicha situación (con habernos dejado salir al patio vallado que había pegado a la planta hubiese bastado); parece que estaban más ocupados y que disfrutaban más imponiendo normas que solucionando problemas. Pero, como ya digo, nosotros nos buscábamos las habichuelas, de tal forma que el tabaco que teníamos lo compartíamos y nos turnábamos para fumar mientras otros vigilaban. La resistencia era esencial para no pasar por el aro en todo lo que te decían. Yo llegué a tener mi teléfono dentro de la planta con conexión a internet, y me quedaba hasta tarde hablando o leyendo libros metiendo un sillón en el cuarto de baño de mi cuarto para no molestar con la luz al compañero. A esas horas, las trabajadoras me llamaban la atención diciéndome que era tarde y que tenía que dormir, pero no insistían demasiado. «Se las sabe todas», las escuché decir en una ocasión.

El primer día estuve muy cabreado, porque creía que ya me encontraba perfectamente y me tenía que quedar más tiempo. Recuerdo estar andando por el pasillo de la planta. Iba al lado de un señor, y una mujer mayor venía de frente. Yo no tenía intención de apartarme, y la iba a embestir. El señor me cogió del hombro y me hizo desviar la ruta. En aquel momento lo achaqué a su capacidad intuitiva, aunque puede que se me viese venir. A partir de ese momento le tomé como referente.

Él y yo hablábamos la mayor parte a través de la simbología y la metáfora. Lo primero que me dijo en aquel pasillo fue: «Tú has tenido una experiencia interna». Lo decía haciendo un gesto de introspección con las manos. Le dije que sí, y me dijo que él había escrito varias cosas sobre el tema.

Me pusieron con el doctor «T». La primera sesión con este psiquiatra me espantó un tanto: parecía que sabía muchas cosas de mi vida, aunque luego llegué a la conclusión de que solo sabía lo que había en los informes. Comencé diciéndole que había estado en manos de un psicólogo espiritual, y me dijo que por qué no había recurrido a él, que si no sabía que ellos (los psiquiatras supongo que biologicistas, que creo que eran la mayoría de los trabajadores de ese centro) se podían sentir dolidos. No le respondí, pero por dentro la cuestión me importó una mierda.

T continuó haciendo un repaso de mi historial psicológico. Se remontó a mis primeras consultas debido a mis problemas con la sexualidad, y me habló de mi primera novia. No sé si todo este material venía de haberlo confesado en mi primer internamiento, o si se lo facilitó mi primera psicóloga. De ser este último el caso, no sé si sería correcto haberlo hecho debido al derecho a la privacidad en mis consultas.

T enlazó el caso de mi primera novia con el de mi actual relación. Me interrogó sobre esta última, y me preguntó si le atraían los temas espirituales. Le dije que sí, y empezó como un idiota a enumerar técnicas espirituales. «Yo también sé de espiritualidad. Conozco el yoga, el taichí, el tarot...», decía. Cuando empezó esta enumeración sin ton ni son, me empecé a escamar. Creo que lo hacía para ponerse en mi terreno, lo mismo que L me dijo que había tenido un brote psicótico con el mismo fin, o la psicóloga que habló conmigo en mi primera crisis dijo que ella consideraba sabio al cuerpo.

Terminó diciéndome que yo había acabado con esta última pareja por sus gustos espirituales, y que siempre buscaba eso mismo en mis parejas. Eso me hizo reflexionar, pero, meditándolo con posterioridad, llegué a la conclusión de que no era así dado que cuando conocí a esta chica no hablamos siquiera del tema. Este psiquiatra parecía ir de listo y lo que pretendía era que cambiase totalmente de enfoque. El caso es que con los años lo he cambiado, pero no gracias, precisamente, a su hacer chapucero, sino más bien a su pesar.

En la siguiente sesión le dije que había recapacitado y que me pondría en manos de un psicólogo que no fuera espiritual, ya que la espiritualidad era una cosa y ser psicólogo otra, y no había que mezclar ambas cuestiones. Lo dije porque quería salir de allí cuanto antes, y eso era lo que él quería oír. Efectivamente, me dijo que eso estaba muy bien, y que era como había que pensar. Me dijo que había mejorado. Menudo hijo de puta.

Un día, estuve hablando con una profesional de la planta. Creo que era la mujer de T, aunque no sé qué puesto desempeñaba. Le dije que yo era un enfermo, a lo que ella respondió que sí. Le dije que normalmente los enfermos, cuando se quieren ir a su casa, pueden hacerlo sin problemas. Ella me respondió que era correcto. Le dije que entonces yo me consideraba un preso ya que me habían privado de mi libertad y no dejaban que me fuera a mi casa cuando yo quisiera. Me dijo que, precisamente por ese planteamiento, estaba yo aquí.

Estuve pensando en hacer huelga de hambre, pero el señor con el que congenié tan bien me hizo desistir. No merecía la pena, y lo más probable es que me pusieran una sonda.

Creía que iba a salir para Nochebuena, pero llegó el día y me dijeron que no iba a salir. Me enteré durante la visita de los familiares, y me pillé un berrinche monumental. Les estuve hablando entre llantos a los familiares de lo mal que nos trataban, y llegó una enfermera que se puso a echarme la bronca por estar llorando. «¡Que no se vuelva a repetir!», me decía. Yo les dije a los familiares a grito pelado: «¡¿Veis?! ¡Ni llorar nos dejan!». Los familiares me dieron la razón, y la enfermera quedó un tanto en entredicho.

Después de la visita, comencé a andar por el pasillo yo solo como un loco, escupiendo al suelo y realizando canto armónico, haciendo caso omiso a compañeros y enfermeras. Ellas terminaron tomando nota, y a mí, la verdad, me importó bien poco lo que hicieran.

Como resultado de la escena en la visita, y más bien debido a la profesión de mi padre, los del centro tuvieron la «consideración» de dejar que este pasase la Nochebuena con nosotros. Y pongo consideración entre comillas porque me pareció éticamente reprochable, y no sé si directamente ilegal. A mí, que mi padre pasase la fiesta conmigo me daba exactamente igual; yo lo que quería era estar fuera y pasarla con los colegas, amigos y pareja. No solo no me reportó nada positivo, sino que fue negativo para mí. El padre de un compañero de la planta le visitó aquel día después de haber estado cuatro años sin verle debido a cuestiones que no voy a tratar aquí. ¿Por qué mi padre sí podía estar esa noche allí y no el padre de ese compañero? Era una pregunta que no solo yo me hacía. ¿Y por qué mi padre y no mi madre? Porque pertenecía al ramo.

Como decía, esta cuestión me reportó consecuencias negativas, ya que ese compañero que tanto tiempo se pasó sin ver a su padre quizá lo necesitara más a su lado que yo al mío. Su trato hacia mí después de aquello se enfrió, y me jodió un montón. A lo mejor a mi padre le pareció buena idea, pero el que estaba allí internado era yo, y un trato de favor puede ser mal visto entre iguales, como así sucedió.

Y, al fin, llegó el día del alta.

Un poco más rápido que los camiones

Durante los días siguientes, ya en libertad, se desató en mí una forma de pensar paranoica. Denuncié a una antigua amiga por una serie de mensajes en facebook a medias bienintencionados a medias ácidos y llenos de reproches. En aquel momento me lo tomé como una gran ofensa y como que me estaba acosando aunque, hoy en día, releendo aquellos mensajes, mi óptica es otra bien distinta. El caso es que tramité la denuncia en la comisaría de policía, donde, por cierto, se portaron bastante mal conmigo.

Por aquellas fechas creí que había policías por mi barrio vigilándome. Esto provocó un comportamiento inusual en mí, por lo cual puede que al final efectivamente me vigilaran (o no). Me desapareció un libro que me había dejado mi por entonces de nuevo ex pareja. Lo achaqué a que, o bien ella o bien la policía había entrado en mi casa para llevárselo. Le dije a ella en tono calmado que si a alguien se le ocurriera la idea de entrar en mi casa sin mi permiso, le mataría. También se lo comenté a un amigo. Fui a la policía a poner una denuncia, pero me hicieron desistir. Después, comprobé que no solo me había desaparecido ese libro, sino que tampoco aparecía un cuaderno con relatos y reflexiones personales en donde guardaba los dibujos automáticos que hiciera en Magacela. Mi paranoia fue en aumento. Cuando no pude más, estallé, y puse esto en facebook, enviándoselo también por correo electrónico a todos mis contactos:

«Alejandro

una vez puesta una denuncia, esta gente de la ley estudia tu facebook. si no recuerdo mal, lo abrí la primavera pasada, y desde entonces facebook habrá guardado todo lo que he publicado, aunque lo haya borrado, por si soy un delincuente o alguien peligroso, o para estos casos, vamos. Vale. resulta que según mis publicaciones y todo lo que he ido poniendo, se podrá deducir, deduzco, que he estado vi...nculado a grupos neonazis, islamistas radicales, taoistas, la iglesia católica, izquierda unida, psoc, pp, anarquistas, 125m (con publicaciones a favor y en contra, por supuesto_), cosas a favor y en contra de las mujeres, cosas a favor y en contra de los hombres, filosofías extrañas, budismo, induismo, setas alucinógenas, esquizofrenia... porque claro, cuando a alguien lo etiquetan como a un esquizofrénico, todo es posible, y nadie se va a enterar en un juicio por donde ando... es que estoy loco, copón!!! pero como osais meteros con un loco? uno de esos locos que puede hacer cualquier cosa, que van por la calle, sueltos, y son capaces de todo... son capaces de, hasta, si alguien entra en su casa sin que sea invitado, matarlo a sangre fría... buenom, eso sería un psicópata, pero puede haber locos psicópatas, yo que sé... de verdad qué miedo, qué prejuicio, el vuestro VUESTRO PUTO PREJUICIO LO HUELO, ME HIERE UNA Y OTRA VEZ, ME ESTÁ JODIENDO LA VIDA ESA COSA QUE ALETEA EN VUESTRA MENTE y claro, pues me siento mal. siento tanto dolor, con vuestras miradas huidizas, con eso de que no sabeis nada de mí porque no os acercais a conocerme, porque teneis miedo... TENEIS MIEDO DE UN POBRE RATONCILLO!!!!y es que antes que cazador, soy recolector. recolector de pensamientos, de ideas, de imágenes, de tesis, de texturas. de verdad que estais locos para llamarme loco. y lo gracioso de todo es que oficialmente lo soy. quien será el que esto escribe? lo dira todo en serio, en broma, hay amenazas implícitas o explícitas en sus letras? esto es terrible, esta incertidumbre, es que en cualquier momento

podemos morir y no habremos hecho lo que siempre soñamos haber hecho. cómo le vas a decir a un perro que no ladre, a un lobo que no ahuya, a una hiena que no defeque, al sol que se oculte según tu voluntad? cómo te atreves, cómo osas de querer embotellar el aire, la lluvia, el alegre trinar de un canario, la belladona está ahí... cómelña!!! sé feliz, copón. Y si para ser feliz tienes que undirme en la misera, adelante, contrincante. yo siempre voy a aprender, yo siempre voy a estar en peligro de muerte, de aqoso y de preocupaciones a las que enfrentarme. Todo eso me hará sabio. puedes decir lo mismo?

»Alejandro

pobre chico,k sigue desvariando. habrá que hacer algo. habrá que hablar con su padre. habrá que internarle aunque sea con orden judicial...

»Alejandro

ni que todo hubiese estado planeado de antemano, joder

»Alejandro

ahora direis que no fue así. ahora intentareis mentirme otra vez. ahora me insultareis de nuevo a la cara. recuerdo todas y cada una de vuestras miradas huidizas, recuerdo todas y cada una de vuestras risas nerviosas. VUESTRO MIEDO Y VUESTRO PREJUICIO, YO LO HE VISTO. así que no me digas que no fue así, no me insultes, no me recuerdes que estuviste ahí, que fuiste a verme, a ver al pobre enfermo d...e alejandor, que fuiste tan bueno o buena, que llamabas a mi padre preocupado por mí, o que estuviste en el psiquiátrico de mérida a verme. VETE A TOMAR POR EL PUTO CULO, DESPRECIO TODA TU PUTA COMPASIÓN, DESPRECIO CADA UNA DE TUS NOCHES SIN DORMIR POR MÍ Y DESPRECIO TU DOLOR, PORQUE FUISTE TÚ QUIEN DIJO QUE ERA UN ENFERMO. diosssss, cuando olia todo esto, solo deseaba que llegase este día, que pudiese decdir tranquilamente lo que pensaba. Y es que me da igual. Ya sabes que te he visto, y si me vuelves a mentir, lo sabré. así que te ahorras tu falsa compasión y te la metes por tu puto culo de buena persona.

»Alejandro

esa lanza en el corazón que tenía, tan grande tan grande... tan grande porque estaba compuesta de muchas lanzas, cada una de vuestras lanzas formaban es a lanza. y ahora... ahora esa lanza está en vuestro corazón. os la he devuelto. no era mía. era tuya. hablo de ti. y esto se llama aikido»

.....

Una vez realizadas estas declaraciones, estaba en un estado difícil de describir. Por la tarde fui a un ciber y desde allí me conecté a facebook. Me habló una persona que conocí en Zugarramurdi aquel verano, y que durante aquellos días se mostraría como un buen amigo. Lo primero que hizo fue mostrarme la página de un poeta español que se había pasado casi toda su vida en psiquiátricos (creo que se trataba de Panero). En ese momento rompí a llorar, y él me estuvo hablando un rato. En aquellos momentos creí que la policía había colonizado todo mi facebook, y que esta persona en verdad era un policía «de los buenos».

A veces escribía cosas que después borraba sin publicar. Eran mensajes para la policía. Un tiempo después, puede que un par de años, leí una noticia sobre el funcionamiento de facebook que decía que guardaban incluso los mensajes que no se publicaban si superaban las tres palabras. Puede que debido a la serie de mensajes que he puesto en este texto con anterioridad, o puede que debido a alguna de las acciones que haría después, me hicieran un seguimiento; o puede que no. Pero de ahí a que todo el que me hablase en facebook o todo el que me comentase algo fuera la policía, va un buen trecho. Bueno, era lo que creía en esos momentos, llevado por mi paranoia.

Un día me estaba duchando en mi piso. Terminé, y me puse el albornoz; y solo de esta guisa bajé al garaje a por el coche y me fui. Creía que me habían puesto micrófonos por todos lados, por eso iba solo en albornoz.

En mi viaje, pretendía ir a Zugarramurdi, en Navarra, donde pensaba que un pueblo con otra mentalidad y una sociedad horizontal recogería a una persona como yo que quería entrar en el «nuevo mundo». Sobre el trayecto decidí que debía dirigirme a Hervás, al norte de Cáceres. Esto sucedió así porque días atrás había hablado con un abogado para que me asesorase sobre la denuncia que le había puesto a mi antigua colega, y al darme indicaciones sobre cómo llegar a su despacho, me había dicho que cogiese la rotonda de «todas direcciones». En el momento del viaje, interpreté esto como una pista encubierta que me había dado porque el teléfono estaba pinchado, y creí que su intención era que me dirigiese a Hervás, dado que yo le conocí un fin de semana en el que dijo que él se iba casi todos los fines de semana allí «porque había otro ambiente».

Conduciendo hacia allá, se me hizo de noche, y comencé a utilizar el alumbrado del coche de una forma peculiar: iba con las luces apagadas para que no me localizara la policía, pero cuando me cruzaba algún coche las encendía para no levantar sospechas. Por la autovía me pitaban los camiones y me daban con las luces, cosa que yo interpretaba como que me estaban dirigiendo. Al adelantar a un camión a toda velocidad, este se desvió un poco hacia mi carril. Esto lo interpreté como que a los camioneros les fastidiaba que un vehículo les rebasase a demasiada velocidad por encima de la suya, así que al ponerme detrás de un camión para adelantarle, bajaba la velocidad hasta que estaba solo muy poco por encima de la del camión, y rebasándole lentamente para luego acelerar y ponerme otra vez a toda velocidad.

Una vez en Hervás, aparqué el coche y me metí en un bar (recordemos que iba solo con el albornoz puesto). Allí había unos hombres con camisa de cuadros, y nos intercambiamos lo que yo pensé que era una significativa mirada. Salí del bar, dejé que se me callera el albornoz en la calle, y, desnudo, comencé a andar. Creo que dejé las llaves del coche en el mismo o en el

albornoz. Un hombre, al salir de su cochera, empezó a increparme, así que me puse a correr hacia las afueras del pueblo. Conforme todo se volvió bosque, fui andando por las traseras de unas casas hasta que me paré frente a una puerta metálica tras la que se escuchaba actividad. Así, desnudo, seguro que no tenía micrófonos ni sistemas de seguimiento que alertaran a la policía de mi situación. «Unas personas comprensivas de este pueblo seguro que me acogerán para comenzar una nueva vida», pensaba.

Llamé a la puerta y abrieron. Una mujer gritó al verme. Me dijeron que esperara, cerrando la puerta. Al poco, unos hombres me invitaron a pasar. Me dijeron que estaban ensayando unas sevillanas, pero yo creía que me estaban esperando. Me dieron unas mantas, y me invitaron a ponerme al lado del fuego. Al poco, llegó alguien de Protección Civil y dos guardias civiles. El de Protección Civil, que fue el que primero llegó, se puso a hablar conmigo junto con los que me habían acogido. Me dijo (no recuerdo si el de Protección Civil u otro) que él también se reveló a su padre hacía años, y que había estado andando durante varios días hasta llegar a Portugal. Me dijo que al final, él y su padre habían arreglado las cosas, pero que la relación nunca fue igual. Estas palabras me tranquilizaban, y me hacían ver que estaba entre gente que estaba en sintonía conmigo.

Me condujeron al centro médico del pueblo. Allí había dos profesionales, hombre y mujer. Me cubrieron con una sábana que parecía papel albal para que no cogiese frío, me hicieron tumbar en una camilla, y comenzaron a hacerme preguntas. Al principio mis respuestas eran escuetas. Las preguntas eran del tipo «¿Dónde vives?», «¿De dónde eres?», «¿Dónde naciste?»... Se empezaron a centrar en mi barrio de Fuenlabrada, donde me crié. Entonces me solté. Les dije mi dirección de infancia, que vivía al lado de la fuente de las escaleras, y que si subían por la Avenida de las Naciones llegaban al centro comercial «Fuenlabrada 2». La pareja de guardiaciviles estaba presente, y creo que también el de protección civil. Uno de los presentes dijo: «...y más allá se encuentra Móstoles, y al otro lado Leganés». No sé si esta persona lo supuso y dio en el clavo, o había vivido o estado también en Fuenlabrada en alguna ocasión; el caso es que era cierto, detrás del «Fuenlabrada 2» se encontraba la carretera que conducía a Móstoles... En esos momento, evidentemente, yo pensaba que él, o había vivido en Fuenlabrada, o me conocía de alguna manera y tenía al alcance estos conocimientos sobre mi vida, o había llegado a un sitio en el que ese tipo de conocimientos personales se comprendían de alguna forma.

Llegó entonces un hombre al que habían enviado los médicos. Me trajo ropa más o menos de mi talla, y me dijo que me había visto hacía años andando por el puente con un antiguo amigo mío de Hervás. Luego, el guardiacivil masculino se puso a hablar conmigo, y yo razoné bastante bien con él. Parecía que médicos y profesionales estaban bastante de acuerdo en que no estaba mal. Hablando con el guardia, llegamos a un punto en el que me dijo: «Te vas en la ambulancia, sí o sí». Seguí razonando con él, a lo que enmendó su propuesta: «Te vas en la ambulancia o te vas en tu coche, sí o sí». En ese momento, me dio por oponerme, y dije: «No». Entonces, volvió a su propuesta anterior y me dijo: «Te vas en la ambulancia, sí o sí». Comprendí que no me quedaba otra y que había desaprovechado una importante oportunidad para no ser internado. Entonces dije: «Sí». Pedí antes ir al baño, y una vez dentro intenté atrincherarme y ponérselo difícil, pero el habitáculo no cerraba por dentro, y abrieron con facilidad.

Más movida

Pasé unos días en la planta de salud mental de Plasencia, y luego me trasladaron a la de Mérida, donde estuve un tiempo más. De lo acontecido en la planta de Plasencia, poco o nada tengo que comentar.

Durante mi permanencia en Mérida, y debido a mi paranoia, no quería ver ni a mi padre ni a mi madre. Ella, mi madre, se las ingenió para que accediera a verla diciéndome que si no estaba con mis padres durante la visita, el psiquiatra iba a tardar más en darme el alta al ver en esa postura algo contrario a mi mejoría. Mediante este embuste que en aquel momento me tragué, pasé por el aro. También me escribió una carta bastante emotiva, en donde me hacía recomendaciones bienintencionadas mezcladas con otras que no lo eran tanto, como su deseo expreso de que no publicase nada de lo que había escrito. La llevaba clara. Ni qué decir tiene que esta recomendación me pareció atroz, y más en el tipo de carta que era.

En esos días conocí a un chico cercano a mi ideología. Su padre era abogado, así que pedí hablar con él sobre la denuncia que había hecho. En la charla, me hizo entender que era una tontería y me recomendó retirar la denuncia.

La medicación que nos daban la iba escupiendo todos los días, hasta que un día me pillaron. Creo recordar que fue la causa de que me atasen a una cama, aislándome del resto. La profesional que creo que es pareja de T, mientras me llevaban entre dos enfermeras a la habitación, se dispuso a ponerme dos pinchazos mientras decía: «Estos dos líquidos no deben mezclarse». A mí la frase me pareció amenazadora en esos momentos, y hoy en día no sé bien qué pensar de ello.

Durante la noche que permanecí atado, me entró sed. Pedí a gritos agua. Había dos enfermeras enfrente de mi habitación que me estaban escuchando de sobra, pero iban a su rollo charlando entre ellas sin hacerme ni puto caso. Me ponía a decir palabras que había aprendido del chino y el árabe, y ellas se reían de mí, diciendo en tono irónico y despectivo: «Huy, lo que sabe». A la media hora apareció una de aquellas hijas de puta con un vaso de plástico con agua y una pajita rosa. Lo rechacé porque pensaba que beber de una pajita rosa me hacía femenino, y por dar por culo, dada la pequeña tortura a la que me habían sometido. Seguí pidiendo agua, al poco volvió la misma enfermera con agua en el mismo formato, y, al fin, bebí.

Mientras permanecí en esa habitación atado y aislado, escupí todo lo que pude, hacia la cámara de vigilancia sobre todo, pero también a todo mi entorno. En varias ocasiones pude liberar mis manos, aunque mis pies no. Otro internado me dijo en una ocasión que él podía liberarse de los pies, pero no sé si creerlo.

Me liberaron después de un par de días, y como premio a haber rechazado la medicación estuve recluido en la planta veinticinco días.

En una charla nos hablaron sobre personas que no podían vivir en sociedad y que decidían estar internados de por vida. Un chico que conocí en la planta me dijo que cuanto más dentro, mejor. Esto contradecía lo que me decía L en sus sesiones, pero lo acepté, no sin cierta duda y temor. Le comenté a T lo del internamiento, y él dijo que no me veía tan mal como para internarme, que debía vivir en sociedad y que a él también le costaba enfrentarse a la vida, pero lo hacía todos los días. En el fondo me alegré de que no me internaran, aunque la duda me siguió rondando la cabeza, porque este hombre no me había convencido demasiado dada su poca credibilidad y sus malas formas.

Al fin, salí de nuevo. Fui a los juzgados a retirar la denuncia e intentar enderezar el entuerto, y me dijeron que no les había llegado nada. Supongo que al no haber delito alguno, ni siquiera procesaron la denuncia desde la comisaría.

Mi padre tenía las llaves de mi coche y se negaba a dárme las debido a la recomendación del psiquiatra al respecto. Le amenacé con que tenía contactos peligrosos entre los gitanos, por un lado (cosa que era falsa), y por otro con que iba a ir a comisaría a ponerle una denuncia. Salí encaminado hacia la comisaría, aunque no llegué. Al día siguiente me dijo que había ido a comisaría después de irme yo, y que le habían aconsejado. Las llaves del coche las tenía en el buzón de mi casa. Y rompió a llorar. Personalmente, no deseé haber llegado a ese punto.

Un día fui al ayuntamiento y vi que había unas hojas para proponerle cosas al mismo. Rellené una de ellas solicitando más fuentes públicas donde poder beber, y que el agua no saliese ni demasiado fría ni demasiado caliente.

Mi padre me había prohibido hacer más obra en el piso, por lo que pensé en protegerme, primero de robos, y segundo de un posible desalojo. Encargué una verja de hierro para ponerla en el vestíbulo. Una vez en casa llegué a la conclusión de que a quienes se lo había encargado eran de una empresa falsa y en verdad se trataba de policías, por lo que desestimé la idea. Bajé a la calle a llamar a los que yo creía supuestos herreros. En la calle había un coche con un hombre mayor vestido de cazador, y creí que al mirarme asentía. Pensé que era un policía de secreta y que aprobaba mi decisión interna de dar marcha atrás a lo de la verja. Llamé, y cancelé el pedido. A partir de ese momento adopté la costumbre de dejar la puerta del piso abierta cada vez que salía para que los cabrones que me habían robado cogieran lo que les diera la gana, dejando a la vista en el vestíbulo un hacha de cocina sobre una tabla de madera con el fin de amedrentarlos (los últimos días dejaba también una pata de un ciervo o similar que me había encontrado en una de mis excursiones); y, cuando estaba en casa, sobre todo cuando me iba a dormir, apuntalaba la puerta con las maderas de mi txalaparta.

Un día bajé al garaje y me puse a apuntar las matrículas de los coches del mismo en una biblia, hasta que entró alguien. Luego salí, y me puse a andar, primero por mi barrio, y luego por calles cercanas, diciendo en voz alta las matrículas de los coches que había en la calle. Hacía como que las estaba memorizando.

Había impreso mis relatos cortos en una copistería, y los estaba grapando en una habitación de mi casa poco a poco según los iba vendiendo. Un día cogí el montón de folios, junto con una revista porno y una pequeña nota que decía: «Tengo memorizadas más de treinta mil matrículas de coches de Don Benito. El vecino del cuarto», y lo tiré todo por el balcón. Abajo había una vecina de otro bloque con la que me llevaba bien. La callé se llenó de folios escritos. Bajé a la misma, y puse los manuscritos grapados que me quedaban en algunos coches. Me adentré un tanto en el parque de las albercas y me senté en un banco a esperar. Llegó una ambulancia que se puso al otro lado del mismo. Quizá viniesen a otra cosa, pero en esos momentos creí que venían a por mí, y que se habían puesto allí para que no me «mosqueara». Veía cómo la gente al pasar se quedaba mirando los folios del suelo, y los dueños de los coches donde había dejado mi manuscrito lo cogían, lo miraban, y lo tiraban al suelo. Al rato, me aburrí de contemplar la escena y me fui. Cuando volví por la noche, ya estaba todo recogido.

Otro día fui a podarle el limonero a mi padre. Puse en práctica una técnica que se me ocurrió durante la crisis que me llevó al internamiento de navidades: mediante el trenzado de ramas conseguía aunar varias de estas en una más gruesa. Si hubiesen permanecido así, con el tiempo se hubieran terminado soldando entre sí, adoptando formas bonitas. Otro resultado que obtenía con esta técnica era que las ramas se combaban, abriendo la estructura del árbol. Una de las ramas la guié horizontal por lo alto de la tapia ayudado de un taladro para realizar una sujeción en la pared. Apenas sí corté alguna rama. Según iba avanzando, mi padre fue discutiendo conmigo cada vez más acaloradamente: que si me estaba quedando sin amigos, que si estaba respondiendo de malas maneras a conocidos y familiares en común... De repente se puso estricto y dijo que dejase lo que estaba haciendo, que había que comer y que la comida ya estaba puesta. Yo le dije que tenía que terminar la tarea. Nos enzarzamos un tanto. Me dijo que parecía que tenía últimamente las cosas demasiado claras, y observó que estaba haciendo una obra de arte en el árbol. Bajé de la escalera y entré en la cocina. Vi que era mentira, que todavía no estaba la comida, y fui a finalizar el trabajo en medio de una bronca. Terminé haciendo una espiral ascendente con una rama ayudado por un alambre.

Durante la comida continuamos discutiendo. Propuso pagarme el trabajo, y le dije que ciento y pico euros dado que era una obra de arte. Se indignó sobre manera, subió a por el dinero y me dio menos, ciento y poco. Le dije que era más, y entre gritos me dijo que no tenía más. Mientras salía de su casa continuó la bronca diciéndome que era una vergüenza que un hijo le cobrase a su padre, cuando fue él el que se ofreció.

Con ese dinero me fui de viaje a Hervás (no me quedaba más dinero que el que le había arañado a mi padre). Llegué bien entrada la noche, y me dirigí al centro de salud para saludar a los médicos que me habían atendido. Las puertas transparentes estaban cerradas, por lo que llamé con los nudillos. Al fondo había un biombo del que salió una mujer. Al apartar el biombo para salir, se vio que se acababa de levantar de una camilla. Comprendí que esa señora estaba para atender urgencias, así que decidí no molestarla más y me fui.

Salí del pueblo con el coche tomando una carretera menor. A la salida de Hervás vi montones de grandes troncos apilados a la derecha de la carretera con unas sujeciones en el suelo en forma de estaca. Si se quitaban estas estacas, los troncos rodarían inundando la carretera, por lo que deduje que se trataba de un sistema de autodefensa del pueblo. Consideraba que había algunos pueblos que tenían un sistema de gobierno horizontal, y que esta forma de gobierno se estaba extendiendo silenciosamente, manteniéndose en secreto el pueblo que así se regía y colonizando o intentando colonizar otros ayuntamientos. Esta forma de pensar se iría asentando en mí conforme fuera «viendo» otros indicios.

Llegué a un pueblo llamado «La Garganta». Aparqué el coche y me dispuse a continuar andando por la carretera. Hacía un frío que pelaba y no tenía ropa de abrigo, por lo que me enfundé el traje de agua que llevaba en el maletero. La verdad es que me hizo un buen apaño, y descubrí que ese tipo de ropa aislante quitaba más el frío que una prenda gruesa. Bajando por la carretera, llegué a un sitio en el que me esperaba una sorpresa. Un animal, en la espesura del bosque, comenzó a bufar. Parecía el gruñido de algún gran felino. Me subí a un árbol esperando el ataque del bicho. El animal continuaba gruñendo. De que pasó un rato, comprendí que la situación había que solucionarla de algún modo, así que me bajé, y me eché la mano al bolsillo donde tenía un destornillador para defenderme. Vi que tampoco era lo que había que hacer, así que adopté una posición que me había enseñado un amigo para que los perros no atacasen (brazos en jarras y piernas separadas), desafiando a la oscuridad. Superé el reto del sitio sin que me pasase nada, y continué mi camino.

Al final, después de mucho caminar (algo más de seis kilómetros y medio) llegué casi amaneciendo a Baños de Montemayor. Buscaba un lugar donde desayunar, pero el pueblo estaba muerto. Vi un coche que salía de un aparcamiento y me acerqué a él, pero las mujeres que lo ocupaban no solo no bajaron las ventanillas sino que hicieron un gesto que indicaba claramente que me alejara de ellas. Supongo que sería por lo extraño de mi atuendo. Al fin, clareando ya el día, me dispuse a subir a La Garganta de nuevo, y así lo hice. Esta vez se cruzaron varios coches en mi camino mientras reflexionaba sobre el curioso hecho de que La Garganta estuviese arriba y Baños abajo. Por su nombre, una garganta suele estar en el fondo de un lugar. Llegué, al fin, a La Garganta y a mi coche, y conduje hasta Montemayor del Río, un pueblo cercano que conocía por una amiga mía. Buscaba a su primo. Después de dar un par de vueltas, fui a su casa y su madre me dijo que estaba en el campo cuidando de las vacas. Me dijo que podía encontrarlo al anochecer en el bar de la plaza.

Cogí el coche y me dirigí a Hervás de nuevo. Fui a la parte alta, donde las vías del tren. Llevaba en mi coche la txalaparta y la biblia donde hice el plano donde apuntar las matrículas de los coches de mi garaje. Monté la txalaparta y me puse a tocarla, anunciando al pueblo que estaba aquí. Terminé de tocarla tirándola al suelo; luego tiré la biblia y me fui. Me adentré andando en un lugar con bosque, y de forma natural se me fueron cayendo los pantalones del traje de agua. Me deshice de los mismos, dejándolos allí. Para mí era un nuevo renacimiento simbólico. Con el coche, crucé Hervás y me metí en un bar-hostal de carretera. Les dije que si tenían una habitación libre, y me dieron una. Una vez en mi cuarto ocasional, me metí en la cama con la intención de dormir unas horas, ya que había pasado toda la noche en vela, pero no pude. Me di un baño y bajé al bar. Allí me puse a desayunar. Me comí bastantes dulces, a lo que la camarera se quedó sorprendida. «Vaya, parece que tienes hambre», me dijo. Intenté hablar

con unos chicos de allí, pero pasaron de mí un poco. Un hombre algo mayor me dijo, sin venir mucho a cuento, que para protegerse del frío, si no había otra cosa, era bueno forrarse el cuerpo con papel de periódico debajo de la ropa (otra forma de aislante). Yo supuse que él sabía que había estado parte de la noche enfrentándome a las inclemencias en la montaña, y creí que me estaba dando una pista sobre algo. Me acerqué a la repisa de la chimenea y allí había varios ejemplares de periódicos. Elegí el Marca porque tenía los colores de la portada mal impresos. Deduje que en los pueblos libres como este se imprimían periódicos falsos, copias de las grandes marcas de tirada nacional. El titular del periódico decía: «No somos marionetas». Pensé que a través de esas falsificaciones introducían pensamientos profundos en la gente que tan solo era aficionada al fútbol y no estaban acostumbrados a reflexionar. También deduje que la forma de identificarse entre los «despiertos» y «concienciados» de este pueblo, los que sabían de su secreto y habían luchado duro para instaurar la horizontalidad, era mediante esta publicación. Me metí el periódico bajo el jersey, pagué lo que debía y me fui. Una vez en el coche, coloqué el periódico en el salpicadero del mismo para que vieran que era «uno de ellos». De nuevo en Hervás, aparqué el coche y me puse a deambular por las calles. Para mí, el tipo de jardinería que se practicaba y el nombre de las calles me indicaba sin duda que ese pueblo ya estaba dentro de ese otro sistema que anidaba en mis ideales. Cogí una hoja de propaganda y vi que había varios pueblos anunciados. Para mí se trataba de los pueblos «despiertos». Hice un barco de papel con la hoja y lo dejé en el alféizar de una ventana. Era mi presentación, mi forma de demostrar que estaba en sintonía. Fui por el barrio donde vivía un antiguo amigo, sumergiéndome en sus calles. De repente, llegué a un sitio anunciado por el letrero de la calle como «Rincón de Don Benito». Pensé que ese era mi sitio, que los del pueblo habían puesto el cartel para mí. Me quedé un rato quieto, sin saber muy bien qué hacer. Allí se encontraba el museo judío, llevado por un hombre al que había conocido hacía años; pero estaba cerrado. Al lado había una tiendecita, y entré para preguntar. Hablé un rato con los dueños, diciéndoles que no poseía nada excepto mi coche, preguntando por el local autogestionado que había visto, por Montemayor del Río, etc... Ante sus negativas y desconocimiento sobre lo que preguntaba, yo interpreté que sí sabían de lo que hablaba pero que me estaban poniendo a prueba. Salí de la tienda y di un paseo para pensar. Me senté en un poyete y, cogiendo un papel del suelo escribí la dirección del piso de mi padre donde yo vivía, y después una frase que decía: «desolladlo»; con esto, me refería a que les daba permiso para vaciar el piso de muebles y enseres. Cogí las llaves del piso, las envolví en el papel, volví a la tienda y le di el paquete a la chica. Volví a dar otro paseo, y cuando regresé a la tienda la chica me devolvió las llaves diciéndome: «Toma, creo que todavía las puedes necesitar». Yo lo interpreté como que habían hecho copias de llaves entre los del pueblo, y que mediante el hecho de haberles brindado el contenido de la casa en la que vivía me había ganado su confianza.

El chico, entonces, intentó ayudarme. Me dio el teléfono de alguien de Montemayor del Río, realizó una llamada, preguntándome durante la conversación nombres de personas que pudiese yo conocer de Hervás, y al final me recomendó para dormir que me dirigiese al convento. Al salir de la tienda, me dirigí al convento de los trinitarios, pensando que allí podría dormir gratis. Este sitio estaba en obras, e intenté colarme pero no pude. En la misma acera vi una pensión que se llamaba «El convento», y deduje que era ahí donde me decían mediante informaciones confusas. El sitio no tenía nada de barato, pero como tenía dinero no me importó. Era el precio que tenía que pagarle a los del pueblo para que pudieran vivir de algo antes de que se mostrasen generosos conmigo.

Tiré el papel con el teléfono del de Montemayor que me había facilitado el de la tienda y volví a darme una vuelta. En esta ocasión vi un colchón tirado al lado de unos contenedores, y pensé que los del pueblo lo habían dejado allí para mí. Lo cogí y lo metí en el coche. Me dirigí a Montemayor del Río y hablé con el primo de mi amiga sobre mi situación: le dije que no tenía dinero ni posesiones más allá de mi coche, y me dijo que en primavera podría haber trabajo para mí haciendo cajas en una fábrica de por allí. No era eso lo que buscaba, pero bueno. Le dije que me gustaría, si alguna persona mayor tenía algún terrenito por allí desaprovechado o que no utilizase, poder hablar con él para llegar a algún tipo de acuerdo, dado que no poseía ni vivienda ni terreno. Me dijo que viniese al día siguiente a las seis de la tarde para hablar con un hombre mayor. También me dijo que él había viajado por un montón de sitios antes de asentarse allí. Me daba la impresión de que había dado por fin con la clave.

Cuando salí de allí con el coche tiré por otro lado y me perdí un poco. Pensé que cambiaban las señales a posta. Una vez en Hervás, ya en la pensión, me dijeron que podía cenar en los bares de forma barata, que por un euro tenía una cerveza y un aperitivo, y que podía probar enfrente. Fui al bar que me habían indicado pero estaba cerrado. Un nuevo engaño de los del pueblo, sin duda. Anduve un poco, y encontré un bar abierto. Allí había tres hombres. Pedí mi consumición y me puse a hablar con ellos. Uno de ellos me preguntó que si era el que había tocado esa mañana un instrumento junto a la estación. Le dije que sí. Se mostró muy sorprendido y alegre. Me dijo que tenía mi instrumento y la biblia, que esa biblia valía bastante por la encuadernación. Le dije que se la podía quedar. El tipo no salía de su asombro, mostrándose bastante contento. Me dijo que viniese a la noche siguiente a este bar, que podía dormir en el edificio de la estación con él. Los tres hombres se fueron, y le dije al camarero que si me podía poner algo más de comer por sesenta céntimos más, que no me quedaba más dinero (tenía más, pero era para poder volver a Don Benito). Me puso algo más, con lo que, en total, pude cenar medianamente bien. Volví a la pensión y dejé la puerta abierta porque escuché actividad en el edificio y pensé que lo mismo entraban en mi cuarto para tener sexo.

Ya por la mañana, ayudé al de la habitación de enfrente a bajar la maleta. Luego desayunamos juntos pero separados. Se trataba de un anglosajón. Chapurreé con él cuatro palabras. Él necesitaba un guía turístico para ver el pueblo y un desplazamiento para ir a Madrid. Me ofrecí, aunque el de la pensión le estaba indicando con un mapa qué lugares podía visitar. Por mi deficiencia en el lenguaje hablado por aquel hombre no pude llegar a un acuerdo sobre el precio a convenir por mis servicios. El del hostel se dispuso a cobrarme, y me hizo un descuento. Intuí que era para que dejase en paz al cliente, y así lo hice. Consideré que había sido una prueba más de los del pueblo para ver qué tal me buscaba la vida. Menos mal que no llegué a ningún trato con aquel hombre, a ver cómo le iba a llevar a Madrid con ese colchón usado metido en mi coche...

Di un paseo por el río porque alguien me había dicho que mirase por esa zona algún terreno. Descubrí un pequeño cubículo abandonado, y pensé que podía empezar por ahí. La idea de aceptar el alojamiento que me brindaba el hombre de la noche pasada en el bar no me atraía en exceso: había conocido en el pasado el precio de la hospitalidad aparentemente desinteresada por medio de un antiguo amigo de allí.

Con aquella pequeña estancia y el colchón, podría apañármelas. Volví al coche y fui pensando que ya no tenía nada más que hacer aquí, que ya solo me quedaba dinero para el viaje de vuelta y que no estaba preparado (no tenía mantas ni nada) para pasar una noche en el sitio que había descubierto, así que decidí volver a Don Benito.

Quise, de camino, visitar Granadilla, pues había sido una asignatura pendiente en todos mis viajes anteriores a la zona. Me perdí por una carretera en mal estado, y paré el coche. Vi un grupo de ciervos e intenté seguirlos a pie. Se trataba de una zona de pinos jóvenes. Pensaba que en las zonas de los pueblos «despiertos» estaban dejando que la naturaleza colonizase de nuevo el campo que no se utilizaba. También se me ocurrió que si lo abandonaba todo y me sumergía en el mundo salvaje, viviría en equilibrio con la naturaleza, y que este equilibrio consistía en la posibilidad de que ningún animal en verdad se alimentase de otro. Esto de que se devoraran los unos a los otros, pensaba, solo lo hacían cuando eran observados por el ser humano. La alimentación era un invento del hombre, un resultado de vivir antinaturalmente.

Ya en el coche de nuevo, al intentar volver a la autovía pasé por las afueras de un pueblo donde había un montón de cruceros. Pensé que los fabricaban allí para reinventar pasados de distintos pueblos y mostrar una falsa e ingeniosa historia sobre los mismos. Mi asombro no parecía tener fin.

Antes de volver definitivamente a la autovía me metí en una gasolinera de la antigua carretera. Le dije al trabajador que echase X euros (los que tenía). Pensé un instante, y rectifiqué: «Écheme lo suficiente como para volver a Don Benito». Creía que sabían de mi periplo, y que en las periferias estaba instaurado aquel otro sistema de mis ideaciones. El hombre me cobró, y continué mi camino.

Regresé a Don Benito, sin mayor contratiempo, y pasé la noche en mi piso prestado. Al día siguiente por la mañana fui al registro civil a cambiarme de nombre. Lo había hablado con una colega mía, y me dijo que uno podía cambiarse el nombre siempre y cuando fuese por otro equivalente al que ya se tenía en otra de las lenguas cooficiales del Estado. Elegí cambiarme el nombre de Alejandro a Alesandro, su equivalente en eusquera. Una vez en el registro civil, les expuse el caso, y me dijeron que para hacer un cambio de nombre debía presentar algún tipo de documento o carné en el que figurase que yo me llamaba Alesandro. Salí medio cabreado de allí, tiré el carné de la biblioteca a la calle y subí a la misma. Allí había un bibliotecario al que medio conocía. Le dije que había perdido el carné y que quería hacerme uno nuevo. Le dije que en el nuevo carné debía figurar con el nombre de «Alesandro». Me dijo que para hacer el carné nuevo necesitaba un euro, aunque se resistía un tanto a lo que le proponía. Mientras hablábamos llegó una mujer con el carné que yo había tirado a la calle. Lo cogí antes de que el bibliotecario le pudiera echar mano, y bajé, todavía más furioso. Estaba claro que había mucha gente confabulada para que yo no cambiase mi nombre: las funcionarias del registro civil, la señora que había traído el carné, distintos viejos y personas pertenecientes en mayor o menor grado a esa parte bien asentada y chapada a la antigua que se resistían ante un elemento de cambio como lo era yo... «Sabía» que esa parte retrógrada y adinerada tenía sus informantes y sus actores. Esa mujer que trajo el carné era uno de ellos. Y los que estaban de mi parte, como los bibliotecarios, me ponían trabas aposta porque el juego social dependía de estos mecanismos.

Entré en los servicios de la Casa de la Cultura y doblé el carné, rompiéndolo. Salí fuera, y lo tiré al contenedor de envases y plásticos. «Y ahora, que lo busquen», pensé. Como no tenía un duro, me fui andando a la tienda de mi padre a pedirle dinero. Al ir hacia allá, me crucé (porque venían de frente en sus respectivos coches) a la chica a la que denuncié, y después a otro chico al que conocía. Comprendí que estaban dentro del complot y que por eso había tanto movimiento, para amedrentarme y hacerme cambiar de idea. Llegué a la tienda y pasé al taller. Allí le dije a mi padre que me diera un euro. Me preguntó que para qué, a lo que, por respuesta, cogí una de las cuchillas del tablón de las herramientas, la puse golpeandola con fuerza sobre la mesa, y le dije: «¡¡Que me des un euro!!». Fuimos saliendo hacia la tienda, mi padre discutiendo conmigo, preguntándome que dónde me había gastado todo el dinero que me dio por lo del limonero, y yo diciéndole que no era asunto suyo. Había gente en la tienda, por lo que la bronca cesó, y mi padre cogió dinero de la caja y me dio dos euros. Dejé, antes de salir, un euro encima de una de las sillas de la tienda: solo le había pedido uno.

Fui de nuevo a la Casa de la Cultura y subí a la biblioteca. Les dije que el carné estaba definitivamente perdido, que me hicieran uno nuevo. El bibliotecario intentó razonar conmigo, y al darme cuenta de que mediante la razón no tenía nada que hacer, le dije que tenía una enfermedad mental diagnosticada y me puse a llorar. Los bibliotecarios se miraron entre sí, medio sonriendo, y mi conocido accedió a la petición. Ya con el carné en mi poder, donde figuraba mi nombre nuevo (ya era un poco más Alesandro que antes, consideré), me dirigí al registro de la propiedad. Una vez allí volví a exponer el caso, esta vez a otra funcionaria. Ella me dijo que no bastaba, que debía presentar más pruebas: diplomas de cursos, etc... donde figurase que ese nombre era mío. Les dije, bastante cabreado: «¿Queréis pruebas? ¡Pues las vais a tener!».

No sé si fue ese mismo día o al día siguiente. Me estaba dando un paseo, buscando un terreno abandonado para quedarme con él. Caminando por la pista del canal, vi un trocito de terreno sin vallar en el que había a medio construir una pequeña cabaña de madera. Deduje que ese era el terreno que me habían adjudicado y que me habían medio construido la cabaña como muestra de buena voluntad. Exploré el terreno con mucha cautela, no pisando la tierra llana por si había trampas, saltando de ronchón de hierba en ronchón de hierba. Este era, sin duda, mi sitio. Hice una montañita de arena: esta sería mi señal.

Fui a la farmacia a por algún medicamento. Las empleadas habían cambiado su uniforme de trabajo: ahora era lila, del mismo lila que la cartulina de la portada de mis relatos grapados. Esto me mostraba que esa gente estaba por mi misma causa. También habían puesto una rampa en espiral que soltaba los medicamentos que se solicitaban a través del ordenador. Me parecía una innovación fruto de la inventiva para atraer clientes de lo más ingeniosa. Cuando me atendió una de las empleadas, me dijo que si no tenía dinero que no pasaba nada. Esto confirmó mis sospechas de que «ya funcionaban de una forma distinta», cuando en realidad se trataba de una política de empresa que llevaban desde hacía mucho tiempo por la cual los clientes podían pagar los medicamentos posteriormente a haberlos adquirido. Pero en esos momentos, mis razonamientos eran los que eran...

Fui a un bar a tomarme algo, y escuché que el camarero le decía a alguien que en ese bar no pasaba nada si alguien no tenía dinero. A la hora de pagar, le dije que no tenía dinero, a lo que respondió que eso debería habérselo dicho antes de pedir nada. Entendí que este sistema cada cual lo instauraba en su negocio como creía conveniente, y me eché mano al bolsillo. Vaya, pues se daba la circunstancia de que efectivamente no tenía dinero, se me había olvidado... Menos mal que había un colega en el bar que me pagó la cerveza.

Andando por las calles de Don Benito, llegué a la conclusión de que, lo mismo que en Hervás la señal que indicaba que los que estaban al tanto de lo que pasaba era el «falso» periódico del Marca, en Don Benito esa señal era la de abollar las matrículas del coche. Cuando llegué al garaje, abollé un tanto las matrículas de mi coche.

Por la noche fui al bar de un colega. Había pocas personas, y me puse a llorar y a montar el espectáculo, diciendo que iba a luchar por la democracia participativa en este pueblo, además de otras historias. Cuando me quedé a solas con mi colega, me dijo que yo había cambiado, que no estaba siendo el que había sido en el pasado. Él estaba contando monedas de unos paquetes de plástico que había abierto. Los plásticos eran transparentes con líneas de distintos colores, según el paquete. Le dije que había muchos colores, que no entendía lo que estaba haciendo y que vería a ver si su matrícula estaba abollada. Después fui a buscar a un amigo con el coche, pero en su portal había bastantes chavales. No entré porque pensé que era una trampa para matarme, y en el descampado de su barrio terminé de abollar la matrícula de mi coche ayudado por una piedra.

Al día siguiente volví a «mi terreno» con una caja de herramientas para trabajar en la cabaña. Continué con mi exploración del sitio del día anterior, esta vez mediante un palo con el que iba arañando el suelo para que saltasen las trampas sin que me hicieran daño. Moví las vigas redondas de madera para ver si había serpientes, y tiré tacos de madera dentro de la cabaña siguiendo con mi paranoia de búsqueda de trampas. Cuando todo estuvo bien explorado, vi que mi montañita de arena había sido profanada: habían plantado una mano encima, dejando su huella. Deshice la montañita de una patada, y dejé en su lugar un trozo de madera de forma antropomorfa que llevaba conmigo desde hacía un tiempo. Este era un símbolo de mucho más poder que el de la montañita, sin duda.

Me dispuse a trabajar en la cabaña. Cogí una de las vigas de madera, y la intenté subir al tejado por construir ayudado mediante uno de los laterales de la cabaña. Empujé la madera, dudé un instante y le di un pequeño empujón más. Al soltar la viga, quedó suspendida del lateral en perfecto equilibrio. No lo había planeado, pero resultó así. Entendí que era un símbolo, y así lo dejé. Me fui, dejando la caja de las herramientas en el terreno (pensaba que me la iban a respetar), y dirigí mis pasos a los comercios cuyas traseras daban a «mi terreno». Les advertí, uno por uno, que velasen por mi integridad, ya que desde esos sitios podían dirigir un ataque contra mí. Estos eran mis razonamientos.

Cuando llegué al piso, cogí uno de los palos que había encontrado en el campo y salí a uno de los balcones. Lo puse encima de la barandilla de hierro, y pasó como en el terreno: quedó en perfecto equilibrio. Era un símbolo para mí, sin duda, de cómo me encontraba en esos momentos.

Fui al ayuntamiento de Don Benito una mañana y escribí una solicitud en la que instaba al alcalde, el cual a partir de ese momento había ser llamado «Manzanita», a que donase todo su capital a las siete y media de la tarde al sindicato al que por entonces pertenecía. Y lo firmé. Cogí el coche para ir a algún sitio, y cuando volví al piso lo dejé en una zona donde estaba prohibido aparcar, debajo de mi ventana, porque según mi razonamiento «antes se podía aparcar e iba a recuperar ese derecho».

Escribí un mensaje en facebook (también lo envié por correo electrónico) en donde pretendía hacer un llamamiento para una especie de movilización desde el parque de Las Albercas. El mensaje decía así:

«Propongo que la reunión sea mejor en el pinarjarro de las albercas al hogar de una buena chasca de san juan».

El «pinarjarro» era un juego de palabras donde quería aunar el concepto de «el Pinarjarro», que era un camping de Hervás, con el pinar de la plaza de las Albercas. Lo de la hoguera de San Juan era porque antes la misma se hacía en esa plaza, y quería recuperar esa tradición.

Después de estos sucesos, vino la que de nuevo era mi pareja, y estuvo conmigo por la mañana. Al irse, le dije que cogiera mi coche, que estaba abajo. Me pidió las llaves, y le dije que estaban dentro del mismo. Para mí ya no era necesario proteger la propiedad, las personas podían utilizar los sitios y cosas de otras personas sin problema con sentido de la reciprocidad.

Por la tarde, decidí ausentarme de las Albercas. Si bien yo había sido el promotor del movimiento popular compuesto por inmigrantes y gente de izquierdas y anarquistas que habría de derrocar la actual alcaldía de Don Benito (asunto al cual nos ayudarían personas de otros pueblos libres), no quería estar al frente de dicha movilización, pues mi idea era que no hubiese líderes ni representantes, que todo se organizase mediante asambleas y mesas redondas.

Antes de salir del portal, fui bajando las escaleras desde mi piso, dejando en distintas plantas las llaves y la cartera. Así, me quedé sin nada en los bolsillos. Primero fui andando al campo de un amigo con el que había discutido. De camino, me descalcé para que no identificasen mis huellas. Al caminar, con el mismo fin, hacía un giro rápido con el pie. Mientras iba caminando de esta guisa, pasó un coche por el camino en mi misma dirección con música tecno bastante alta. Me quedé parado, y cuando lo perdí de vista me dio la sensación por el sonido de que se paraba más adelante. Pensé que lo que quería era guiarme y decirme de algún modo que iba en la buena dirección, así que continué hacia delante. El coche, igualmente, continuó hasta que dejó de escucharse su música.

Llegué al campo de mi amigo y me puse sus zapatillas para entenderlo mejor (o eso creía). Cogí una o dos naranjas y me las comí en su porche, dejando las peladuras allí. Estuve un rato sentado, meditando sobre lo tranquilo que se estaba allí y lo movido que debería estar el pueblo a estas horas. También esperaba que viniesen mis amigos o alguien, para festejar en privado el empoderamiento popular que se estaba llevando a cabo en el pueblo. Como nadie llegaba, me terminé yendo. Cogí una piña y la puse en la barrera de la entrada como símbolo inequívoco de que había estado allí.

Volví por el mismo camino por el que había venido. Cuando llegué al sitio donde había dejado las zapatillas, me acordé de este hecho. ¡Se me había olvidado por completo que me había quitado las zapatillas allí, dejando oculto mi calzado! Me volví a calzar, y continué andando. Anocheciendo, llegué a una rotonda de la carretera dirección a Villanueva de la Serena, ya fuera del pueblo. Cruzaba imponiéndome a los coches, haciéndoles parar si era necesario sin esperar mi turno. ¡Debían respetarme!

Cogí un camino desde allí que me llevó a una carretera paralela a la de Villanueva-Don Benito. Conocía de oídas la existencia de esta carretera sin mucho uso. Anduve por entre unos chalés entre los cuales creía que se encontraba el del alcalde, y fui puerta por puerta dejando que las cámaras me grabasen, para que se dieran cuenta de que le estaba vigilando o acosando. Continué hasta llegar a un olivar al lado de la Residencia. Ya era de noche. Los tractores estaban trabajando, y vi cómo habían preparado una gran hoguera, sin duda para mí, para que hiciese una parada y me calentase. La hoguera me parecía excesivamente grande, y me entró algo de temor. Rodeé la misma, y vislumbre más abajo otra hoguera de menores dimensiones. ¡Esta era la adecuada! Me acerqué, confiado y agradecido, y me calenté un poco, hasta que me di cuenta de que el fuego hacía que me acostumbrase a él de forma agradable, así que pensé que la mejor forma de calentarme era continuar andando y estar activo, como así hice. Seguía calzado, pero andando por los caminos, al pisar, giraba el pie para borrar mi huella y que no me pudiesen seguir o identificar.

Pasé por detrás de la Residencia. En esa parte estaban todas las torretas de electricidad. Pensé que debía saber de ese sitio para una posible acción terrorista. Llegué junto a un chalé un poco más allá de la Residencia donde había un hombre con su coche. Me adentré entre los olivares para no ser detectado, y con este fin me quité la camiseta de manga larga, la cual quizá podía ser vista en la oscuridad. La oculté detrás de mi cuerpo con respecto al hombre, el cual parecía confuso y alerta frente a mis actos; estaba con el coche arrancado, y no terminaba de irse de allí; y yo seguía con mi juego de superviviente. Al final, decidí alejarme de allí en dirección a la carretera yendo campo a través. A una distancia prudencial, me volví a poner la camiseta.

Crucé la carretera y me metí en el centro del SEXPE de Don Benito-Villanueva donde se imparten cursos. Le dije al de la ventanilla de la entrada que quería apuntarme a dos cursos, y me dio un par de papeles para rellenar. Solo puse el nombre del curso (uno fue carpintería de aluminio y otro me lo inventé), mi DNI y en cada una de las hojas un nombre y apellidos inventados y distintos (recuerdo que uno de ellos fue Ludo von Friedman); la finalidad de hacer estos cursos era, para mí, obtener un diploma que demostrase que me llamaba de forma distinta a como figuraba en mi DNI para cambiar mi nombre. Pensé que cuando se conquistase Madrid, se modificarían las normas con respecto a poderse cambiar el nombre y los apellidos. Le entregué los papeles al atónito funcionario, y salí. Andando por el recinto, llegué a una zona con cámaras de vigilancia del mismo tipo que las que había en las plantas de salud mental. Creí que me estaban vigilando, y lejos de esconderme, me acerqué y le mostré mi más sádica sonrisa.

Me dirigí al instituto nocturno Luís Chamizo, y hablé con el funcionario de la ventanilla de entrada. Le expliqué que había cursado el bachillerato allí hacía años, y que me quedaba por hacer solo el último año. Me dijo que me podía apuntar, pero que para hacerlo y para informarme mejor debía acudir al centro por la mañana. Ya me iba a ir, pero me di la vuelta y subí a la primera planta. Creía que recordaba dónde estaban los servicios, pero me desorienté. O eso, o los habían cambiado de sitio. Me giré y vi que el funcionario me había seguido. Parece que no se fiaba de mí. Yo lo asocié a que haciendo algún curso aquí tenía la opción de ligar con chicas mucho más jóvenes que yo, y que por eso iba a estar vigilado. Le pregunté por el servicio, me indicó, entré, y al salir seguía allí; me acompañó todo el rato hasta que salí del centro.

Continué andando por el lado de la carretera del Luís Chamizo y el SEXPE hacia Don Benito. Me puse a observar los concesionarios de coches y las formas de los automóviles. Vi características dependiendo de la nacionalidad de la marca, y marcas que copiaban las formas de las marcas de otras nacionalidades. Vi un esquema en todo ello de cómo las distintas naciones copiaban del resto para ser más competitivas y audaces. También buscaba flancos descubiertos desde los que perpetrar un robo o acción terrorista. Llegué a una rotonda y me encaminé por una calle que no iba a ninguna parte dirección al canal. Allí había un coche con las lunas tintadas que supuse que era de vigilancia. No me acerqué; me di media vuelta y crucé la carretera.

En esta ocasión me puse a andar campo a través. Llegué a un punto en el que me cortaba un arroyo, quizá el del Campo o uno de sus afluentes. Me descalcé, me quité los calcetines, y con ellos en las manos y el calzado, crucé el arroyo. Al otro lado me volví a calzar.

Llegué a un punto entre la avenida de Córdoba y la carretera de Don Benito a La Haba. Estaba cerca de un templete ornamental que hay por esa zona. Suponía que ahí se guardaba algún tipo de misterio o que al llegar se desvelaría algún tipo de verdad. Veía varios ojos resplandecer en el templete, y lo achaqué a posibles extranjeros que vigilaban Don Benito a la espera de una señal para invadirlo o algo así. Caminando por los caminos cercanos al templete, desperté a una bestia encadenada que me rugió. Yo pensé que era un tigre. Hoy en día no sé muy bien qué bicho pudo haber sido.

No quise acercarme al templo por temor y respeto, y me metí en la avenida de Córdoba. Pasaron a mi lado en mi misma dirección los del camión de la basura y pararon más adelante. Para mí se trataba de trabajadores que venían de otro municipio y que habían estado en la toma de poder popular. Me dirigí a los chalés que hay por la zona del tanatorio Mateos y los bordeé por las traseras. De ahí atravesé un campo hasta llegar a una calle con palmeras. Creí que era la salida de las Cruces, pero llegué a la conclusión de que no se trataba de esa calle, y que habían clonado esa salida en mitad del campo como ampliación del pueblo (puede que sí se tratase de la salida de las Cruces y estuviese algo desorientado). Fui por la carretera de la residencia de ancianos «El Encinar», y al llegar a este centro, había un coche aparcado con alguien dentro. No pude ver a su ocupante, pero me hizo señas con la mano de que me dirigiese al pueblo (o eso creí). Crucé la carretera de Medellín, y ya por fin me metí en Don Benito. En un principio me puse a callejear un poco sin rumbo. Me daba la sensación de que era un héroe o vigilante nocturno que velaba por los ciudadanos cuando estos dormían. Después llegué a la conclusión de que el trabajo ya estaba hecho por hoy, y me fui para casa. Como me había

dejado las llaves y la cartera dentro del portal, no pude entrar. Caminando por la plaza de las Albercas, vi a una pareja. Les paré y les pregunté por mis llaves. «No lo sabemos», me dijeron, «pero si las encontramos te lo diremos». No les conocía de nada, pero como me hablaron con esa familiaridad consideré que el cambio se había producido.

Me dirigí al barrio de mi pareja. Una vez allí busqué mi coche: esperaba encontrármelo como lo dejé, abierto y con las llaves dentro. Al no encontrarlo, me dirigí a su casa. De camino allí, por su misma calle, pasé al lado de una cochera. Me dio la sensación (y quizá solo fue eso) de que había alguien, unas chicas que estaban calentándose en una pequeña fogata, y que tenía que cambiar de planes con respecto a lo de ir a casa de mi pareja. Debí haberme quedado con ellas, entablando relaciones y quizá sexo con las iguales de mi misma conciencia, pero seguí mi camino. Subí a casa de mi pareja, y llamé a la puerta. Dije quién era. Escuché discutir al padrastro de mi pareja con esta al otro lado de la puerta, y empecé a gritar su nombre (el de él) y a decirle que le estaba escuchando y que abriera de una vez la puerta. La verdad es que era algo tarde. Al fin abrieron mi pareja y él. Les dije que no tenía las llaves de mi casa, y le dije a ella que dónde estaba el coche, que me diera las llaves. Ella negó saberlo, y él se me encaró. Les dije que entonces me dejaran dormir en su casa, a lo que se negaron. Volví al tema del coche, y le dije a ella que se lo había llevado, que yo se lo había dejado. Ante su negativa, le dije que había estado en mi casa, que había salido de mi cama y que había cogido el coche. Entonces ella me cerró la puerta en las narices, impidiéndome el paso y echándome fuera, diciéndome que ya no estábamos juntos. Les dije, gritando, que pensaba pasar la noche sentado enfrente de la puerta, y él me gritó desde el otro lado de la puerta que hiciese lo que me diera la gana. Efectivamente, me senté, pero al poco me levanté y me fui, consciente de la gilipollez.

Estuve callejeando, y llegué a un pequeño descampado de una obra. Me metí, me tumbé en una montaña de arena de río para mezcla, y me arropé con una especie de moqueta que había allí tirada, dispuesto a pasar la noche. Pasaron una pareja de jóvenes por la calle diciendo: «Mira, un sitio donde podemos poner nuestra tienda de campaña». Eran de los míos, los que habían estado en la supuesta movilización de esa tarde.

Aburrido, como no conciliaba el sueño, me levanté y me fui a un bar de copas que se encontraba cerca. Allí había un par de colegas. Uno de ellos, al que más conocía, el cual tenía una vida al límite de la legalidad, me preguntó que dónde había estado. «Jugando a los supervivientes, ¿eh?», me dijo. Estuvo hablando conmigo preguntándome que si sabía la que se había organizado en el pueblo. Él sabía que yo tenía algo que ver. Mirando hoy en día en retrospectiva, sabiendo que todo había sido fruto de mi ideación y que no había sucedido nada en verdad, no sé por qué me habló mi colega de todo esto. El caso es que le conté que no tenía dónde pasar la noche porque mis llaves estaban dentro de mi portal y este estaba cerrado. Él me dijo que no fuese tonto y que llamase a alguno de los vecinos para que me abriesen. Montamos en su vehículo y mientras me acercaba a casa me dijo que si quería que llamase a la policía o a los servicios sanitarios, que yo no estaba bien. Le dije que sí lo estaba, y que pensaba hacer cursos para que me pagasen y vivir un poco de estas cuestiones. Él me dijo que eso estaba mejor. Hablamos también del episodio con mi ya expareja y su padrastro, y él me dijo que eran unos cabrones y que le dijese cuál era el coche de él para darle algún susto. Y así lo hice. Me dejó en mi portal, llamé a un vecino, me abrió, recuperé mis llaves (pero no mi cartera, pues no estaba) y entré en el piso.

Al día siguiente fui a la tienda de un conocido. Exclamé que mi expareja (le dije directamente su nombre, no que fuera mi expareja) ya solo valía para follar por dinero. Se lo dije con la intención de que alguien al que conocía este conocido la metiera en las redes de la prostitución. Evidentemente, estaba muy cabreado con ella, pero el acto, aunque tuvo su efecto en mi cabeza, no tuvo ninguna clase de repercusión en la vida real.

Me pasé por el conservatorio de música, y les dije a las de la ventanilla que quería ser profesor de música allí. Ellas asintieron, sin más. En el nuevo mundo había sin duda varios lugares para mí.

Fui al ayuntamiento, y en uno de los formularios, con la hoja de lado, escribí una sola frase: «Liberad al tigre».

Volví a casa, saqué unas botas al descansillo, y les puse un DVD encima. Creo que saqué algún que otro objeto más. Dejaba notas en la puerta, cerraba, y me metía para adentro. Escuchaba que subían por el ascensor y luego bajaban (yo creía que eran mujeres mensajeras y/o policías), y luego salía a poner alguna otra nota, con lo que este proceso se repitió varias veces. En las notas ponía que la plaza de España pasaría a llamarse «plaza de Espanya», que la nueva plaza de España sería la plazoleta roja, y que esta última sería la zona de los fachas. Mi intención era que se instaurase un nuevo equilibrio dado el cambio de polaridad, y quería que todo el mundo tuviese su sitio. Consideraba que la plazoleta roja había sufrido durante mucho tiempo el abuso simbólico de la gran bandera de España que ondeaba (y ondea) sobre ella y que, dado que la nueva plaza de Espanya pertenecía al pueblo, a los fascistas había que darles el pequeño trocito al que ellos antes «nos» habían recluido.

Después del juego de las notitas, decidí salir de nuevo. Iba vestido, pero por calzado llevaba unas zapatillas de estar por casa. Me dirigí a la rotonda del parque. Debía hacer un sacrificio. Mientras iba para allá, por la zona de la plaza de Extremadura vi que las mujeres limpiaban las aceras, así que me apartaba de las mismas cada vez que me encontraba un suelo fregado. Por fin me encontré con una calle en la que todas las aceras estaban fregadas, y comprendí que el empoderamiento del pueblo se había llevado a cabo y que las mujeres fregaban mi paso hasta mi sacrificio. Cuanto más pensaba en lo que tenía que hacer, más me entristecía, tanto por mí como por todos los que habían tenido que hacer un sacrificio así en el pasado; todos mis predecesores eran mis iguales. Mientras andaba se me fueron cayendo, primero una y luego otra, las zapatillas, así que terminé andando sobre mis calcetines.

Llegué, por fin, a la rotonda del parque. Yo estaba situado en la acera del quiosco. Desde allí, entre lágrimas, canté el principio del cara al sol con la mano en alto dirigiéndome a la gran bandera de España que hay sobre la plazoleta roja. Mientras lo hacía, pasaron cuatro coches (no los vi, los oí), por lo que pensé que había sido visto y que se informaría de mi acto, el cual suponía el final del conflicto y la restitución de un nuevo equilibrio.

Como ya todo había sido hecho y la batalla había finalizado, fui a darme un merecido descanso de relax al SPA de Don Benito en la piscina climatizada, la cual no estaba lejos de allí. Entré en el recinto con césped, y me salté una valla para entrar en el SPA desde la piscina de verano, pero las puertas de acceso desde este lado estaban cerradas. Unos niños me gritaban: «¿Señor, ahí

no se puede estar!». Volví a la zona en la que se podía estar, y entré en el edificio de la piscina climatizada. Le dije al del mostrador que si podía pasar al SPA, y me dijo lo que valía. Salí del edificio y caminé indignado por el recinto. En el nuevo orden no había lugar para el dinero. Al salir del recinto, dije en voz alta: «¡Que traigan a todos los animales de todos los zoológicos del mundo a Don Benito! ¡¡Y que no salga ninguno!!». En esos mismo instantes, me dieron el alto unos agentes, me preguntaron que dónde estaba mi calzado y procedieron a cachearme. Me quitaron un destornillador muy cortito que llevaba en los pantalones, y me metieron en el coche patrulla.

En el trayecto, iban un poco más rápido de lo normal. Decían entre sí, para que yo lo oyera: «¡Mira qué culo tiene esa!, ¡Pues esa otra, anda que no está buena!». Me miraban, e intentaban congeniar conmigo. Yo les seguía el juego y les decía: «Baja la ventanilla y tócala el culo». Evidentemente, no lo hicieron. También me dijeron que algún día me dejarían conducir el coche patrulla. Yo les creí.

Llegando a la comisaría de la Policía Local, me dijeron que saber matrículas con ellos no funcionaba, que ellos tenían varias y se las intercambiaban. Entonces entendí que sabían que había memorizado las matrículas del pueblo (aunque fuera mentira), y que se lo habían tragado. Hablando con ellos, les llegué a decir que quizá de aquí en adelante deberían de usar pasamontañas. Se produjo un pequeño e incómodo silencio.

Ya en el patio de la comisaría de la Policía Local, me dejaron solo en el coche patrulla, metiéndose ellos en el edificio. Yo examiné el coche, y vi que la mampara que separaba los asientos de delante de los de atrás estaba atornillada. Por eso me habían quitado el destornillador, no porque supusiese un riesgo para ellos. También vi que determinados pisos que yo pensaba que eran de los gitanos daban al patio de la Policía. Pensé que tenían algún tipo de trato para que no largaran lo que veían desde sus casas. También vi los vehículos que tenía allí la policía, coches y motos para ir de incógnito, con esas matrículas quizá falsas de las que me habían estado hablando.

Salimos y nos dirigimos al centro de salud de José M^a Álvarez. Cuando llegamos, me resistí a acompañarlos, por lo que me esposaron y me pusieron el jersey encima de las esposas con objeto de que la gente no las viera. Comencé a andar torpemente debido a una ampolla en una de las plantas de mis pies. Ellos me dijeron poco más o menos que me dejase de tonterías y que aguantase el dolor, así que me puse a caminar normal. Mientras andábamos, me iban contando que ellos también lo pasaban mal, y que en estos días, por ejemplo, habían llegado varias personas de Badajoz a las celdas y que no hacían otra cosa que molestar. Yo interpreté que eran grupos que desde dentro de las cárceles realizaban acciones para apoyar mi causa.

Dentro del centro, me hicieron esperar sentado en una silla de ruedas. Hablamos del rey, y me dijeron que ya estaba viejo, dejando insinuar que se lo iban a cargar (no ellos, sino algún policía) aparentando algún accidente. Yo no estaba del todo de acuerdo, pero entendí que era un asunto que no me incumbía y que lo que ellos hiciesen, bien estaba. Me quedé con uno de los agentes a solas, y me dijo que ellos también tenían sus técnicas, y que podían hacerme esperar todo lo que quisieran. Entendí la velada amenaza, y retiré la orden de que metieran todos los animales de todos los zoológicos del mundo en Don Benito. El agente asintió, sonriendo.

Por fin me metieron en una sala con unas enfermeras y los dos agentes. Estuve hablando la mayor parte del tiempo con ellos dos, sobre todo de sexo. Las enfermeras me preguntaron que si había comido, y les dije que llevaba tres días sin comer. Los policías entendieron a lo que me refería, que no era otra cosa que al sexo. De allí me llevaron a la Residencia (el hospital Don Benito-Villaneva de la Serena). Por el camino me dijeron que iba a tener tres tías para mí solo. Pensé que era mi merecida recompensa.

Llegamos a la Residencia, y me hicieron pasar a un cuarto de baño. El cuarto de baño tenía una bañera con ducha, por lo que pensé que debía asearme antes del homenaje sexual. Me desnudé, y cuando abrí el grifo uno de los agentes abrió la puerta, y se puso a decirme: «¡Anda, anda, vístete, hombre!». No comprendí por qué me hablaba así.

Luego me pasaron a una sala y me hicieron tumbar sobre una camilla. A mi derecha había un mueble con muchas medicinas, y sobre mí había unos ganchos. Este era el momento, ahora sin duda entrarían las tres mujeres o me torturarían y/o matarían, pensaba. Los ganchos sobre mí me imponían bastante, por lo que no me moví en todo el rato en el que me hicieron estar allí. Un policía y supongo que una médico hablaron en la puerta. «Parece que no va a presentar problemas», le dijo el uno al otro, no recuerdo quién a quién.

Después me hicieron pasar a una de las salas de consulta de urgencias. Allí había un hombre joven, posiblemente un médico, aunque yo creí que se trataba de un trabajador de seguridad o un celador. Comencé a hablar con él. Le hablé de que todos tenemos alguna herida psicológica de infancia o adolescencia, y que era bueno hablar de ello. Le dije que él tendría alguna, a lo cual no me contestó con palabras. Le dije que hablase de ello con un amigo de verdad, no con alguien con el que tuviese una amistad superficial, porque esas cosas se podían utilizar contra uno. Luego vi un micrófono en la sala, y le dije que lo cogiese y que proclamase una orgía en todo el hospital. Él me dijo que no lo podía hacer, a lo que yo le animé y le dije que sería positivo ya que, por ejemplo, a un viejo al que le hubiesen cortado las dos piernas se le pondría dura y se volvería a sentir útil de nuevo.

Mientras hablaba con este hombre, por dentro me exasperaba un tanto: la sesión de sexo con las tres chicas no hacía más que demorarse una y otra vez. Me daba la sensación de que todos me querían escuchar como quien escucha las recomendaciones de un profeta, y que eso hacía que mi vida personal y mi disfrute se vieran aplazados una y otra vez.

Un policía, desde la puerta de la sala, me dijo que me acercase. Una vez a su lado, me facilitó el walkie-talkie y me dijo que le hablase a la gente. Pensé que mi mensaje se iba a escuchar en todo Don Benito. Comencé diciendo que liberasen a sus mascotas, siempre y cuando estas se pudiesen adaptar a la vida salvaje, y que si no era así, las cuidasen hasta que murieran pero que no adquiriesen más. Si tenían mascotas ya mayores, pedía que no les diesen medicamentos, que no prolongasen artificialmente sus vidas. Al llegar a este punto cerré los ojos para entrar en un falso trance inspirador, y comencé a decir algo así: «Veo... Veo casas abandonadas y árboles saliendo por las chimeneas, veo cómo la naturaleza se apropia de nuevo del pueblo y la ciudad...». Era un planteamiento muy de textos como «Futuro primitivo» de John Zerzan, o películas como «El club de la lucha» o «Soy leyenda»; el futuro como el volver a un estadio primitivo de la naturaleza, del ser humano y de su relación con ella me parecía un buen e idílico planteamiento.

Cuando terminé mi alegato, me tumbaron en una camilla y me sacaron para afuera. Iba hablando de teorías mías con los que me llevaban. Recuerdo que al salir a la sala de espera, dije para que todos me oyeran: «¡Las mujeres no nos dais a luz! ¡Nos cagáis!». Lo decía para desmitificar lo idílico del parto. Una enfermera me dijo: «Sí, pero ¿quién os lleva dentro nueve meses y soporta los dolores?». Le di la razón.

Ya en la ambulancia, hicimos el viaje tres personas: El conductor delante, y detrás una posible enfermera sentada a mi lado y yo. Como vi que salíamos de Don Benito, les dije que no quería salir del pueblo. La enfermera me dijo que ellos tampoco, y que para la cena volveríamos. Yo sabía que era mentira, y tenía en mente dos posibilidades: o bien me llevarían a otros pueblos para liberarlos (como había hecho con Don Benito), o bien me llevaban a un pueblo o ciudad no liberado para juzgarme y matarme. Cuando llegué a la planta de salud mental, se me cayó el alma al suelo: era al último sitio que me imaginaba que me iban a traer. Sentado en una silla frente al mostrador tras el cual se parapetaban los trabajadores de la planta, tenía a un guardia de seguridad a mi lado. Le dije que había escrito un libro, a lo que me respondió sonriendo: «Sí, claro, mañana me lo cuentas». Entendí que me estaba mintiendo, y que de alguna forma me estaba diciendo que no hablase de ello. Me preguntaron que si tenía hambre, y les dije que un poco. Me dijeron que en el informe ponía que llevaba tres días sin comer y que si era así le pedirían algo a cocina. Les dije que no, que me había referido al sexo, así que me dieron un par de yogures.

Me metí en mi habitación y me duché.

Últimos internamientos

Cuando terminé, vi que unas chicas jugaban a asomarse y a huir de la ventanilla de la puerta. Decidí «cazar» a una de ellas. Apagué todas las luces y permanecí desnudo dentro del cuarto de baño con la puerta abierta. Estaba de lado con respecto a la puerta de la entrada, y veía, mediante el reflejo de los azulejos cómo una chica con su pijama azul se iba acercando poco a poco a la puerta. Mientras, para permanecer activamente excitado, no dejaba de tocarme mi sexo erecto. Estando ya cerca, la chica que se acercaba hizo que otra se asomase. Justo cuando su carita inocente apareció por la ventana, di un salto adelante gritando. La muchacha se asustó un montón, y vinieron las enfermeras. Encendieron las luces y me dijeron que me secase. Me dejaron la toalla, y cuando se fueron, la dejé caer. Mi intención era que me secasen ellas y me tocaran la polla, desembocando posiblemente en una escena sexual, que era lo que me habían estado prometiendo los policías en Don Benito todo el rato. Volvieron a entrar, y me pusieron la toalla en el hombro, asegurándose de que no se iba a caer accidentalmente. La dejé caer de nuevo, y cuando volvieron a entrar me llevaron entre ellas y los de seguridad a la cama para atarme. Me dejé caer, no oponiendo resistencia activa pero sí pasiva. Sabía que un cuerpo muerto presenta mayor esfuerzo para las fuerzas del orden que si ofrece una resistencia activa, ya que de esta última forma ofrece puntos de apoyo. Una de las enfermeras dijo: «¡Qué teatrero!». Tenía razón.

Una vez en la cama, ya para atarme, sí que ofrecí resistencia a los de seguridad. Cuando me ponía tenso, dificultándoles su labor, uno que había a mi lado me sonreía, por lo que creía que estaban de mi lado aunque tuvieran que hacer lo que estaban haciendo, y que me iban a dejar atado pero con holgura para que me pudiese tocar el miembro. Atar a una persona por dejar caer una toalla... ¡¡Ya hay que ser desgraciado!! Una chica gritaba desde fuera que la dejaran pasar, que me quería hacer una felación. Entendí que había llegado al lugar adecuado para tener sexo pero que nos lo iban a poner algo difícil. Me tuvieron atado dos días, y me desaté en varias ocasiones y rompí varios colchones y almohadas con mis manos durante ese periodo y con posterioridad a él, por lo que me ataron alguna vez más. Una enfermera me dijo que iban a pasarme la factura a mi cuenta con la intención de que desistiese, y yo le dije que hicieran lo que quisieran. La creí, pero como no tenía un puto duro pensé en declararme insolvente.

Al final, en el periodo en el que estuve internado ligué con tres chicas, y aunque ya no tenía la ideación que me llevaba a creer lo que me habían dicho los policías, la vida me proporcionó algo parecido. Derivado de haberme besado con una de las chicas, tuve un conflicto con su pareja, la cual entró después. Me dijo que me buscaría y que cuando encontrase la felicidad en la vida me la arrebataría.

Al final de este periodo de internamiento pasaba muchas horas durmiendo debido a la medicación. Por eso el psiquiatra me puso otras pastillas además de las que me tomaba «para activarme un poco», según él. «Ni que fueran tripis», le respondí.

Al final salí de nuevo, ya totalmente fuera de toda ideación paranoide, aunque la medicación que estaba tomando me hacía polvo anímicamente. Se trataba de Haloperidol. El psiquiatra al que fui de la seguridad social, «V», me lo fue retirando paulatinamente. Ha llegado a mis oídos muy malas historias del Haloperidol. Es de los peores medicamentos que he tomado, si no el peor. Tengo entendido que fue de los primeros medicamentos en utilizarse para tratar las enfermedades mentales en el siglo XX. La investigación médica, y con ella los medicamentos, han avanzado bastante desde entonces. También es verdad que aquella vez salí del todo de mis ideaciones paranoides, quizá gracias a este medicamento. O quizá no. El caso es que al final solo tomaba, como antipsicótico, el Xeplion, una variante de la risperidona (principio activo del Risperdal) inyectable.

En Semana Santa hice un viaje a Fuengirola con mi padre y su por entonces pareja. Durante la estancia en dicho lugar, tuve otra crisis. Todo comenzó la primera tarde en el hotel. Tenía unos vecinos que se dedicaron a follar escandalosamente, cosa que me excitó, con lo que me masturbé con excelentes resultados: era como si la barrera de la medicación que me bajaba la libido y hacía que no eyaculase hubiera desaparecido por completo. A partir de ahí comencé a sentirme cada vez más confuso. Después fuimos a la búsqueda de unos familiares de la pareja de mi padre, para lo cual me dejaron decidir el medio de transporte a utilizar para ir a verlos, así que elegí el tren. Ya en este medio, me puse a hablar con un tipo que tenía un montón de papeles. Le pregunté que si Fuengirola venía de «la fuente que gira», y me dijo que no. Hablamos un poco más, y nos bajamos en la misma parada. Allí había una iglesia, por lo que le dije: «The church». El hombre me dio las gracias. Deduje por sus papeles, en los cuales parecían figurar direcciones, que aquel hombre estaba trabajando por la revolución en esta ciudad y, aunque era un asunto que a mí me pillaba algo alejado, al estar en sintonía en esos momentos le debí dar una clave inconscientemente.

Después fuimos al piso de la familia de la pareja de mi padre; ahí ya me encontraba bastante mal. El dueño del piso declaró ser guardiacivil, contando alguna anécdota de la época del franquismo, y yo me sentí en la boca del lobo. La conversación transcurrió por otros derroteros, y en un momento dado me tuve que salir al balcón porque me sentía agobiado con tanta gente. Cuando llegó el momento de que mi padre y yo nos volviéramos al hotel, una de las mujeres nos dijo que podíamos volver andando, que había artistas que hacían esculturas en la arena. Yo dije que sí, y ella nos indico que llegando al bar tal, debíamos torcer a la izquierda y meternos en el pueblo. Nos pusimos a andar, y efectivamente vimos distintas esculturas en la arena, algunas religiosas, otras de cuentos de hadas o fantasía, animales... Para mí tenían un significado especial que ahora mismo no puedo traducir a palabras. Andando, pasando el tiempo, se me olvidó el nombre del bar por donde teníamos que abandonar el paseo marítimo, y mi padre tampoco lo recordaba, así que cuando vi un letrero en el que ponía un nombre parecido nos metimos entre los edificios a la izquierda. Y nos perdimos. Esto aumentó aun más mi confusión, y aquella noche terminó por desatarse la crisis.

Ya en la habitación del hotel, intenté conciliar el sueño, pero no hubo manera. Daba vueltas y más vueltas, me encontraba fatal. Surgió en mí la idea del suicidio; saltar por el balcón parecía la solución. Solo debía tomar la determinación de hacerlo, y lo más probable es que en el último instante esa idea se disolviera, como así lo hicieron las ideas de tomarme las setas, o la de matar a mi pareja. Pero también podía suceder que no cambiase de idea, y que finalmente saltase...

Llamé a mi padre a eso de las tres de la mañana, y le dije que me encontraba mal y que no podía dormir. Se vino a mi cuarto y estuvo un rato conmigo. Mientras él estuvo allí, me metí en el cuarto de baño y me di un baño caliente. Simulé cortarme las venas con el billete del tren y dejé que la sangre imaginaria se trasladase de mi cuerpo al agua caliente. Fue un burdo apaño que creí que iba a funcionar mejor de lo que lo hizo, aunque el baño me relajó un tanto. Al final mi padre se fue, y terminé por dormir unas pocas horas a los pies del sillón extensible del cuarto, casi en el suelo.

Desde el momento en el que he sentido algún tipo de conflicto hacia el sexo opuesto en lo tocante a relaciones de pareja, siempre había pensado que antes de hacerle daño a la otra persona me lo haría a mí mismo o terminaría con mi vida. La experiencia me ha demostrado lo contrario, ya que no dudé en levantarme de la cama aquella vez e ir a la cocina para terminar con la vida de mi pareja, pero no pude tomar la decisión de tirarme por el balcón en esta otra ocasión.

A la mañana siguiente, mi padre me avisó para desayunar en la parte de abajo del hotel. Cuando llegué, fui incapaz de elegir mi desayuno, y me senté, incapaz también de proferir palabra alguna. Entonces mi padre se dio cuenta de que estaba mal, y fuimos en un taxi al hospital. Todo se me antojaba eterno, sobre todo la espera en urgencias. Cuando me tocó el turno y pasé con mi padre a que nos atendieran, apenas podía describir lo que me pasaba. Solo podía articular que no era capaz de dormir. Mi padre fue el que habló durante todo el rato, pero tampoco era capaz de decirles lo que me pasaba, ya que el único que lo sabía era yo. Al final, me dieron unas pastillas de Zyprexa y me dijeron que me tomase una antes de acostarme. En cuanto llegamos al hotel (sería media mañana), me tomé una y me acosté. Cuando me la tomé, mi padre hizo el ademán de decir algo, pero no lo hizo. Creo que entendió que había pasado casi toda la noche sin dormir y que necesitaba sueño aunque no fuese la hora.

Al medio día mi padre me trajo un bocata de lomo, y yo le dije que no tenía hambre. Él se puso algo violento, y me dijo de mala hostia que no se iba a tirar, que él se había gastado el dinero en la comida por algo y que no se iba a desperdiciar. Le di un bocado al bocado sin gana alguna, y cuando mi padre salió del cuarto tiré el mismo a la papelera.

Por la noche andamos un poco por el paseo marítimo. Vimos otra vez las esculturas en la arena, y a los chicos que las hacían. Les dije: «Transformation the religion in art». Uno de los chicos me miró sonriendo, como asintiendo.

Había dos cajas donde echar dinero, una a la luz, y otra más allá, en la más absoluta oscuridad. Yo pensé que el dinero que se echaba a la luz era para cuestiones superficiales, y el que se echaba en lo oscuro era para necesidades primordiales, así que eché veinte euros en la segunda caja. Mi padre, o no se dio cuenta, o no quiso decirme nada. Cuando vi una escultura de gnomos bastante larga, pensé que cuando entras en el mundo de fantasía es muy probable que no vuelvas. Tuve cierta impresión ante esa idea.

Apenas cené nada, y mi padre me dijo que era una pena desperdiciar así la comida, pero estuvo más suave que con lo del bocado.

Al día siguiente habíamos quedado para comer con toda la familia de la pareja de mi padre, que eran bastantes. Yo, por la mañana, insistía bastante en que nos fuéramos, porque me encontraba francamente mal, y sabía que la comida iba a ser una dura prueba para mí. Mi padre le quitó hierro al asunto de una forma un tanto desconsiderada, diciendo que teníamos pagado un día más y que de ninguna manera nos podíamos ir aquel día.

Mi padre y yo nos dimos un paseo matutino por la playa. Andar por entre la arena hasta la orilla del mar era eterno, nunca se llegaba y no había sendero que indicara el camino. Al fin llegamos al agua, y me mojé los pies. No tenía la sensación de haber logrado nada, la pesadez de lo eterno que había supuesto el camino contaba más. Luego regresamos al paseo marítimo, y el trayecto resultó igual de eterno (no había tiempo antes de andar por la arena, ni después).

Volvimos al hotel, y nos preparamos para ir a la comida. Yo me puse a hacer la maleta porque seguía con la idea de que nos fuéramos. Cuando llegó mi padre a la habitación, se puso realmente violento, cogiendo la maleta y poniéndola de un golpe sobre el mueble mientras decía: «¡¡Que no nos vamos, joder!! ¡¡Que tenemos pagado el día de mañana por algo!!».

Yo llevaba una camiseta azul con un par de tipos bailando sobre un coche bocarriba. La verdad es que hacía apología de la destrucción de vehículos y demás enseres durante las manifestaciones. Mi padre me puso una camiseta de manga larga encima. Con el calor que hacía, yo deduje que no era para que no pasase frío, sino para que la familia de su pareja no viera la camiseta y no se sintieran contrariados. Lo acepté, no estaba como para resistirme a muchas cosas, aparte de que asumí esa explicación en mi cabeza como algo que debía ser así.

Una vez en el sitio, estaba entre perfectos extraños exceptuando a mi padre y su pareja, y los familiares que conocí hacía un par de días. Me acerqué al guardiacivil y le dije: «Yo soy de los otros». Él asintió, sin dar demasiadas muestras de nada. Supongo que entendería lo que quisiera entender. Luego estuve con una pareja de chavales jóvenes. Él llevaba una pulserita de tela de la bandera de España. Le dije, señalándola: «¿Y esto?», a lo que la chica contestó que era una moda sin importancia entre los chavales de la zona. No sé si hacía referencia a las pulseras en sí o a la bandera de España. El caso es que el tema se suavizó. Mi intención era estar en aquel encuentro y no ocultar quién era yo sin causar por ello excesiva contrariedad. Me sentí mejor después de estas dos conversaciones.

Mi padre me había dicho que podía acostarme en el coche si así lo quería. Es decir, él sabía de sobra que no me encontraba bien. Durante la comida me levanté varias veces de la mesa. Seguía sin apetecerme comer, y me encontraba mal entre tanta gente. La primera vez fui al coche a tumbarme, pero hacía bastante calor y era imposible permanecer en el vehículo sin cocerse. Fue algo mal planificado por parte de mi padre, cosa que yo ya sabía. Me monté en un columpio y me balanceé suavemente mientras contemplaba cómo los charcos en el asfalto del agua recién llovida se iban transformando a través de leves y rápidas evaporaciones ascendentes. El tiempo parecía haber desembocado de nuevo en una realidad eterna que solo tenía sentido en sí misma durante ese cuadro situacional. Volví a entrar, y el camarero me puso un plato en una mesa al lado de la barra, fuera del comedor, y me instó a que comiese algo. Le hice caso, aunque no comí mucho.

En todas mis salidas de la mesa del comedor, el camarero me ponía algo de comida fuera, en la mesa al lado de la barra, y yo comía algo. Se convirtió en mi sitio durante aquel encuentro. Resulta que, además de un encuentro entre los familiares de la pareja de mi padre, se celebraba el cumpleaños de una de las mujeres. Llegó la tarta, y el número en forma de velas era el cero (luego me enteré que fue porque la vela de las decenas se había roto). En aquellos momentos fue de lo más significativo para mí dado el estado en el que me encontraba. El cero era la nada en la que estaba; era eso lo que se celebraba.

Después de la comida, fuimos al hotel; se hicieron las maletas y nos fuimos. Durante el viaje experimenté una ausencia de perfil psicológico y de tiempo. En un pueblo le dije a mi padre que parase y que me dejase conducir. Él reaccionó con violencia, metiéndome en el coche a la fuerza, poniéndome de malas maneras el cinturón y diciéndome que no iba a conducir. Yo le dije que por lo menos le dejase conducir a su pareja, a lo que se negó también. Lo que yo pretendía es que no llevase siempre él el timón, que no dirigiera siempre él.

El resto del trayecto experimenté cómo la realidad se iba formando conforme lo colectivo lo iba soñando o imaginando. No sabría decir si esta colectividad era el ser humano, todos los animales, los seres vivos o absolutamente todo lo que contenía esta misma realidad, dándose quizá la paradoja de que al mismo contenido de la realidad se le daba forma desde ese mismo contenido, formando unas cosas a las otras y las otras a las primeras. Era un estado difícil de explicar mediante el cual comprendía la realidad desde un prisma en el que no había un dios creador o fuente primera, sino que la misma realidad se daba a sí misma estructura, y suponía una continuación y una forma de concretar lo que había experimentado en otros estados similares experimentados por mí con anterioridad.

Cuando llegamos a la altura de Santa Amalia, en vez de desviarse hacia nuestra casa, mi padre siguió recto. Estaba anocheciendo, y comprendí que me llevaba a Mérida. Le dije que quería ir a casa, pero él no respondió. Le cogí la mano a su pareja durante lo que restó de trayecto.

Ya en Mérida, ante las preguntas del psiquiatra de turno respondí poco; casi todo lo hablaba mi padre. Yo dije que me hacía daño la camiseta de mi padre (era de su equipo de fútbol), y mi padre se la terminó tapando, por lo que «descubrí» que en esta realidad mis propios deseos la daban forma también. Estaba deseando fuertemente que sucediese algo que evitase mi internamiento, pero no sucedió. Me dijeron que me desvistiera y que me pusiera el pijama. Tenía un guardia de seguridad a cada lado, y me negué a bajarme los pantalones, por lo que me desvistieron ellos. No tuvieron que emplear la fuerza porque yo no estaba como para presentar demasiada oposición. Me sentaron en una silla, y yo puse los pies en el suelo para evitar que me trasladasen, a lo que ellos reclinaron la silla y me llevaron hasta la planta de salud mental sobre las dos ruedas de atrás.

Durante esta estancia en la planta estuve durmiendo a casi todas horas. Estaba vencido totalmente por la medicación. El psiquiatra de siempre, T, me dijo que había recaído porque el psiquiatra de la Seguridad Social que tenía me había quitado el Haloperidol demasiado rápido. Es muy posible que así fuera, aunque nunca tendré una certeza al respecto. Una de las veces que me llamó para hablar con él, nos hizo una sesión conjunta a dos pacientes a la vez. Lo cierto es que primero nos preguntó que si no nos importaba, y al principio no vi el problema,

pero durante la consulta no me gustó enterarme de cosas privadas del otro chico y viceversa, que él se enterase de cosas mías. Fue una mala práctica que utilizó T para ahorrarse tiempo. En otra sesión con este mismo psiquiatra, me propuso que fuese a su consulta privada. Le pregunté que si cobraba, y me dijo que claro que sí. Me negué en rotundo. El descaro de T parecía no tener límites.

En otro momento en el que tuve que ir con T, me dieron una sorpresa presentándose allí N, mi anterior psicóloga del centro de día, junto con otra trabajadora de ese centro. Estuvimos hablando un rato, y yo dije que en la actualidad dormía bastante, a lo que me dijeron que eso lo iríamos trabajando en el centro de día.

Llevaba mucho tiempo observando lo que pasaba cuando entraban a la planta por la puerta del pasillo común a los internos. Esperé mi momento, y me situé a media distancia cuando abrieron para que pasasen las bandejas con la comida. Las traía una enfermera o celadora. Cuando entró, antes de que cerrase la puerta, me colé. Ella me agarró, cayendo al suelo, y otro interno la ayudó a sujetarme. El muy cabrón, que tanto se las daba de estar contra los médicos y de que había estado en la cárcel psiquiátrica, qué bien supo ponerse de la parte que le convino en aquel momento. Aunque a ver qué hubiese hecho yo en pijama por Mérida sin dinero ni nada que se le pareciera...

En otro momento, y estando hasta los huevos de estar allí encerrado, ya del todo estabilizado de mi crisis y sujeto a las directrices del protocolo psiquiátrico que nada tiene que ver con si uno está bien o no, cogí la silla que había enfrente del mostrador, la levanté, y la fui a estrellar contra la ventana de la sala donde nos reuníamos con los familiares. Se dio la circunstancia de que había una del personal al otro lado, aunque mi intención no era dañarla. Mientras blandía la silla, grité: «¡¡Quiero salir de aquí!!». Por suerte, el cristal no cedió. Me sujetaron entre varias, aunque no opuse resistencia alguna, y me llevaron a la ya conocida camilla de seguridad, donde me ataron y me dieron una pastilla. De camino a la habitación nos acompañó R, la psiquiatra que me atendió en la crisis de la primavera pasada; fue la que me preguntó si quería que me internaran oirme para casa. La consideraba por aquel entonces la mejor psiquiatra de la fauna que habita el centro, por lo que me sinceré con ella mientras me llevaban agarrado. La dije que mi madre era el toro bravo, y mi padre el toro manso, a lo que otra profesional le dio un nombre técnico a esa circunstancia hablando con la psiquiatra. Ella (R) me dijo que para las personas como yo estaba la opción de ser internado, y que podía serlo de media jornada, por ejemplo. Yo le dije que era una buena profesional.

En esa ocasión solo estuve atado una tarde. Cuando me soltaron, me dijeron que si me ponía nervioso se lo dijera a alguien para que me metieran en la habitación otra vez y me ataran. Al día siguiente les dije que estaba nervioso, aunque no era cierto, y estuve un rato atado. Al otro día se lo dije de nuevo, y ya no me hicieron caso.

Una serie de reflexiones

Después de aquel internamiento, ya fuera, mi psiquiatra V me fue retirando otra vez el Haloperidol con el cual me volvía a encontrar fatal, pero esta vez de una forma más paulatina. Al final me quedé solo con el Xeplion, y fue bajando la dosificación hasta llegar al de 75 miligramos. Con el Xeplion volví a tener problemas de colesterol, de obesidad, de libido baja... una mierda, vamos. Pero son efectos secundarios que asumí por un bienestar mayor. Esta serie de crisis me sirvieron para tomar consciencia de la enfermedad y de quién soy realmente; no cabía otra interpretación que la de la enfermedad mental.

No todo lo que me ha sucedido ha tenido repercusiones negativas, apareciendo en alguna de ellas brotes de imaginación y comprensión que, aplicados a mi vida, a cuestiones artísticas o de trabajo han tenido muy buenos resultados. Eso no quiere decir que merezca la pena. Hay circunstancias en las que me tomo como un reto este padecimiento, pero en otras es, simple y llanamente, una putada.

Hay ideaciones delirantes que, pese a estar restablecido por completo, han perdurado bastante en el tiempo. Poco a poco he ido superándolas, desincrustándolas con paciencia de mi ser. Por ejemplo, mantuve una postura misógina bastante acentuada, lo que se tradujo en que me parecía un error tener amistades femeninas. Corté el lazo con prácticamente todas las mujeres de mi vida, y poco a poco he ido cambiando esta forma de pensar y he ido recuperando, en la medida de lo posible, ese contacto y esa amistad con mis amigas y demás mujeres que poblaban y pueblan mi vida.

Mi padre, después de salir yo de la planta de Mérida, me dijo que qué buenas habían sido las del centro de día al acercarse a Mérida preocupándose por mí. Yo le dije que de buenas nada, que era su trabajo y que a ellas les interesaba laboralmente. Asistí un par de días con mi padre a la consulta de N, pero fue desastroso. Alguien del centro de día, puede que ella misma, le había dicho a mi padre que L, mi último psicólogo, había estado encarcelado. Esto provocó un fuerte rechazo hacia L en mi padre, lo cual originó varias discusiones domésticas entre él y yo. Hoy en día pienso que N estaba más que bienintencionada, pero creo que no lo supo hacer bien. Yo, por aquél entonces (y durante mucho tiempo después) mantuve mis creencias esotéricas y místicas prácticamente intactas. Pienso que N no se dio habilidad para explicar y explicarme por qué había que desconfiar de L. Hoy en día lo tengo bastante claro, y no por ella, huelga decir. Prescindí de los servicios del centro de día para mi recuperación, pese a la pequeña presión de V en el sentido de asistir a los mismos. No quería que se justificasen sus sueldos de mi situación, dada lo que creía su mezquina actuación en mi caso. De todas formas, no es que metiera a todos los profesionales de este centro en el mismo saco.

He de decir que desde las últimas crisis arriesgué en algún momento con algunas cosas o forzado algunas circunstancias. Cuando escribí este texto la primera vez, hice un viaje largo. Sabía que podía ser precipitado, y así resultó. Todavía recordaba lo que había supuesto para mí hacer el viaje a Fuengirola, y sabía que en el acto de viajar había cierto riesgo para mí. De resultas a este viaje, se me acentuaron esa especie de presiones y tensiones en el cuerpo que en

otros momentos supuso un identificarlas con un lenguaje determinado, dotándolo de ente y utilizándolo de consulta; solo que esta vez no lo tuve en cuenta en mi toma de decisiones y no desembocó en crisis, aunque me estuvo jodiendo el viaje y varios días con posterioridad a él. He llegado a la idea, que solo es una idea y no una conclusión como tal, de que esa especie de presiones y tensiones que siento dentro bien pudieran ser una manifestación de la ansiedad. No en vano la ansiedad es explicada por algunos como el guerrero de las mil máscaras.

Si bien al principio consideré a V como a la mayor parte de los psiquiatras, y es cierto que no entra a profundizar, como es común a la mayoría, también es verdad que me ha demostrado que no tiene ningún trato con ninguna casa comercial (o eso creo). Durante una consulta, le dije que los avances médicos debían servir para que los pacientes mejorásemos nuestra condición, y que las empresas farmacéuticas cada vez iban sacando al mercado medicamentos con menos efectos secundarios; por lo tanto, yo, como paciente, me quería ver beneficiado de esta evolución. Él me dijo que en seis u ocho meses iba a salir al mercado una versión de Abilify en inyectable mensual, y que no había problema en que probásemos con él. Esto me dio una seguridad y una confianza en V como no había tenido con ninguno de los psiquiatras que me habían tratado hasta ese momento, porque me demostraba que no tenía preferencias por ninguna marca comercial. Es una pena que hoy en día esto sea lo raro, y no lo contrario. Actualmente, V no es mi psiquiatra, por circunstancias que ahora no vienen a cuento. He solicitado una vez el cambio de psiquiatra y otra el cambio de psicóloga, con excelentes resultados en ambas ocasiones. Creo que es un ejercicio bastante interesante, el cambiar de profesional, y es un derecho del paciente por el que muy pocos optan, por desgracia. Uno se suele acomodar, acatando como un borreguito sumiso toda directriz, toda acción pretendidamente terapéutica, y toda medicación. Y a veces hay que plantarse y negarse a alguna cosa. Si no, mal vamos, como mal iríamos si nos negásemos a todo por sistema.

Después de V, tuve a una psiquiatra con buen fondo pero algo ilusa. Cuando le comenté que yo leía cómics, me dijo que eso estaba muy bien, que eran muy divertidos. Se ve que esta señora no había leído «Palestina». Pontificar sobre lo que uno no sabe en vez de reconocer la ignorancia propia por miedo a preguntar y que de esta forma se sepa que uno no lo sabe todo te hace quedar un poco mal frente a los que sí saben algo. Se puede ser muy psiquiatra y no saber gran cosa más (lo cual, tampoco es que sea necesario).

Después de esta psiquiatra, vino otra. Es la mejor que he tenido nunca. Con ella comprobé que el psiquiatra no tiene por qué ceñirse a preguntas mecánicas de las que se obtengan respuestas de la misma naturaleza y para nada relevantes. Aparte de esto, con ella realicé un ejercicio de toma de decisiones y de empoderamiento bastante interesante, siempre buscado por mí y, en esta ocasión, alentado por ella.

Aparte de las circunstancias anteriormente mencionadas durante y después del viaje realizado a Zugarramurdi, y desde las crisis, alguna vez he tenido alguna pequeña alucinación visual o auditiva: he creído escuchar algún sonido que no existía, o he creído ver fugazmente alguna figura o sombra que no estaba ahí. Generalmente, en el caso de las visiones fugaces, suceden en la periferia de mi visión, valga la redundancia. También he tenido algún leve delirio; recuerdo uno, en la tienda de un amigo, durante el cual yo estaba apoyado en un mueble y tuve la momentánea consciencia de ser el mueble apoyado en mi persona.

La libertad total con la que me obsequió de L fue un regalo envenenado, una práctica desastrosa, aunque el haberme pegado la hostia haya servido para tomar consciencia de lo que tengo y de quien soy. No sané enfrentándome sin medicación a mis crisis.

Durante algún tiempo tuve la idea de que durante las actividades que realicé en Magacela di algún paso en falso, realicé alguna práctica mal, y por consiguiente tuve un «accidente psicológico o espiritual». Hoy en día pienso que esta idea es una chorrada.

Los profesionales cercanos a posturas biologicistas suelen clasificar casi todas las circunstancias que hacen aflorar una enfermedad mental como catalizadores: una mudanza, la muerte de un ser querido, una ruptura amorosa... Y digo casi todas, porque las drogas las catalogan como causas y no como catalizadores (al menos es lo que a mí me dijeron). Es una catalogación sin duda errónea, y aquí no es solo mi criterio el que habla. Por otro lado, los antiprohibicionistas solo suelen resaltar los aspectos positivos de las drogas alucinógenas y no los negativos.

Los «profesionales» que trabajan con estados alterados de consciencia, en vez de recurrir más abiertamente a las drogas, han desarrollado otras técnicas como la de la respiración holorénica o la hipnosis ericksoniana. Por lo que sé, hay países como Francia en donde incluso las técnicas de respiración para alcanzar estados alterados de consciencia han estado prohibidas.

En los ámbitos antiprohibicionistas hay posturas de lo más chocantes. He comprobado cómo personas que han experimentado bastantes veces con drogas alucinógenas, y que por lo tanto, es de suponer que deberían tener un cierto crecimiento interior a sus espaldas, en verdad dejaban bastante que desear a este respecto, con lo cual estas sustancias no son ni de lejos una panacea que te lleven a una situación ideal como persona. Como decía un antiguo amigo, las personas espirituales son (o somos) unos hijos de puta con voluntad de enmienda.

Otro asunto a tratar en estas reflexiones que me hago en voz alta es la concepción de enfermedad mental por parte de estos «profesionales» espirituales. Parece que si «caes» en una enfermedad mental has fracasado como persona, o al menos como ser espiritual. Eso puedo deducir de las indicaciones de L, en donde me decía frases como que el loco y el sabio se meten en el mismo mar, el loco se ahoga y el sabio flota, o que desear un internamiento en un psiquiátrico era una idea delirante.

Durante mucho tiempo, tuve la ligera sensación de haber fracasado en la labor de haber integrado positivamente esa parte de mí enferma a través de haberme dejado llevar por mis delirios, y es que la forma de afrontar la enfermedad por parte de los psicólogos espirituales y ese tipo de corrientes de pensamiento chusqueras, hace que te culpabilices por algo en lo que tienes una responsabilidad limitada. Esa es la forma en la que lo entiendo hoy en día.

Con respecto a las prácticas con estados alterados que desembocaron en mi enfermedad, antiguamente, y aún después de mis últimas crisis, recomendaba a todo el mundo que experimentase y que se abriese a ese tipo de vivencias. Creía que merecía muy mucho la pena, tanto como para pagar el coste de una enfermedad mental. Pensaba que lo que se descubría y lo que se vivenciaba, era de una cualidad inimaginable, y que la mayor parte de las veces no comportaba problemas. Ahora no pienso igual.

Parece lógico pensar que, al yo haber tenido un accidente psíquico, me haya puesto en contra de todo lo que creía, en especial de las drogas alucinógenas. Como he dicho en algún otro punto, he defendido durante mucho tiempo que esas sustancias suponían algo positivo para el individuo que experimentara con ellas, aún después de todos mis internamientos. Poco a poco, me he ido convenciendo de que esto no es así. Esto demuestra, para mí, que mi criterio no importa una mierda, y que a los que hay que hacer caso es a los profesionales. La experiencia vivida no le otorga a nadie un título universitario ni autoridad alguna como para dar lecciones de nada. Si yo camino por la calle chupando una piruleta y me cae un rayo, no podemos extraer de ello que a todos los que chupen piruletas les va a caer un rayo. Esto, que parece tan lógico y tan obvio, se nos olvida constantemente. Y así nos va.

ANEXO IV

Respiración con P - Reconsideraciones

Participé en mi primera experiencia con respiración alterada a los 21 años. Corría el año 2001. Fue con P, aunque no fue el primer encuentro que tuve con él. Previamente a este taller, un antiguo amigo y yo le hicimos una entrevista para una revista del ramo paranormal con la cual P quedó bastante disconforme. Hubo torpezas varias por nuestra parte (llegamos tarde a aquella entrevista, la grabadora registró el sonido bajísimo, y no hicimos foto alguna del momento; las fotos para el artículo nos las dejó él mismo, las cuales le reclamó semanas después a mi amigo de forma un tanto airada); y P intentó modificar la entrevista cuando le pasamos el borrador sin mucho éxito (su argumento fue que al preparar el artículo se debían omitir palabras cliché que se suelen decir al hablar -la suya era «básicamente»-, lo que le sirvió de excusa para edulcorar mucho sus palabras, cambiando cosas más o menos controvertidas que él había dicho, y echarse flores).

Finalmente, se publicó dicha entrevista como mi amigo y yo la concebimos en principio, con lo cual empecé ya con mala pata con este señor.

Para el que no lo sepa, la técnica para llegar a estados alterados de consciencia de la que se habla aquí es la respiración holotrópica u holorénica, la cual consiste en respirar de forma acelerada, una forma de hiperventilación en la que el cerebro entra en hipoxia (por lo que leí al mismo P. No sé si este término es correcto, creo que otra forma de definir esta hiperventilación es la hipocapnia).

El curso costaba 40.000 pesetas por participante, creo recordar. Más o menos 240€. Incluía alojamiento, desayunos, comidas y cenas.

El taller empezó un viernes por la tarde-noche, y finalizó un domingo. Era todo un fin de semana completo.

El viernes por la noche, P nos pidió que le describiéramos en pocas palabras los problemas que teníamos en la actualidad. Yo le comenté brevemente cosas de mi familia y de una ruptura amorosa.

Como consecuencia de esta charla, me pidió que realizara una serie de dibujos (cosa que les pedía a todos, dependiendo el número y el motivo de tales dibujos de las características personales del sujeto en cada caso, supongo), a saber: «Yo», «Yo y los demás», «Las chicas y yo», y «Mis padres y yo».

Al día siguiente, por la mañana, dieron comienzo una serie de ejercicios que iban destinados a la apertura emocional, el supuesto desarrollo de la intuición y la concienciación de la muerte personal relacionada con la emotividad hacia los seres queridos.

La verdad, nada de esto me dejó con buen sabor de boca, ya que tan solo hallé cosas que ya sabía. Con esto no quiero decir que esperase algún tipo de iluminación ni nada parecido. Lo que menos deseaba era repasar cosas de las que ya era consciente desde hacía algún tiempo gracias a sueños que creía mucho más clarificadores y significativos.

El taller fue desarrollándose dentro de la normalidad, cumpliéndose los objetivos prefijados antes de la experiencia, esto es, apertura emocional y unidad grupal al más alto nivel. Había ejercicios de distinto tipo. De lo que yo recuerde, había uno en el que debíamos dejarnos caer hacia atrás desde cierta altura en una colchoneta de espaldas. Había otro en el que nos teníamos que imaginar que habíamos muerto, y escribir una carta de despedida a nuestros seres queridos. También baile, mucho baile, con la música muy alta. El baile iba intercalándose al resto de ejercicios. Había varios de estos ejercicios en los que teníamos que vendarnos los ojos. Uno de ellos consistía en hallar a P en la estancia intentando utilizar una especie de guía interna. Todos lo encontraron en una franja de tiempo más o menos aceptable, menos «UN» y yo, que tardamos más que los demás, teniendo que unir al final nuestras fuerzas para lograr nuestro objetivo buscando apoyo el uno en el otro.

La mayor parte de los ejercicios, creo que eran para fomentar la confianza ciega en el otro, o en los demás.

Después de esta serie de ejercicios, se nos pidió emparejarnos. El sábado por la tarde respiraría uno de los componentes de esa pareja, y el otro lo cuidaría. Al día siguiente, por la mañana, se invertirían los papeles.

Al fin llegó el momento de la supuesta catarsis, y la mitad de nosotros nos preparamos alegremente para «morir», delegando la responsabilidad de nuestro cuerpo a nuestro acompañante, a P (que era nuestro guía en común), y a su ayudante.

Y pasó de todo y para todos los gustos.

P se acercó un par de veces para manipularme, causándome gran dolor (este fue uno de los puntos más conflictivos del taller, del que hablaré más tarde).

Aparte de estos detalles, lo que fue la experiencia en sí llegó más tarde, considerablemente más tarde.

Al finalizar la supuesta catarsis, abrí los ojos. Lo primero que hizo mi compañera fue abrazarme. Al poco, llegó la ayudante de P, y se unió al fuerte abrazo al tiempo que musitó: «bienvenido». Una creciente sensación de desasosiego creció en mi interior. Bienvenido, sí, muy bien, pero... ¿de dónde?

La certidumbre de que la prueba había sido un fiasco la tuve en ese nudo en la garganta que me proporcionó tanto abrazo y muestra de cariño, ya que eso iba destinado a alguien que hubiese atravesado otro tipo de lance distinto al mío. Decidí salir en ese mismo instante de la habitación. Mi acompañante me siguió, y le relaté brevemente lo sucedido.

Después de mi amarga decepción y de que P nos diera tiempo para escribir y relajarnos, nos reunimos todos en círculo y P nos indicó que sería bueno que cada uno comentara su experiencia. Y, efectivamente, cada cual comenzó relatando lo ocurrido en el momento de la supuesta catarsis.

Todo me parecía espectacular; era increíble porque... ¡todos parecían haber tenido una experiencia de lo más asombrosa! Estaba escuchando boquiabierto todos y cada uno de los relatos, y me desasosegaba de tal manera que decidí no comentar mi supuesto fiasco por no romper el buen ambiente que reinaba en la estancia. Eran tan fuertes los vínculos que habíamos creado en el grupo, que me pareció que si comentaba mis ideas en ese momento, la iba a cagar, iba a destrozar todo aquel «buen rollo». Pero, como descubriría poco después, yo no era el único que sentía esta discordia interna; es más, hubo quien se sentía peor que yo...

Este sentimiento fue algo importante. Todo estaba orientado hacia la culminación con éxito de la experiencia, pero... ¿qué pasa si la experiencia no parecía haber surtido efecto? ¿Cómo encajaba esto el que dirige el taller?

Una cosa que repetía P, no solo durante ese fin de semana, sino en todos los encuentros posteriores que tuve con él, es que fuera de allí no nos iba a entender nadie, algo que era manifiestamente falso. Así lo entendí entonces y siempre; desde el primer momento en que escuché esas palabras hasta la fecha es algo que me ha estado chirriando constantemente.

Como iba diciendo, en aquel instante me sentía desasosegado. Era un sentimiento como el que tiene un niño reprimido cuando se siente menospreciado por sus amiguitos, aunque estos no tengan conocimiento de su estado.

Le llegó el turno a «UN», y todo cambió. Me reconfortaba la tranquilidad con la que expresó la crudeza del hecho de que ella no había pasado por las maravillosas experiencias que los demás relataban, y no es que se me antojasen maravillosas por el aparente hecho de ser benéficas o traumáticas, sino por el simple hecho de haberlas tenido, de haber atravesado el lance.

Cuando «UN» hubo relatado su no-experiencia y expresado su disconformidad ante el volumen de la música, P puso en práctica una especie de juego psicológico. Dijo que ella misma se había puesto al lado de uno de los altavoces y que, si tanto le molestaba la música alta, que por qué lo había hecho, dando a entender que ella misma se había buscado el que la experiencia fuera nefasta (sic)...

He de reconocer que si «UN» no hubiese hablado, yo no me hubiera atrevido a hacer lo propio, ya que era más fuerte en mí el sentimiento del ridículo encubriendo al de la cobardía que el de la simple y llana sinceridad.

Entonces, y ya aprovechando el mazazo del disconformismo, intenté expresar con palabras las escasas y caóticas visiones que me habían surgido en el transcurso de la supuesta catarsis. Comenté que la mayor parte de mi experiencia la había conformado una serie de imágenes inconexas entre sí como las que se tienen en el duermevela precedente al sueño. Luego intenté esbozar de alguna manera la interpretación que le daba a alguna de las visiones... Pero era una misión abocada al fracaso, ya que no me expresaba con claridad.

Ya para finalizar, dije que había tenido sueños mucho más significativos y clarificadores en cuanto a aspectos desconocidos de mi vida que aquellas visiones, las cuales no hicieron otra cosa que indicarme cosas que ya sabía.

También comenté que mis sueños jugaban un papel muy importante en mi vida (por aquel entonces, era así), ya que para mí suponían una gran herramienta para desentrañar los entresijos de esta.

Y aquí dio comienzo el toma y daca del juego psicológico del guía hacia mí. P intentó «pillarme» en un principio dándole la vuelta a algunas de las afirmaciones que había mantenido. Planteó la duda de que, si bien mis sueños suponían algo muy importante en lo que basar la interpretación de mi vida, cómo era esto posible si yo mismo había dicho que había tenido una serie de visiones caóticas como las de mis sueños. Tuve que volver a matizar que las visiones tenían paralelismo con el estado precedente al sueño, no al mismo sueño. Sabía perfectamente por dónde iba con este juego, lo cual me parecía de lo más absurdo y ridículo viniendo de quien provenía, ya que por aquel entonces le tenía en una alta consideración.

Entonces dirigió sus planteamientos en otra dirección, y continuó diciendo que era realmente difícil basar u orientar tu vida en torno a la interpretación de tus propios sueños, que no era correcto seguir este camino y que ni él mismo era capaz de hacerlo. Dio por finalizado su discurso asegurando que yo debía haber leído la información referente a la interpretación onírica en «algún libro de OVNIS» (supongo que lo dijo por mi afinidad a las publicaciones del ramo paranormal), y que me planteara el tratamiento psicológico. Lo único que me atreví a contestar ante tan estrafalaria conclusión era que me había prejuzgado, ante lo cual tan solo obtuve la respuesta de una mirada que caía al suelo acompañada de un evidente silencio.

Tuve la sensación de que P se cobraba el revanchismo, no solo de que en mí no funcionara la técnica (algo que no estaba en manos de nadie), sino también de su descontento con la entrevista que le realizáramos meses antes.

Como complemento al ambiente «distendido» del que gozábamos en ese momento, le llegó el turno a «Ch». A él le pasó algo parecido a lo que me pasó a mí, solo que a él y a su hermana se les jodió toda la experiencia por culpa de las controvertidas manipulaciones a las que nos sometía P guiado por alguna extraña mezcla de «intuición» y experiencia (según él). A mí, en mi caso particular, lejos de ayudarme, me molestó mucho, y no estoy refiriéndome al dolor; si esto me hubiese servido para llegar al estado de alteración, lo hubiese aceptado gustoso en aquel instante.

Él (P), se defendió poniendo en práctica de nuevo el juego psicológico, diciendo que cuando alguien le decía «basta» (que era la palabra acordada de antemano para que cesara las manipulaciones en caso de que el dolor se volviera insufrible para alguno de nosotros, estilo palabra de seguridad para que cesen las actividades BDSM), dejaba de aplicar presión en los puntos clave. Pero esta vez tampoco le sirvieron de nada sus insostenibles argumentos, ya que «Ch», según dijo, había estado consciente durante todo el desarrollo de la experiencia, y se encontraba totalmente seguro (y de qué manera) de haber dicho «basta».

Al día siguiente nos tocó hacer de acompañantes a nosotros, y hubo algunos que tuvieron doble trabajo, ya que de los más contrariados, tan solo permanecimos en el taller «UN» y yo. Me resultó fascinante ver a todas aquellas personas atravesando la supuesta catarsis, y quedé convencido de la autenticidad de la experiencia en aquel entonces, a la par que plenamente satisfecho y realizado gracias al papel de acompañante desempeñado por mí aquel día.

«I» se encontraba a mis pies, y «UN» se encargaba de cuidarle. P se acercó y le empezó a presionar, ante lo cual, el hombre, gimiendo de dolor, profería una y otra vez «basta». Pero P no paró, y «UN» y yo cruzamos una significativa mirada. «I» decía no recordar nada una vez finalizada la experiencia, pero creo que, como dato, no está de menos el recordarlo y tenerlo presente.

Otra discordancia a lo largo del fin de semana la tuvimos con la dueña de la casa donde estábamos. Ella también participó en el taller hasta el momento en el que estalló contra P, no recuerdo ahora si fue durante una comida o desayuno. La mujer, entre lágrimas y gritando, criticó delante de todo el mundo la organización de P.

Un tiempo después, hablé con «Ch» por teléfono, y me dijo que él había hablado con la señora en cuestión, y que por detrás, sin que nadie nos enterásemos, la estuvieron presionando con el tema del dinero que la pagaban por el alquiler del sitio, hasta que la pobre estalló.

Otro aspecto criticable, aunque esto es más de carácter personal, es el título del taller, y varias de sus prácticas; su nombre era «Taller de Integración Vivencial de la Propia Muerte»; lo critico porque en ese tipo de experiencias se puede dar la de pasar por un momento de muerte personal, seguida o no de un renacimiento. Pero no es el único tipo de experiencias que se dan en estos estados. De hecho, la mayor parte de las experiencias narradas por mis compañeros de taller no iban en esta tónica, dejando patente que, por muy dirigida que estuviera la experiencia a tal fin, parece ser que la mera sugestión no era suficientemente fuerte para alterar la naturaleza de estas supuestas catarsis.

Tomar la parte por el todo, eso es lo que hizo P al ponerle aquel título al taller, y proponer cierta cuantía de prácticas destinadas únicamente a este tipo de lances.

Aunque he respetado lo que he podido el espíritu de la narración original de la que he extraído el texto que acabas de leer con la forma de pensamiento que mantenía por entonces, tengo que decir ahora que la técnica utilizada por P es una pseudociencia arriesgada cuanto menos, que para nada tiene el aval científico, y que no creo que sirva para mayor cosa que crear confusión e inducir a error a las personas que pasan por este trance.

ANEXO V

Juicios de valor sobre P

Uno de mis encuentros con P fue cerca de Barcelona, en un lugar en medio del bosque. No me pregunten cómo se llega ni dónde está, porque nunca lo supe; las dos veces que fui, me llevaron.

Aquella vez, tomé ayahuasca; es la experiencia relatada en este libro con el título de «Comunión». La toma la organizó el citado P. No sé si en la actualidad se hacen tomas de ayahuasca allí; supongo que no desde que P montó otra historia. Creo recordar que tomar ayahuasca con él valía por aquel entonces 11.000 pesetas por cabeza (66€ de hoy en día aprox).

La segunda vez que fui a aquel sitio y vi a P fue en un seminario teórico-práctico de lo que se llamaba en ese contexto «enteógenos», que no dejan de ser drogas alucinógenas. Fueron dos fines de semana completos seguidos, de viernes a domingo, en una fecha indeterminada entre mi toma de ayahuasca con P y mis experiencias con salvia divinorum.

El primer fin de semana se tomó ayahuasca y el segundo otra droga alucinógena, la cual se mantuvo en secreto por la organización (sí, nadie supo a ciencia cierta lo que tomó aquella vez). Creo recordar que aquel seminario costaba 80.000 pesetas (unos 480€).

Para describir lo que pasó y lo que se dijo en ese seminario tengo que tirar de memoria, y hace muchísimos años de todo aquello, así que a lo mejor algunas cosas no son de fiar. Lo digo para que se tenga en cuenta.

Para la toma de ayahuasca del primer fin de semana, P trajo a un chamán, creo recordar que de Ecuador, el taita «O» (creo que la palabra «taita» se utilizaba allí para designar al chamán), el cual, además, según P, ocupaba algún cargo dentro del gobierno del país.

Yo le dije a P, delante del chamán al que había traído, que no iba a tomar nada en ese seminario (no estaba pasando por un buen periodo personal, así que decidí no hacerlo), a lo que respondió que no le tuviera miedo a ese tipo de sustancias (sí, me incitó a que, aun así, tomase). El chamán contradijo a P diciendo que cada cual tenía su momento, y que si yo no quería tomar, no tenía por qué hacerlo. Acto seguido, dijo que muchas veces se aprendía más observando la experiencia desde fuera que desde dentro.

En un momento determinado del seminario, había un chico tocando el piano. Cuando terminó, P le dijo, señalándome, que yo era el enemigo. Lo dijo muy en petit comité, estaba aquel chico y poco más, y mi suposición es que dijo aquello porque yo había mostrado varias veces, sobre todo a través de correos electrónicos, una posición crítica al mismo P.

Durante la toma de ayahuasca, efectivamente, no tomé, y me quedé de cuidador. Vi desde fuera, con respecto a él, de una forma esta vez consciente, el circo que se montaba. Donde fuera, tenía su pequeño séquito pisándole los talones, el cual no se quería perder nada de lo que dijera o hiciera P, riéndole las gracias, etc.

Recuerdo un momento en concreto en el cual un colega estaba vomitando; llegó P y me dijo: «¡Dale papel para que se limpie, hombre!» Yo sabía perfectamente lo que hacer, pero él tenía que recalcar que sabía más que nadie lo que se tenía que hacer y que el resto no teníamos ni idea (o esa es la sensación que me dio a mí). Me entraron ganas de soltarle una fresca, pero no lo hice, cohibido por él y su grupúsculo.

El taita O, al finalizar la experiencia, propuso hacer una limpieza espiritual individual a cada uno de los asistentes. Me invitó a que participase, cosa que hice, gustoso.

Me pasó unas hojas por la cabeza y me escupió una especie de aguardiente a la cara (en cualquier otro contexto no me habría hecho ni puta gracia). Me dijo algunas palabras; creo recordar que fue algo así como: «Eres fuerte, y valiente. No pierdas nunca el contacto con P».

Hubo unas cuantas personas que me felicitaron al día siguiente por mi papel de cuidador. Quizá al ver esto, mientras daba una charla para todo el mundo, P me felicitó en público por esta labor. Primero soy el enemigo, luego me felicita... en fin.

En esta misma disertación, pidió perdón público por algunas respuestas que había dado en talleres, diciendo que él también se equivocaba, sin decir qué respuestas eran esas en concreto ni con quién había metido la pata. Hubo compañeras que me dijeron como que se había disculpado conmigo con esto por la respuesta que me dio en el primer taller de respiración que participé dirigido por él, pero yo dije que ni de coña, que era fácil dar una disculpa así genérica sin acercarse a la persona o personas con las que había metido la pata y pedirles perdón por lo que fuera.

El taita O estuvo solo aquel fin de semana con nosotros. Seguido de aquello, voló de nuevo a su país de origen.

El siguiente fin de semana, P nos comentó que tuvo que convencerle para que no nos cobrase las limpiezas espirituales que nos hizo después de la ayahuasca. Creo recordar que su pretensión era que le diéramos 100.000 pesetas cada uno (unos 600€). Por que te pasen unas hojas, te escupan a la cara y te digan cuatro gilipolleces, no está nada mal, más si no avisas antes de hacerlo de que luego vas a cobrar, transformándonos en deudores sin saberlo.

Durante aquel segundo fin de semana, conocí a L, el que años más tarde sería mi psicólogo y que propiciaría mi segunda recaída psiquiátrica. Él también dirigía tomas de ayahuasca, como dije en otro punto de este libro, las cuales cobraba al principio a 22.000 pesetas, lo que en euros serían 132€ (el doble de a como las cobraba Fericgla. La última noticia que tengo de sus tarifas es que las viene cobrando a 390€, dos tomas en un mismo fin de semana, a fecha de marzo de 2022).

Aquel fin de semana nos caímos bastante bien, L y yo, y hasta le hice una entrevista. Él apoyó mi idea de no tomar nada si no era mi momento, disintiendo de la de P.

La toma del sábado aquel, como bien dije, fue con una sustancia sin identificar. Bueno, en verdad fueron dos tipos de sustancias, ya que P separó en dos grupos a los asistentes: por un lado, tomaron una sustancia la mayor parte de los asistentes; y por otro lado, se supone que otra, aquellos que además de haber pagado el seminario, pertenecían a una especie de organización interna dentro de todo el rollo que tenía montado P. Ellos eran como el núcleo duro: recibían información impresa que solo era para ellos, y en algunas prácticas hacían alguna cosa más especial a cambio de pagar una cuota (desconozco la cuantía). Yo tenía algún colega dentro del rollo este, y algo sé por lo que ellos me contaban...

Aquella experiencia del sábado, además de con sustancias, se llevó a cabo con diapositivas proyectadas en una gran pantalla y con música a todo volumen (esto, para los que no eran del núcleo duro). Para aquella experiencia, P puso solo dos normas: nada de violencia, y nada de sexo.

Sin embargo, algunas de las diapositivas eran de carácter sexual (mujeres y hombres con el torso desnudo, y recuerdo una de una transexual con el pene erecto). Luego, había otras en las que salía el mismo P (recuerdo una al timón de un barco). No solo había diapositivas de estos dos tipos, pero lo recuerdo bastante porque me llamó mucho la atención. Las de desnudos, mira que mira, porque no había ningún menor en la sala que yo recuerde, pero en las que salía P... ¿Forma de afianzar al líder drogas mediante? Recuerdo que ni siquiera por aquel entonces me pareció ni medio normal.

El pequeño grupo de élite se fue aparte con la otra sustancia al amparo de otro de los ponentes (no recuerdo su nombre, creo que era alemán) y, según me contaron mis colegas, cada cual traía de casa una foto de familia en la que salían ellos también. El ejercicio, o uno de los ejercicios que me contaron y que yo recuerde, consistía en ver esa foto colocados por el alucinógeno misterioso. Por lo que me contó una de mis amigas de aquel entonces, veían como una especie de líneas de energía que unían o no a los que aparecían en la foto, mostrando las atracciones ocultas en la familia (o esa es, al menos, la experiencia que ella tuvo).

Que de una experiencia con drogas alucinógenas deduzcas que te atraía o le resultabas atractivo a alguien de tu familia deja mucho que desear, más que nada porque es una «información» extraída de una alucinación. Para mí no hay más.

Al finalizar la experiencia de los mortales no pertenecientes al núcleo duro, para la cual P había sido chamán-dj-diapositivista, éste encendió las luces y, sudoroso por el esfuerzo y a lo mejor por la sustancia tomada, se tumbó en las colchonetas para que lo agasajaran. Una colega dijo casi a voz de grito: «¡P está abajo!», como quien proclama que ha descendido dios de las alturas. Y, ya digo, varios, ella y yo incluidos, le estuvimos masajeando (una de las cosas que uno no quiere hacer en el fondo, pero a las que se ve empujado por el grupo).

Después de este agasajar al líder, esta colega estuvo hablando conmigo y otras personas. Ella decía que habría que hacer algo si detenían a P y lo encarcelaban.

Hubo otra anécdota en algún momento durante estos dos fines de semana. Una colega estaba fregando de forma voluntaria un suelo o unas escaleras. Se ve que al señor P no le apetecía que se fregase esa parte en ese momento, y exclamó, de forma despectiva: «¡Mujeres!». De los tres o cuatro presentes, nadie le reprochamos nada ante el sucio comentario, incluida la aludida.

En una de las comidas de aquel fin de semana, la por entonces pareja de P me dijo en público que debía pensar más en los demás porque había cogido, según ella, más ración de la cuenta de uno de los platos. Yo no acerté a contestarla, y P y todos los demás callaron, como dando por buena la crítica. En el precio del seminario se incluía la alimentación. Si faltaba de un plato, no era culpa mía, sino de la cocina (a mi entender).

Cogí Amanitas Muscaria por el monte. Se las enseñé a P para ver si el proceso de secado iba bien. Me reprendió, diciéndome airadamente que no pensase en comérmelas allí. Drogas sí, pero solo las que él suministraba y como él decía que había que hacerse. De todas formas, no tenía pensado consumirlas allí (y no me las comí nunca, las tuve una buena temporada de decoración y luego las tiré).

Creo que antes de aquel viaje alucinógeno colectivo (y si no fue antes de este, sería antes de la de ayahuasca del fin de semana anterior), P nos habló de que durante la vivencia, los que pasasen por la misma podrían experimentar el encuentro con dios. Dijo que en ese tipo de experiencia, dios era como una presencia que te rebasaba por completo; habló de la película de encuentros en la tercera fase como ejemplo de aquello enorme ante lo cual te sientes minúsculo.

Puede que su intención con esto fuera inducir ese tipo de experiencia, pero ninguna de las personas con las que hablé después pareció haber tenido semejante vivencia. Me daba la misma sensación que con el nombre de los talleres de respiración. A mí se me antoja como el que quieran inducirte a tener determinado sueño antes de acostarte. Pues soñarás con ello, o no.

Algún año después de esto, una ex-ayudante (en esos momentos) de P me habló de un tipo de experiencia (no recuerdo bien el nombre, algo así como isnacia o ignsnacia), no sé si solo para miembros del núcleo duro, o restringida de algún modo y no pública (como las tomas de ayahuasca), en la que se pasaban tres días bajo los efectos de una droga alucinógena mientras les lanzaban diapositivas a todo trapo a una pantalla enorme como la que os contaba antes. Me hablaba esta ex-ayudante de P de que era una experiencia super-dura.

También me han hablado de tomas de ayahuasca después de aquellas dos que he descrito, en las que se tomaba tres veces durante el mismo fin de semana: creo que la primera era el sábado por la mañana, la segunda el sábado por la noche, y la tercera el domingo por la mañana. Se ve que P se aburrió de hacer las tomas siempre igual y fue aplicando I+D...

Yo no volví a tomar ayahuasca ni nada más con él, ni a participar en talleres suyos de ningún otro tipo, pero sí llegaban cosas a mis oídos...

Derivado sobre todo del primer taller de respiración al que asistí en Madrid con P, formamos un grupo que nos juntábamos para prácticas de búsqueda interior, sobre todo con estados alterados de consciencia. Hacíamos prácticas y talleres solo para nuestro grupo, como puedan ser canto armónico, lluvia de caricias, yoga, y alguna vez toma de sustancias. Era como una burbuja emotiva en la cual me sentía muy bien, y que al final se mostró falsa casi en su totalidad.

Cuando caí malo con mi primer diagnóstico de enfermedad mental, nadie de este círculo se preocupó por mí ni me llamó, excepto una de las integrantes de aquel grupo. Todo aquel buen rollo y todo ese bombardeo de amor con el que nos obsequiábamos, se demostró falso. La burbuja, con un simple alfiler, explotó.

Uno de mis colegas de este grupo se quejaba de que la formación para dirigir talleres de respiración era interminable con P. Primero proponía pertenecer al núcleo duro y hacer una serie de talleres, siempre de los que él ofertaba, claro. Con el tiempo, iba sumando talleres a la lista de la formación para que te diera el titulito de pseudoterapeuta inventado por él, por lo que la meta, o no se alcanzaba nunca, o estaba lejos y a golpe de billetes. Yo le propuse a este colega que dejase a un lado toda la formación propuesta por P y que se pusiese más pronto que tarde a dirigir talleres por su cuenta. Y eso hizo, frente a la crítica de algunos integrantes de nuestro grupo. Pese a que este colega no cobraba por ese tipo de talleres (nunca se llegó a ganar la vida con ello que yo sepa, tenía su trabajo aparte), hubo ciertas reticencias a participar en sus talleres por parte de los del círculo; preferían pagar a P que hacer lo mismo gratis con mi colega.

Otro de mis colegas de este grupo, participó en una cena informal con P. En esa cena, según mi colega, P declaró que la homosexualidad era una enfermedad. Este colega mío era homosexual, y P lo sabía, por lo que estuvimos tanteando la idea de que, o lo dijo por joder, o porque realmente pensaba eso (incluso puede que por ambas cosas).

También he visto cómo P escribía en público, en su facebook, que fuera de su consulta, no quería tener trato con «locos», que solo se quería rodear de gente cuerda...

Una amiga de este círculo me comentó una vez que participó en una toma de ayahuasca con P donde se les dio el bebedizo a tres niñas menores de edad.

Cuando P montó aquél otro rollo del que hablaba al principio de este capítulo, sé de colegas míos de aquel entonces que llegaron a invertir allí una barbaridad de dinero (2 millones de pesetas uno de ellos, según recuerdo; unos 12.000€) para tener participación en alguna de las propiedades de ese complejo. Cuando me lo dijeron (y ahora más), me pareció increíble.

Cuando se empezó a gestar aquella historia, P lo promocionó de la siguiente manera (creo recordar): «No se trata de un partido político ni de una religión». Bonita forma de definir algo, diciendo lo que no es. Puedo hablar de un boli en estos mismos términos, diciendo: «No es un caballo ni una aspiradora». Solo yo sé que hablo de un boli, pero el que me escuche podrá pensar en mil millones de cosas.

No sé hasta qué punto P ha influido en mi vida o no. Es difícil de saber. Me cuesta aún hoy en día atribuirle toda la causa de mi enfermedad mental a este señor. Me vi influenciado por muchas lecturas además de sus artículos, ya había probado drogas alucinógenas antes de conocerle, y no fue con la ayahuasca con la que tuve, ni mi primer internamiento, ni ninguno de los que vinieron después; tampoco con ninguna de las prácticas que pudiese haber hecho con este señor o con el círculo de pseudo-amistades de Madrid.

¿En qué pudo influir P para que se me desencadenase esta enfermedad? Quizá como figura de autoridad, amparando esta serie de prácticas, las cuales quedaban y quedan respaldadas con sus títulos de psicología y antropología, y habiendo sido profesor en la universidad (aunque por muchos de nosotros era sabido que le echaron de allí).

A día de hoy me parece aberrante que alguien con semejantes carreras ande en estos berenjenales, con prácticas que contravienen todo marco científico y que tienen como característica muchos y más importantes riesgos que beneficios (a mi juicio). Sinceramente, creo que nadie debería darle ayahuasca o droga alucinógena alguna a nadie, ni como chamán, ni como neo-chamán, ni como figura de autoridad alguna, ni como nada (cosa que, por desgracia, yo mismo he hecho en alguna ocasión en el pasado, aunque sin cobrar y con muy pocos conocidos); y que debería estar más perseguido por la ley de alguna forma esa figura del ofertante de drogas alucinógenas con objetivos pretendidamente terapéuticos y/o espirituales fuera del marco científico.

.....

La siguiente vivencia cerraba este libro en sus anteriores formatos, esto es, «La historia de nada» en su primera y segunda edición. Creí que con esto estaba dando solución a uno de mis malestares psíquicos más acuciantes, pero en el fondo no fue así. Estuve en una cuerda floja conceptual con respecto al suicidio durante varios años, y esto es porque utilicé una solución fruto de un delirio para solucionar otro delirio. La cosa no se asentó del todo hasta que lo pude solucionar de una forma más «real» y racional con mi actual psicóloga, escribiendo las cartas del perdón al padre y a la madre incluidas en este libro.

He mantenido el texto prácticamente intacto para que se vea el tipo de razonamiento que, aún después de mis crisis, mantuve durante años.

ANEXO VI

El nacimiento del vacío («el fin de la historia»)

Una de las cosas que más me ha impactado y dolido en la vida fue una frase, reiterada en varias ocasiones por mi madre durante serias broncas mantenidas conmigo: «Ojalá no hubieras nacido nunca». Bastantes años después, hablando con un amigo de infancia, él intentaba quitarle hierro al asunto diciéndome que eso lo decían todas las madres y que a él le había dicho alguna cosa parecida la suya. «Entonces...», me puse a pensar, «¿Por qué a mí se me ha grabado tanto?» Una de dos, o a mí me hizo un efecto especial tal aseveración, o a todos los que les han dicho algo parecido les ha marcado lo mismo y no lo dicen o no lo saben reconocer. Suponiendo que sea solo a mí (y a pocos más) al que le ha marcado tal sentencia, se me ocurren algunas alternativas de por qué esto es así: o yo recibí esas palabras de una forma especial; o fue el énfasis y el momento de ser dichas por mi madre; o una mezcla de ambas. Recuerdo que aquella frase me la dijo en momentos en los cuales yo le presentaba especial oposición durante mi adolescencia, cosa que en mi infancia no se daba. Quizá el cambio fue brusco para ambos (como para muchos), y el resultado se cristalizó en la puta frase. Supongo que no tenerme como títere emocional supuso una pérdida para mi madre, lo que se tradujo en negarme. Negó mi existencia, negó mi vida.

Dentro de la rabia, bajé al trastero con un álbum familiar y un cúter. Corté todas las fotos de mí siendo bebé que pude. Solo separaba mi imagen de la foto, haciendo un corte alrededor de la misma. Escondí el álbum bajo una estantería; supongo que ella lo encontraría en algún momento. Nunca lo supe a ciencia cierta.

En la última crisis que tuve, nació en mí la idea de suicidarme en aquel hotel de Fuengirola. Hice un mal apaño simbólico en la bañera para no saltar por el balcón. Siempre me lamenté de no haberlo hecho.

En las dos épocas en mi vida en las que he sufrido crisis, tuve la idea delirante de cambiar de nombre. La última vez, llegué a cambiarme el nombre del carnet de la biblioteca con la intención de cambiarlo de mi DNI, pero esto último no pude hacerlo ya que me exigían ciertos requisitos. Parece que quería reinventarme, dotarme de identidad a mí mismo, ya que mi existencia había sido negada por mi madre.

De un tiempo a esta parte la idea de acometer el suicidio estaba siendo contemplada por mí. Si no hubiese estado medicado, es probable que lo hubiese hecho. Imaginaba un nuevo periodo en mi vida en el que no tuviese medicación para dejarme llevar por mis delirios y saltar al vacío; el vacío, allí donde me había relegado mi madre.

Me interesé por el movimiento de «La Otra Psiquiatría» hace un tiempo. Ellos proponen modelos mediante los cuales los pacientes pueden pactar con los profesionales el tema de la medicación. Intenté ponerme en contacto con ellos para ponerme en manos de alguno de sus profesionales. Quería dejar la medicación, porque en el fondo quería terminar lo empezado en aquella habitación de Fuengirola. Fue imposible que nadie de este movimiento llevase mi caso porque todos trabajaban en la pública.

Este fin de semana asistí a unas jornadas de este movimiento. Pocos días antes, en mi cama, tuve la idea de que me podía morir en ese instante. En verdad, nos podemos morir en cualquier momento, solo que no solemos pensar en ello. Y yo en ese momento lo pensé. Y me dije: «Pues no ha estado nada mal».

Ya en las jornadas, el último día, una de las ponentes habló de un caso en el que un chico (creo) hizo una obra de teatro en la que al final se cortaba la lengua. Decidió que fuese otro el que interpretase su papel, porque si lo hacía él se la iba a cortar de verdad debido a que «no sabía metaforizar». Al oír esta historia, me hice consciente de por qué me quería suicidar, y de que estar allí ya era un paso en mi búsqueda de algún profesional que me quitase las pastillas de en medio para poder dejarme llevar por mis delirios.

En una ponencia del día anterior, citaron la frase de un escritor o escritora: «nada rima con nada». Estaban hablando de la negación del lenguaje y de las mismas ideas, pero a mí me resultó bastante paradójico, pues era la palabra «nada» la que rimaba consigo misma.

Entonces, ideé que yo sería nada. No que no sería nada, sino que sería nada; y, al ser esa nada, sería algo, sería alguien. Cuando nombras la nada, la dotas de realidad, luego ya es algo.

Paseando por uno de los puentes que cruza el Pisuerga, pensé en tirarme. En verdad, nada me lo impedía. Tengo la profunda convicción de que da lo mismo estar vivo que muerto. Solo son estados.

Saltar al vacío, cuando el vacío ya había saltado a mí. Quizá por eso no lo hice. Quizá ahora sea nada. Por eso soy algo. Por eso soy alguien.

yo soy nada adan

.....

El pseudónimo de nada adan lo utilicé durante mucho tiempo para publicar diversos libros (este cuando era «La historia de nada» incluido), y como primer alias en facebook después de mi propio nombre. Me daba la sensación de que había conseguido con creces la idea de renombrarme; ya no me importaba que no me dejaran ponerme otro nombre en mi DNI; había conseguido que se me conociera con un nombre inventado en el mundo virtual y en cuanto a publicaciones de una forma más amplia que con el DNI; y también logré que mi delirio se afianzase y se prolongase. Quizá me dio más inestabilidad y perjuicio que beneficio, pero solo es una suposición.

En los artículos incluidos a continuación trato de explicar por qué no hay que fiarse de la objetividad o fiabilidad de lo vivido en las experiencias de estados alterados de consciencia; el primero de ellos, referido a lo espiritual, y el segundo, a lo terapéutico.

ANEXO VII

Mentiras internas

Cuando hablamos de espiritualidad o de búsqueda interior, cuando nos referimos a la mística, ¿de qué estamos hablando realmente? Para mí hay dos enfoques, irreconciliables a la fuerza: O damos validez y peso a las experiencias internas; o las ponemos en entredicho como mera vivencia subjetiva.

Me explico. Cuando tuve la experiencia de ser dios desde el momento de la creación, hasta el fin de los días del universo, por aquel entonces era deísta, y le di veracidad a la experiencia.

¿Cual fue mi interpretación? Que yo había accedido a esa experiencia, pero que cualquiera podía acceder a la misma. Podría haber ideado que yo era dios, algo así como una encarnación suya, pero no me dio por ahí. Mi interpretación, como decía, fue que no solo yo era dios, sino que este se encarnaba en todo lo existente como distintas facetas suyas, y que se podía recordar lo que uno era en origen, que no era otra cosa que esta deidad, lo uno de lo cual emanaba lo múltiple.

Como paja mental no está mal, pero ahora mismo no tiene gran validez para mí. Cuando se alucina, ¿es esta alucinación algo trascendente o es mera imaginación vivida, un sueño lúcido que no hay que creer? Es difícil pensar que es lo segundo cuando tienes experiencias tan intensas como las vividas drogas visionarias mediante. La experiencia es tan fuerte, tan sumamente vivida, que parece no ofrecer duda sobre su validez. Y aquí está la trampa; porque muchas veces tienes la certeza dentro de esa experiencia de que esa realidad es la cierta y esta la falsa, y cuando sales es al revés.

¿Esto quiere decir algo? No.

Vivir de forma lúcida los contenidos de la imaginación es resbaladizo. La misma experiencia se da validez a sí misma con su intensidad, su fuerza, arrasando la mente con su presencia, viviéndonos y comprendiéndonos desde una perspectiva nunca antes concebida. ¿Es esto bueno? No tiene por qué, si uno no duda.

Dentro de los contenidos de la imaginación suele haber un hueco para dios, los estados místicos y/o la espiritualidad, sea esta entendida como uno quiera. Pero la verdad es que solo imaginamos a dios, o imaginamos serlo, como nos ha pasado a algunos, por muy vivida que sea esta experiencia.

Y no hay más. Si yo, en medio de una experiencia de este tipo, creo que en vez de ser yo, soy otra persona, un amigo X, ¿lo soy realmente? No. Después de la experiencia uno entiende que no era esta persona, pero puede quedar la sensación de que la entiende mejor, lo cual no tiene por qué ser más que eso, una mera sensación.

Si yo vivo ser mi padre, pensaré que lo comprendo mejor porque he vivido dentro de él, pero esto no es más que una recreación, muy vivida y realista, eso sí.

Lo mismo es aplicable a un ser que en principio es ficticio, interpretado de muchísimas maneras a lo largo de la historia. Es probable que haya tantas interpretaciones de este ser que yo pienso que es imaginado, como personas lo piensan, ya que en nuestro fuero interno cada cual lo entiende de una forma.

Y si yo vivo ser él, no dista mucho de vivir ser mi padre o el amigo X: no deja de ser una recreación super intensa y «real», pero solo mientras duren los efectos de la sustancia.

No hay trascendencia, espiritualidad o misticismo que no sea engañosa, a mi juicio. Los laberintos de lo que es real y lo que no, atrapan, juegan fuerte sus apuestas y la mentira de la experiencia nos la quiere colar siempre.

Hubo un tiempo en el que pensé que esta realidad en la que vivimos era falsa, y a esta forma de pensar me llevó sobre todo la primera experiencia con drogas alucinógenas, pero no creo que ninguna de las experiencias que he tenido con ellas me haya aportado algo que no hubiera pensado antes o que no estuviese ya en mi imaginación. Nada nuevo bajo el sol, solo vivir esos contenidos, nada más.

Me ha costado mucho entrar en el marco científico, y creo que lo he logrado, o lo estoy logrando, gracias a que mi búsqueda ha sido sincera (o eso creo), y a que he dudado. Si no me lo hubiera planteado todo, no habría llegado a este punto ni de coña. El cuestionamiento más esencial es el que ha de marcar la diferencia entre las ideas fuertemente asentadas y la mera superchería chapucera.

Cuando el juego es el de uno mismo consigo, es difícil atisbar nada más que las propias certezas generadas de estos estados delirantes. La revelación sucede cuando eso que queríamos que fuera cierto se convierte por fin en certeza, y, al menos para mí, no es más que eso. De ahí al fanatismo no hay más que un paso.

Pareciera que la idea de que lo vivido drogas mediante no es real, es tan válida como el que fuese real. ¿Qué me ha llevado a pensar de esta forma; la conveniencia del marco científico, acaso? ¿El huir de la verdad revelada? No. El pensamiento de que lo que se vive en estas experiencias es mera imaginación ha llegado a mí después de constatar, contrastar y desechar, un ejercicio que recomiendo a todo el que, por desgracia, haya tomado alguna de las drogas que nos llevan a este tipo de vivencias.

Os pongo un ejemplo. Después de mi primera experiencia con drogas alucinógenas, creí que iba a compartir el resto de mis días con mi por entonces amor platónico. Ni de lejos fue así; ni siquiera llegamos a tener una relación de pareja. ¿Me mintió la experiencia? Es evidente que sí. ¿Por qué en otros aspectos habría de ser veraz? Me he engañado tanto, no rindiéndome a la evidencia, que a día de hoy me parece increíble todo el tiempo que permanecí en la mentira de que lo que se vive con estas drogas es sagrado, trascendente y más cierto que nada en el mundo.

Las mentiras se cebaron conmigo a hostia limpia, yo era un saco de sparring que no aceptaba la enseñanza de los golpes recibidos hasta que no me quedó otra.

Los recuerdos que se «recuperan», las proyecciones sobre futuro, la vivencia de que todo está unido... no tienen validez alguna per se, ni siquiera aunque se demuestren ciertas. Si yo creo que tengo dotes adivinatorias y digo que saldrá premiado cierto número de lotería, lo más probable es que no sea así, lo cual demostraría que la adivinación no existe. Pero si el número premiado hubiese sido el presuntamente adivinado, tampoco tendría por qué demostrar que la adivinación existe, a no ser que el «experimento» fuese reproducible y comprobable. Es más probable que lo que exista sea la mera y ramplona casualidad.

Lo mismo se puede decir de lo que habría pasado si yo hubiera realizado mi vida en pareja con aquel por entonces amor platónico: no habría demostrado la veracidad de la experiencia, por mucho que yo creyese que sí.

Tengo amigos que creen haber sido abusados de pequeños porque lo han visto en un viaje de este tipo, o que son la encarnación de Jim Morrison, y ninguna de las dos cosas tiene por qué ser cierta, sobre todo la segunda.

Sobre haber sido abusado de pequeño... si ya de ordinario reconstruimos nuestros recuerdos y hasta los inventamos, lo cual está científicamente demostrado, ¿cómo no va a ser esto así con más razón en el tipo de experiencias que nos ocupa?

¿Y qué me dicen de pasar por experiencias de muerte-renacimiento, o de muerte consciente? ¿Eso nos da garantías de que la muerte vaya a ser como se recrea en estas vivencias? ¿Hará que tengamos una mejor muerte? ¿Nos hace vivir más plenos? Si para vivir esta plenitud voy a tener que estar en una constante mentira, prefiero el desasosiego y la incertidumbre, qué quieren que les diga.

Tengo un amigo que pasó por un supuesto proceso de muerte drogas mediante. Durante muchos meses después de esta experiencia, cada vez que bebía alcohol le venían reminiscencias de esta experiencia, lo cual llegó a representar un problema para él. Plenitud por los cojones.

Me ha parecido interesante entrar a valorar los aspectos más subjetivos de estas experiencias en este escrito. A día de hoy no creo que merezca la pena transitar los resbaladizos acantilados de las experiencias internas de este tipo, no creo que lleve más que a la confusión, a la certeza fanática, a concepciones de la realidad que nos rodea erróneas e incluso a una escala de valores bastante equivocada, a mi juicio. Pensemos con cabeza, rindámonos a las evidencias y dejemos de una vez por todas la imaginación en el terreno que le corresponde para que lo humano aflore y nos haga mejores como personas.

ANEXO VIII

¿Pueden las drogas alucinógenas ser terapéuticas?

No he consumido una gran cantidad de drogas alucinógenas en mi vida. Desde un primer momento, entendí su uso por mi parte como una forma de interiorización, de búsqueda espiritual, y de terapia. ¿Terapia con respecto a qué? Supongo que por aquel entonces las usé para solucionar problemas personales que no difieren en mucho de los del resto de personas.

Entre los amigos que tomábamos este tipo de sustancias existía un sesgo bastante importante: exaltábamos sus supuestas propiedades positivas, y minimizábamos u obviábamos las negativas.

Tengo que decir que las experiencias con este tipo de sustancias eran tan fuertes (al menos para mí) que había algo en ellas que atraía sobremanera, al mismo tiempo que repelía profundamente. Por eso espaciaba ese tipo de experiencias bastante.

Una de las cosas que decíamos que era positiva es que una experiencia de este tipo equivalía a varios meses de psicoterapia. Y esto era así porque te veías a ti mismo desde una perspectiva que no era la común, y ese «verte desde fuera» hacía que te entendieras mejor. O eso creíamos. Quizá este aspecto sea el único positivo a resaltar de entre los demás.

Otra cosa que creíamos es que recuperábamos recuerdos reprimidos de infancia o de cualquier otro momento de nuestra vida; estos recuerdos «recuperados», bien podían ser ciertos como no serlos¹. He escuchado cosas aun más increíbles, como recordar periodos fetales o incluso recordar el momento de la concepción de uno mismo (sic).

Como este tipo de experiencias eran tan devastadoras a nivel mental, P decía algo así como que «derrumban estructuras para generar otras más amplias». La frase era muy bonita, pero yo la pongo bastante en entredicho.

Una de las cosas que podía pasar durante ese tipo de experiencias es que vivieras un proceso de muerte que creías cierto en ese momento, seguido o no por otro de renacimiento. A esto se le daba un peso terrible; decían los ideólogos y nos decíamos entre nosotros mismos que esto nos ayudaba a entender la muerte mejor y a afrontarla de otra manera. Lo primero, lo dudo, ya que es una recreación mental de algo que solo vamos a vivir una vez en la vida sin posibilidad de retorno para contar cómo fue; y lo segundo, habría que verlo. Sí que es cierto que hay pruebas piloto con enfermos terminales a los que se les ha dado este tipo de sustancias y parece que han afrontado de otra forma sus últimos momentos, pero también tengo el caso del amigo que pasó por ese proceso recreado de morir y durante mucho tiempo tuvo el problema con el alcohol descrito en el anterior anexo. Ante la duda de si va a resultar beneficioso y perjudicial, yo me estaría quieto.

1 Véase el libro «El psicoanálisis ¡Vaya timo!» de Ascensión Fumero y Carlos Santamaría, y la charla de Ramón Nogueras en youtube llamada «no son tus recuerdos, son de otro».

También existía la creencia (absurda, por otro lado) de que quien pasase por estos lances alcanzaría edades más longevas que el que no.

Había psicólogos que tomaban sustancias alucinógenas para conocer mejor a sus pacientes. Decían que experimentaban los procesos mentales por los que pasaban ellos, y esto les ayudaba a entenderlos mejor. O eso creían. Al ser una recreación, nunca lo sabrán a ciencia cierta a no ser que terminen padeciendo algo como lo que padecen sus pacientes.

Y es que este tipo de experiencias son tan fuertes que al salir de ellas puedes creer a pies juntillas en la veracidad de las mismas sin contrastar si esa supuesta «información» a la que has accedido es correcta o no lo es. Es como algo sagrado en lo que se cree o, peor aún, de lo que se tiene certeza.

No quiero centrar el punto de mira en mi padecimiento, ya que la experiencia personal, en ciencia, no es que tenga mucha relevancia. Mi caso puede haber sido uno entre un millón, y entonces no me molestaría en pensar lo que pienso al respecto, ya que accidentes le pueden pasar a cualquiera, pero creo que no es así.

Luego, terapéutico, no es que haya sido en mi caso, sino todo lo contrario. Padecer una enfermedad mental es una auténtica putada. Es muy limitante y tiene un alto coste a nivel de relaciones personales, por no hablar de la etiqueta y el estigma asociados.

¿Merecieron la pena ese tipo de experiencias? Ahora pienso que no. ¿Lo volvería a hacer? Por supuesto que no. Andar por los resbaladizos acantilados mentales sustancias mediante puede suponer darte una buena hostia de la que no salgas bien parado, como me ha sucedido a mí, por lo que no se lo recomendaría a nadie hoy por hoy.

